



Lemir 24 (2020) - Textos: 1-131

ISSN: 1579-735X

NICOLÁS DE PIEMONTE



HISTORIA DE CARLO MAGNO Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA

Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

ESTA *Historia de Carlomagno y los Doce Pares de Francia* no cumple con todos los requisitos del típico libro de caballerías, pero contiene suficientes elementos del género para cuando menos encuadrarla entre los “relatos caballerescos breves”. Básicamente, es una versión en lengua castellana del *Fierabras le géant*, de Jean Bagnion (Ginebra-1478). En cuanto al traductor, se cree que sería Nicolás Gazini de Piemonte, impresor italiano que se estableció en varios puntos de la Península Ibérica (Medina del Campo, Toledo, Lisboa...) en el primer cuarto del s. XVI.



Portada de la ed. de Lyon-1497.

La obra de Jean Bagnion está organizada en tres libros. El primero está dividido en tres partes que suman 13 capítulos; el segundo, en tres partes que suman 49 capítulos; el tercero, en dos partes que suman 23 capítulos (si bien los dos últimos son *La recapitulacion de l'oeuvre* y *L'excusacion du facteur*). La versión de Piemonte consta de 79 capítulos numerados de corrido, y la organización en libros sólo se percibe en las cabeceras de las planas.

Primer. **fo. v.**

Carlo magno le embio vn Elefante, y en el cuerpo de sant Ciprian: y de sant Espesifanus: y la cabeça de sant Pantaleon marçeres.

Capitulo. viij. como el Patriarcha de Hierusalem embio sus mensajeros a Carlo magno / que le diese socorro contra los Turcos.



Este en el espejo hystorial, q̄ en el tiempo que Carlo magno fue coronado enperador d̄ Roma: fue el patriarcha de Hierusalem tan combatido y opresso / que despues de muy muchas batallas / y despues de auer perdido la mayor parte de su gente / vuo d̄ demãdar consejo a algunos ancianos caualleros y muy sabidos en fechos de guerra: y algunos dellos temiedo la muerte mas que perder la honrra: le dezian / q̄ fiziesse algun partido con los Turcos: por que no perdiessen las vidas: y el partido que los Turcos les querian hazer: era que dexassen la cibdad con todas las armas y pertrechos que en ella auia. E otros le dezian / que les pidiesse treguas por algun tiempo: lo qual nũca quisieron fazer los moros. E no fallando remedio en su curya: ni sabiendo modo para se poder defender de los turcos: inspirado de la gracia de dios: vino le ala memoria las virtudes y fazañas de carlo magno: y assi mesmo su buena vida: y luego le embio las llaves del santo sepulcro y de la cibdad: y te em-

bio el estandarte y seña de nuestro redemptor: como a firme pilar de la cristiãdad y defensor d̄ la fe. Esto hecho, el patriarcha se vino a Constantinopla al emperador: cõstantino y a su hijo Leon: y lleuo cõsigo a Juan de napoles / y a otro llamado Dauid: los quales el emperador Constantino embio luego a Carlo magno: y con ellos embio otros dos que eran ebraeos. El vno se llama Ysaac: y el otro Samuel: y les dio vna carta de su propia mano para Carlo magno: cuyas razones son estas. Parecio me vna noche, que vea delãte mi lecho vna muger maravillosamente fermosa: la qual me dezia. Constantino: muchas vezes has rogado a dios, que te diese ayuda cõtra los turcos que tienen la tierra sancta: pues que tanto lo desseas / faz esto. Procura de auer contigo a Carlo magno. E me mostro vn cauallero armado de muy luzientes armas y vna espada ceñida de gran valor: y vna gruesa lança en la mano, de cuyo fierro salian muchas centellas de fuego: y era este cauallero muy fermoso de cara: y dispuesto de cuerpo: la barba crecida: los ojos reluzientes: y sus cabellos empegauan a emblaquecer. O augusto, que nunca te arredraste de los mandamientos de dios: alegrate en jesus christo / y en tu animal da gracias. Seas encerrado en justicia / como has sido nombrado en honrra: por que dios te de perferuanga de bien. Quando Carlo magno vió las cartas, aloro amargamente: por estar el santo sepulchro en poder de paganos. E mando al arçobispo Turpin, que predicasse por todo el reyno las lastimeras nuevas: y a esta causa fueron mouidos muchos christianos a acompañar a Carlo magno.

Capitulo. ix. como Carlo magno se partio con grande numero de gente para Hierusalem.

Fizo carlo magno pregonar por todos sus reynos y puincias / q̄ qualq̄r que quisiesse ganar sueldo para yr a tierra de turcos: que viniessse a Paris. Y quando se supo, que el

a v

Como cabe esperar, el texto tiene poco de histórico y muchísimo de leyendero, pero ese es su encanto. Una de las curiosidades que contiene es informar qué fue del salutar balsamo de Fierabrás, citado en el *Quijote* de 1605 y que resulta ser un efectivo purgante. Fierabrás lleva un par de barriles atados al arzón de la silla; en el transcurso del feroz combate uno contra uno con Oliveros bebe de él en algún momento, y también lo ha ofrecido caballerosamente a su rival, quien lo ha rechazado repetidamente pese a estar muy malparado; pero he aquí que al proponerle Oliveros...

vn gran golpe de espada... y descendio el golpe al arzon dela silla y vuo de cortar vna cadena en que estauan asidos y atados los barriles del balsamo / y cayeron entramos en el suelo: y del golpe se espanto el cauallo: y fuyendo se desuio gran trecho de Oliueros: tanto que tuuo lugar Oliueros de se apeary beuer del balsamo a su plazer y luego se sintio sano / ligero y dispuesto como si nunca vuiera sido ferido. E desto dio infinitas gracias a dios: y dixo entre si: ningun buen cauallero no deue pelear con esþerança de tales breuajes / y tomo entramos barriles / y los echo en vn caudal rio que cerca de alli passaua. y luego fueron alo fondo del agua. y he leydo en un libro autentico en lengua toscana que fabla deste Fierabras de Alexandria / que todos los dias de sant Juan euangelista parescen los dos barriles encima del agua / y no en otro tiempo.

La primera impresión de la *Historia de Carlomagno y los Doce Pares de Francia* fue estampada en Sevilla por Jacobo Cromemberg en 1521, de la cual no he localizado ejemplar alguno en España, pero sí de la siguiente de 1525 y otra posterior de 1549, todas ellas a dos columnas en letra gótica y en la misma imprenta. Mi primer borrador fue la de 1549, que tomé al dictado. Ya estaba rematando la maqueta cuando localicé en la Biblioteca Digital Hispánica la de 1525, con cuyas lecturas fui corrigiendo el borrador. Las ilustraciones corresponden a esa edición, completadas con varias que obtuve de una versión francesa del *Fierabrás* de Lyon-1497 en la Bibliothèque Nationale de France:

(<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k111068s/f8.image>).

Dejo nota de la menor intervencion practicada en el texto.

E. S. F.
Barcelona, diciembre 2019

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO PRIMERO. Cómo el rey Clovis, siendo pagano, hubo por mujer la muy noble Clotildis, cristiana, hija del rey de Borgoña.

Cap. II. Cómo el rey Clovis fue rogado de la reina Clotildis que dejase los ídolos y creyese en la fe de Cristo.

Cap. III. Cómo el rey Clovis ovo victoria contra sus enemigos y creyó en la fe de Cristo.

Cap. IIII DEL PRIMER LIBRO. Y contiene cinco capítulos, y fabla primeramente del rey Pepín y de Carlo Magno su fijo.

Cap. V. Cómo Carlo Magno, después de fechas muchas constituciones con el papa Adrián, fue alzado emperador de Roma.

Cap. VI. De la estatura de Carlo Magno y del modo de su vivir.

Cap. VII. Del estudio y obras caritativas de Carlo Magno.

Cap. VIII. Cómo el Patriarca de Hierusalén envió sus mensajeros a Carlo Magno que le diese socorro contra los turcos.

Cap. IX. Cómo Carlo Magno se partió con grande número de gente para Hierusalén.

Cap. X. De las reliquias que Carlo Magno trajo de la Tierra Santa y de los milagros que Nuestro Redemptor Jesucristo fizo.

Cap. XI. Cómo en un lugar llamado Mormionda estaba Carlo Magno siguiendo la guerra contra los paganos.

Cap. XII. Cómo vino Fierabrás al ejército de Carlo Magno buscando cristiano o cristianos con quien pelease.

Cap. XIII. Cómo preguntó el emperador a Ricarte de Normandía quién era Fierabrás.

Cap. XIIIII. De la respuesta de Roldán al emperador su tío.

Cap. XV. De una reprehensión del auctor contra Carlo Magno y Roldán por la quistión pasada.

Cap. XVI. Cómo Oliveros ferido de muchas feridas, demandó licencia a Carlo Magno para salir a la batalla con Fierabrás.

Cap. XVII. Cómo el conde Regner rogó a Carlo Magno que no dejase ir a Oliveros su hijo a la batalla de Fierabrás.

Cap. XVIII. Cómo Oliveros fabló a Fierabrás y cómo el gigante le menospreció.

Cap. XIX. Cómo Oliveros ayudó armar a Fierabrás, y de las nueve espadas maravillosas y cómo Oliveros dijo quién era por su proprio nombre.

- Cap. XX. Cómo Oliveros y Fierabrás comenzaron su batalla y cómo rogó Carlo Magno a Dios por Oliveros.
- Cap. XXI. Cómo Oliveros hizo oración a Dios que le guardase y favoreciese contra el pagano.
- Cap. XXII. Cómo Oliveros ganó por fuerza de armas el bálsamo y bebió dello, y cómo Fierabrás le mató el caballo.
- Cap. XXIII. Cómo los dos caballeros hicieron batalla a pie y cómo Carlo Magno rogó a Dios por Oliveros.
- Cap. XXIII. Cómo Oliveros ganó una de las espadas de Fierabrás y con ella lo venció.
- Cap. XXV. Cómo Fierabrás fue convertido y cómo llevándole Oliveros hubo batalla con los turcos.
- Cap. XXVI. Cómo Oliveros fue llevado preso y atados los ojos fue llevado al almirante Balán.
- Cap. XXVII. Como Fierabrás fue fallado en el campo y cómo Carlo Magno le hizo bautizar y curar de sus llagas.
- Cap. XXVIII. Cómo Oliveros con sus cuatro compañeros fueron llevados delante el almirante Balán.
- Cap. XXIX. Cómo los cinco caballeros fueron puestos en una oscura cárcel y cómo fueron visitados de Floripes, hija del almirante Balán, hermana de Fierabrás, y de su gran fermosura.
- Cap. XXX. Cómo los caballeros cristianos fueron sacados de la torre por mandado de Floripes y los llevó a su cámara.
- Cap. XXXI. Cómo Carlo Magno envió al almirante Balán los otros siete Pares de Francia.
- Cap. XXXII. Cómo el almirante Balán envió quince reyes a Carlo Magno para que le diese su hijo Fierabrás, y cómo los siete caballeros cristianos los encontraron y los mataron.
- Cap. XXXIII. De la Puente de Mantrible y del tributo que en ella se pagaba, y cómo los siete caballeros cristianos mañosamente pasaron sin pagar tributo.
- Cap. XXXIII. Cómo los siete caballeros llegaron delante el almirante Balán y le dijeron la embajada que traían.
- Cap. XXXV. Cómo por industria de Floripes los siete caballeros cristianos fueron puestos con los otros cinco, y cómo Floripes les mostró las sanctas reliquias.
- Cap. XXXVI. Cómo un sobrino del almirante, llamado Lucafer, entró en la cámara de Floripes y le mató el duque Naymes.
- Cap. XXXVII. Cómo los caballeros y Floripes y sus damas padecieron gran hambre, y cómo los ídolos del almirante fueron derribados y puestos en piezas.
- Cap. XXXVIII. Como los caballeros cristianos salieron de la torre y dieron batalla a los turcos que los tenían cercados y tomaron la provisión que tenían en el real.
- Cap. XXXIX. Cómo Guy de Borgoña fue preso.
- Cap. XL. Cómo los paganos quisieron enforcar a Guy de Borgoña y cómo los diez caballeros cristianos gelo quitaron.
- Cap. XLI. Cómo los caballeros cristianos tomaron todas las provisiones que fallaron en el real y cómo la torre fue con grandes ingenios combatida.

- Cap. XLII. Cómo la torre en que estaban los caballeros fue minada y cayó una parte della.
- Cap. XLIII. Cómo los Doce Pares de Francia ordenaron que el uno dellos fuese a hacer saber a Carlo Magno el peligro en que estaban.
- Cap. XLIIII. Cómo el rey Clarión siguió a Ricarte de Normandía, y cómo Ricarte le mató y tomó su caballo.
- Cap. XLV. Cómo la gente del rey Clarión falló a su señor muerto en el campo y cómo lo llevaron al real del almirante.
- Cap. XLVI. Cómo Ricarte de Normandia pasó el río de Flagot milagrosamente mediante un ciervo blanco que le guio.
- Cap. XLVII. Cómo Carlo Magno quiso volver para Francia por consejo de Ganalón y de sus parientes.
- Cap. XLVIII. Cómo Ricarte de Normandía llegó al ejército del emperador Carlo Magno.
- Cap. XLIX. Cómo por industria de Ricarte de Normandía fue ganada la puente de Mantrible, y del gigante Galafre, que tenía cargo de guardar aquella puente.
- Cap. L. Cómo Carlo Magno ganó la puente de Mantrible y cómo Alory, pariente de Ganalón, quiso hacer traición.
- Cap. LI. Cómo Amiote (giganta de la cual hablé arriba) mató muchos cristianos, y cómo el almirante supo que Mantrible estaba en poder de cristianos.
- Cap. LII. Cómo los caballeros que en la torre estaban ovieron un gran combate y la torre fue quasi derribada.
- Cap. LIII. Cómo los caballeros supieron de la venida de Carlo Magno, y asimesmo el almirante Balán, y cómo Ganalón fue enviado con embajada al almirante Balán.
- Cap. LIIII. Cómo el emperador Carlo Magno fizo tres batallas de su gente y cómo acometieron todo el poder del almirante, y de las grandes valentías que Carlo Magno hizo aquel día.
- Cap. LV. Cómo Sortibrán de Coimbres fue muerto a manos del duque Regner, padre de Oliveros, y de las caballerías que el almirante Balán hizo contra los cristianos.
- Cap. LVI. Cómo los diez caballeros salieron de la torre y entraron en la batalla, y cómo el almirante Balán fue preso.
- Cap. LVII. Cómo el almirante, por ruegos ni por amenazas, nunca quiso ser cristiano, y cómo Floripes fue bautizada y casada con Guy de Borgoña y fueron coronados reyes de toda aquella provincia.
- Cap. LVIII. Cómo Floripes dio las sanctas reliquias a Carlo Magno y cómo hizo Dios un grande milagro delante todo el pueblo.
- Cap. LIX. Cómo Santiago apareció a Carlo Magno y cómo fue guiado de ciertas estrellas fasta Galicia.
- Cap. LX. Que habla de un grandísimo ídolo que fue fallado en una cibdad.
- Cap. LXI. Cómo el emperador Carlo Magno mandó edificar el iglesia de Señor Santiago en Galicia.
- Cap. LXII. Cómo un rey de Turquía pasó la mar con gran poder y tomó ciertos lugares de cristianos y mató en ellos grande número de cristianos, y como Carlo Magno los tornó a ganar.

- Cap. LXIII. Cómo Aygolante volvió y envió al emperador Carlo Magno que le quisiese hablar, y como Carlo Magno en hábito de mensajero fue a hablar a Aygolante.
- Cap. LXIII. Cómo Carlo Magno tomó la cibdad donde estava el rey Aygolante.
- Cap. LXV. Cómo Carlo Magno se fue para Francia, y cómo volvió otra vez a dar guerra al rey Aygolante y de la compañía que trajo de Francia.
- Cap. LXVI. De las treguas de Carlo Magno y de Aygolante, y de la muerte de sus caballeros y por qué Aygolante no quiso recibir baptismo.
- Cap. LXVII. De la muerte del rey Aygolante y de su gente, y cómo murieron muchos cristianos por cobdicia de llevar las riquezas de los moros, y de un grande milagro que mostró Nuestro Señor Dios a los cristianos.
- Cap. LXVIII. Que habla de Ferragús, maravilloso gigante, que llevaba los caballeros debajo del brazo, y cómo don Roldán hubo batalla con él.
- Cap. LXIX. Cómo Roldán y Ferragús hicieron su batalla a pie, y cómo disputaron de la fe y de qué manera fue muerto Ferragús Cap. LXX. Cómo Carlo Magno ovo batalla con el rey de Córdoba y el rey de Sevilla.
- Cap. LXXI. Cómo el arzobispo Turpín consagró la iglesia de Santiago
- Cap. LXXII. Cómo Ganalón fue enviado con embajada a los reyes moros y cómo propuso de vender sus compañeros. Y una reprehensión del auctor.
- Cap. LXXIII. De la muerte de los franceses y del rey Marsirius, y cómo Roldán fue ferido de cuatro lanzadas.
- Cap. LXXIII. De la muerte de don Roldán.
- Cap. LXXV. De una visión que ovo el arzobispo Turpín de la muerte de Roldán, y del sentimiento de Carlo Magno.
- Cap. LXXVI. Cómo Oliveros fue fallado desollado, y de la muerte de los paganos y de Ganalón.
- Cap. LXXVII. Cómo Carlo Magno se volvió para Francia, y de las grandes limosnas que fizo por las ánimas de los cristianos que murieron por la fe de Cristo.
- Cap. LXXVIII. Cómo Carlo Magno se partió de Francia para Alemaña.
- Cap. LXXIX. Cómo Carlo Magno llegó en Aquisgrana en Alemaña y cómo murió.



Hystoria del empador Car-
lo magno y de los doze pares de Francia: z
de la cruda batalla que vuo Oliueros cō Fic-
rabras i Rey de Alexandria hijo del grande
Almirante Balan.

PRÓLOGO

EL Doctor de la Verdad, señor Sant Pablo, dice que todas las escripturas fueron fechas para nuestra doctrina: las unas, para doctrinarnos en la sancta fe católica anulando de los corazones algunas dudas y incredulidades que el Diabolo de continuo siembra y declarándonos los altos secretos de la Sanctísima Trinidad y los Sanctos Evangelios y las obras de Nuestro Redemptor; las otras, para declararnos las leyes y ordenanzas de los emperadores y reyes, y el Derecho Canónico y Cevil; otras, para nos facer patentes los secretos de Dios en el regimiento del cielo y el curso de los planetas y cometas y signos y su naturaleza; otras, para que resistamos a las enfermedades a que los cuerpos humanos son sujetos y para curar de las que ya reinan en ellos, para que podamos vivir con salud en este mundo el tiempo que Dios fuere servido; otras, para darnos de la dulzor de la Filosofía dándonos a conocer las virtudes y naturalezas de las cosas criadas; otras nos relatan la polida retórica y la sabrosa¹ arte oratoria y la elocuente poesía; e otras escripturas fueron fechas para traernos a la memoria las grandes hazañas y caballerías de nuestros antepasados, contando las proezas de los unos y los vicios de los otros por que los unos nos fuesen enjemplo para bien hacer y los otros causa de reglar nuestras vidas y encaminallas para el puerto de salud y para inclinarnos a hacer grandes fechos queriendo remedar a nuestros antecesores.

Así, como una escriptura que ha venido a mi noticia en lengua francesa,² no menos apacible que provechosa, que habla de las grandes virtudes y fazañas de Carlo Magno, emperador de Roma y rey de Francia, y de sus caballeros y barones, como Roldán y Oliveros y los otros Pares de Francia, dignos de loable memoria por las crueles guerras que hicieron a los infieles y por los grandes trabajos que por ensalzar la fe católica rescibieron, e seyendo cierto que en lengua castellana no hay escriptura que della haga mención, sino tan solamente de la muerte de los Doce Pares que fueron en Roncesvalles, paresciome justa y provechosa cosa que la dicha escriptura y los tan nobles hechos fuesen notorios en estas partes de España como son manifiestos en otros reinos.

Por ende, yo Nicolás de Piemonte propongo de trasladar la tal escriptura de lenguaje francés en romance castellano sin discrepar, añadir ni quitar cosa alguna de la escriptura francesa. Y es dividida la obra en tres libros: el primero habla del principio de Francia y de quién le quedó el nombre, y del primero rey cristiano que hubo en Francia, descendiendo hasta el rey Carlo Magno, que después fue emperador de Roma, y fue trasladado de latín en lengua francesa. El segundo habla de la muy cruel batalla que hubo el conde Oliveros con Fierabrás, rey de Alejandría, hijo del grande almirante Balán, y éste está en metro francés muy bien trobado.³ El tercero habla de algunas obras meritorias que hizo Carlo Magno, e finalmente de la traición de Ganelón y de la muerte de los Doce Pares.

1.- Orig.: 'sobrosa'

2.- En su prefacio, Jean Bagnion indica que se trató de una obra de encargo: «car souventesfoys j'ay esté exité de la part de venerable homme messire henry bolomier chanoine de lausanne pour reduire a son plaisir aucunes hystoires tant en latin comme en rommant et en autre façon escriptes / c'estassavoir de celluy trespuissant vertueulx et noble charles le grant roy de france et empereur de romme filz du grant roy pepin / et de ses princes et barons. comme rolant. olivier et autres tant touchant aucunes oeuvres haultaines par leur grant force et tresardant couraige a l'exaltacion de la foy chrestienne faites et a la confusion des sarrazins et mescreans qui est oeuvre bien contemplative a bien vivre».

3.- En la versión de Jean Bagnion ya venía prosificada.

Y fueron sacados estos libros de un libro, bien aprobado, llamado *Espejo historial*.⁴ E, mediante Dios, trasladaré cada libro por sí y los dividiré por capítulos para mejor declaración de la escritura. E si en esta trasladación hubiere algo digno de reprehensión en la retórica o en el romance de los vocablos, o algo que no suene bien a los oídos del leyente (que en la sentencia me guardaré de salir un solo punto de la escritura francesa), suplico a cualquier que lo leyere o oyere, que con sanas entrañas lo emiende, y no mire al error de la pluma, sino a la intención del corazón; e de lo que fallare bueno, le ruego asimesmo que al Soberano Dios dé las gracias, de quien todos los bienes proceden.

4.– Una de las partes del *Speculum majus*, compilación enciclopédica escrita por Vincent de Beauvais en el s. XIII.



LEEMOS en las historias troyanas que después de la destrucción de Troya hubo un rey muy noble y virtuoso llamado Francus, el cual fue compañero de Eneas en muchas batallas y grandes fechos de caballería, y partiendo este rey Francus de Troya, hubo de aportar, después de haber discurrido gran parte del mundo, en la región de Francia (que entonces se llamaba otramante), y por sus crecidas virtudes fue de las comunidades bien recibido y alzado por señor. Y cuando se vido pacífico y señor de toda la tierra mandó edificar una cibdad, y fue por honra suya y de su nombre llamada Francia, por la cual fue después todo el reino llamado Francia. E después que Francia fue ensalzada a majestad real, después deste rey Francus fue el primero rey Príamos, y reinó cinco años; el II, Marcurius,⁵ y reinó XXXIII años; el III, Faramundus, XI años; el IIII, Clodius, XVIII años; el V, Meroneus, X años; el VI, Hildericus, XVII años; el VII fue el rey Clovis, el primer rey de Francia cristiano, el cual fue después de la Encarnación de Nuestro Redemptor CCCCLXXXIII años, de cuya vida faré alguna mención porque face al propósito de mi escriptura.⁶

5.- Orig.: 'Marucius'

6.- En la versión de Jean Baignon, este texto constituye el primer cap. del primer libro.

CAPÍTULO PRIMERO. Cómo el rey Clovis, siendo pagano, hubo por mujer la muy noble Clotildis, cristiana, hija del rey de Borgoña.



EN aquel tiempo siendo ya los borgoñones cristianos, tenían por rey y señor al noble Guiydenus, el cual tenía cuatro hijos: al primero llamaban Agabondus, y sucedió en el reino y después hizo matar a un hermano suyo, llamado Hispericus,⁷ y fizo echar en un río a su mujer; y de dos hijas que tenía, la una hizo desterrar de toda su tierra, y la otra, llamada Clotildis, por sus virtudes y fermosura, tuvo consigo en mucha honra. En este tiempo el rey de Francia, llamado Clovis,⁸ pagano, hubo de enviar sus embajadores para ciertos negocios al rey Agabondus, y seyendo detenidos algunos días por la respuesta, hubieron lugar de ver y mirar la fermosura de la doncella Clotildis, sobrina del rey Agabondus, y vueltos al rey Clovis, después de dada la respuesta de su embajada le contaron algunas cosas que habían visto en los palacios del rey Agabondus no acostumbradas entre ellos, afeando el modo de vivir de los cristianos. Dijéronle asimesmo de la fermosura de Clotildis, alabando su mucha discreción y sosiego, afirmando todos nunca haber visto otra tan acabada. Las cuales alabanzas engendraron crescido amor en el corazón del rey Clovis, recibiendo pena por la no conocida doncella, e despedidos los embajadores, se puso a pensar de qué manera podría haber la tan perfecta doncella por mujer, tuviéndolo por imposible, por ser ella cristiana y él pagano.

Y estando en este pensamiento y pena algunos días, fue forzado descubrir su secreto dolor a un astuto y muy sagaz caballero de su corte llamado Aurelianus, así para aliviar su pena contándole su nuevo amor como para haber dél consejo y remedio de su pasión. Y oyendo Aurelianus las razones del rey fue muy maravillado y le quiso reprehender; mas vídole tan aflegido que se receló de le ser causa de mayor pena, y no menos dejó de le reprehender (porque en tal caso muy pocas veces aprovecha reprehensión ni castigo), e queriéndolo consolar, le dijo que holgase, que él le prometía de le hacer haber la doncella de una manera o de otra, y que a esto se obligaba, o de perder

7.- Chilperico II.

8.- Clodoveo I.

la vida si no⁹ hiciese lo que decía. Y el rey le dijo que lo pusiese por obra y que todo lo que hubiese menester para ello pidiese, que luego se lo daría; y el caballero le besó la mano y se despidió dél diciendo que muy presto le sacaría de pena.

Vuelto el caballero a su posada, se puso a discurrir y pensar cómo traería a efecto el tal concierto, y después de pensado en todas las cosas que provechosas le parecían para el tal fecho, vínole a la memoria cómo dende a quince días tenían los cristianos Pascua de Navidad, y que la doncella Clotildis tenía por devoción de ir aquella noche a maitines, y llevaba gran copia de moneda y a todos los pobres daba cierta moneda por honra de la fiesta. E pensando esto, se fue para el rey muy alegre y le dijo lo que había pensado, diciendo que tendría modo de hablar a Clotildis poniéndose a la puerta de la iglesia a tomar limosna como los pobres. Desque el rey le oyó, tuvo por bueno su aviso, y le dijo que aparejase todo lo que había menester. Él le dijo que solamente mandase hacer un anillo de oro muy rico en que estuviese esculpida su cara y filosofía, y así fue fecho.

E venido el tiempo, se partió Aurelianus para la cibdad donde estaba a la sazón el rey de Borgoña y Clotildis su sobrina, e la noche de Navidad se puso a la puerta de la iglesia con los pobres que esperaban limosna, e venida Clotildis acompañada de grande número de damas, empezó a dar limosna a los pobres, e cuando Aurelianus la vido cercada de los pobres metiose entre ellos fasta llegar a ella, y desque ella tendió el brazo para le dar una pieza de moneda, le tomó Aurelianus la mano y gela besó. Y ella maravillada, le miró en la cara y conoció que aunque los vestidos eran pobres, que él debía ser hombre de auctoridad, y le quisiera hablar, sino por la multitud de la gente, lo cual bien conoció Aurelianus.

Acabados los maitines, queriendo salir de la iglesia Clotildis con sus damas, vido tan solamente a Aurelianus a la puerta, el cual después de la haber mirado con mucha eficacia en la cara, le hizo reverencia y acatamiento como hombre de palacio, y conoció Clotildis ser aquél el pobre que le besara la mano. E llegada a palacio se puso a pensar en él, maravillándose de su atrevimiento, y deseosa de saber quién era, le envió a llamar pensando que sería algún hidalgo necesitado que más había menester de lo que le había dado. E Aurelianus considerando que así había de ser, no se movió de la puerta de la iglesia hasta que le llamó el mensajero, y fingiendo turbación se fue con él a palacio, e llegado delante Clotildis hizo tres reverencias y sin empacho alguno se puso de rodillas para le besar la mano, y ella no gelo consintió, y mostrando algún enojo le dijo por qué disimulaba ser pobre, y Aurelianus, teniendo una rodilla en el suelo, le dijo:

—Señora, sepas por verdad que yo soy mensajero del muy noble rey Clovis, rey de Francia, el cual te ruega que quieras ser su mujer y serás reina de Francia, y te envía este anillo en señal de fe y prometimiento matrimonio.

Y ella le tomó, y le dijo que no pertenecía a pagano tomar cristiana por mujer, y que, allende deso, estaba el tal fecho en manos del rey su tío, y no en las suyas, y así, le despidió. Y conoció Aurelianus que no le pesaría del casamiento y volviose para Francia con mucha alegría.

Y el rey Clovis, visto que Clotildis sería contenta dello, envió sus embajadores al rey Agabondus demandándole su sobrina por mujer, el cual respondió que en ninguna manera tal consintiría. Mas, visto por su Consejo el bien que procedía de las amistades y paz con el rey Clovis, rogaron y aconsejaron al rey Agabondus que hiciese el casamiento; y él rehusando de lo hacer, vino el tesoro del rey con el anillo que el rey Clovis había enviado a Clotildis (que fallara en el tesoro, ca Clotildes le echara en él), y dijeron ser aquélla la cara del rey Clovis y entonces consintió Agabondus en el casamiento, y fue llevada Clotildis con gran triunfo a Francia e fue desposada con el rey con condición que no fuese apremiada ni rogada a dejar la fe de Cristo, y fueron fechas las bodas cuales a tales señores pertenecían.

9.— Orig.: 'si no lo.'

*CAPÍTULO II. Cómo el rey Clovis fue rogado de la reina Clotildis
que dejase los ídolos y creyese en la fe de Cristo.*

LA noche de las bodas acostándose el rey Clovis con Clotildis, ella encendida en el amor de Dios y inspirada del Espíritu Sancto, dijo al rey:
—Mi muy amado y caro señor, yo te suplico que me quieras otorgar una merced antes que te allegues a mí.

Y el rey le dijo que demandase lo que quisiese, que gelo otorgaba.

—Primeramente, te demando y te ruego que quieras creer en Dios todopoderoso, que hizo el cielo y la tierra, y en Jesucristo su fijo, que te mercó por su preciosa sangre y pasión, y en el Espíritu Sancto, confirmador y iluminador de todas buenas operaciones, procediente del Padre y del Fijo: Sanctísima Trinidad en una sola esencia. Cree en la Sancta Iglesia y deja los ídolos fechos por manos de hombres y piensa de restaurar las sanctas iglesias que has fecho quemar. Otrosí, te ruego que quieras demandar mi parte de los bienes de mi padre y mi madre a Agabondus mi tío, que los hizo morir sin razón alguna, y la venganza dejemos a Dios.

Y el rey le respondió:

—Tú me demandas cosa muy difícil y recia a otorgar. ¿Que deje mis dioses, que tantas mercedes me han fecho, por adorar tu solo dios? Pide otra cosa, que de buen grado te la otorgaré.

Respondió Clotildis:

—Cuanto a mí es posible te suplico que adores a Dios, facedor de todas las cosas, a quien solamente debemos adoración.

Y el rey no le respondió nada, ni ella le dijo más, temiendo enojalle. E venida la mañana, el rey envió sus embajadores a Agabondus pidiéndole las tierras que a Clotildis su sobrina pertenescían, y el rey les dijo que ninguna cosa les daría; mas por consejo de los suyos hubo de dar grandes tesoros a los embajadores por evitar discordia:

Dende a pocos días la reina parió un hijo, y contra voluntad del rey lo fizo bautizar, siempre suplicando quisiese ser cristiano, mas ni lo quería facer ni oír hablar dello, y el niño no vivió sino tres días, y el rey dijo a la reina:

—Si tú lo ofrescieras a mis dioses, no muriera el niño.

Y la reina le dijo:

—Desto no rescibo pena alguna, antes doy gracias a mi Criador, que quiso recibir en su reino al primer fructo de mi vientre.

El año siguiente parió la reina otro fijo, y fue asimesmo bautizado, y estuvo tan malo, que todos pensaban que muriera, y dijo el rey a la reina:

—Bien te dije que no lo bautizases y viviría; mas no tiene ningún remedio, ca mis dioses están airados contra mí por ello.

Y la reina, por temor de su marido, rogó a Dios por la salud de su fijo y luego fue sano.

*CAPÍTULO III. Cómo el rey Clovis ovo victoria contra sus enemigos
y creyó en la fe de Cristo.*



EN este tiempo el rey Clovis hubo de facer cruel guerra a los cristianos¹⁰ comarcanos y vecinos de Francia, y estando un día con todo su poder en un campo llano, mandó que fuesen contados todos los suyos que eran para pelear, y se fallaron por cuento ciento y treinta mil hombres de pelea. Procuró asimismo de saber de algunos cristianos cativos cuántos eran los cristianos que le esperaban a la batalla campal que ordenada estaba entrellos, y le dijeron que serían, cuando mucho, cincuenta mil hombres de pelea. Y desde que esto supo, teniendo la vitoria por muy cierta, dio gran priesa a mover su gente y ir a buscar sus enemigos, que no muy lejos estaban.

Los cuales desde que supieron la venida de los paganos, con magnánimos corazones, confiando en la ayuda de Dios, puestos en singular ordenanza los esperaron, y llegados los paganos sin ninguna ordenanza, empezaron muy cruda batalla. E plugo a Nuestro Redemptor dar tal gracia a los suyos, que en poco tiempo fueron los paganos desbaratados y fue forzado al rey Clovis de fuir y acogerse a un montecico que cerca estaba, y de allí miraba cómo los suyos, sin ninguna resistencia, miseramente murían a manos de los cristianos; y estando maldiciendo a altas voces sus dioses, se llegaron a él algunos caballeros que por la contina predicación y amonestación de la reina creían secretamente en la fe de Cristo, y le dijeron:¹¹

—Señor, sin duda esto procede del infinito poder del dios de los cristianos, en quien la reina nuestra señora cree y adora; y según paresce, ya tus dioses ningún poder tienen, e te conviene, para salvación tuya y de tu gente, creer en el verdadero Dios que la reina continuamente predica.

10.— La batalla de Tolbiac tuvo lugar a finales del s. V entre los francos y los alamanes (como se lee en la versión de Jean Bagnion), que aún no estaban cristianizados.

11.— En la versión de Jean Bagnion, es Aurelianus quien aconseja al Rey.

Y estando en esto, veía el rey cómo su gente, arrojando las armas, entendían solamente en fuir y acogerse al montecico donde él estaba, siguiéndolos sin ninguna piedad los cristianos; y visto esto, bañado en lágrimas y puesto de rodillas, a grandes voces empezó a decir:

—¡Oh Jesucristo, Fijo del verdadero Dios, en el cual mi mujer cree y de perfecto corazón predica y notifica ser aquel que ayuda en las tribulaciones y das remedio a los que esperan en ti! Con muy contrito corazón pídotte ayuda por que sea mi gente librada de las crueles armas de los cristianos, que con tanta crueldad los despedazan y desmiembran. Yo he rogado a mis ídolos, y los fallo impotentes y emudecidos por tu infinito poder, y te prometo de recibir tu sancto baptismo con toda mi gente.

Acabado de decir esto, vido cómo los cristianos dejaron el alcance y sin mandado de los capitanes se retrajeron a donde estaban al comienzo de la batalla, y el rey Clovis mandó tañer los añafles y recogió la gente que le quedaba y con ella se volvió para Francia, y contó a la reina su mujer lo que le había acaescido con los cristianos, y ella ovo gran placer dello.

Cómo el rey Clovis recibió bautismo por mano de Sant Remí, y cómo en su bautismo milagrosamente fue traída una redoma del cielo, de la cual fasta hoy día son ungidos en su consecración los reyes de Francia en la cibdad de Reims.

Cuando la reina oyó que el rey había prometido de recibir el agua del sancto bautismo fue muy placentera dello, e mandó llamar un sancto hombre que llamaban Remí¹² para instruir al rey en la fe católica, y el sancto hombre lo fizo así, y lo enseñó y dotrinó de todo lo que había de creer y obrar según conviene al buen cristiano, y fueron edificadas iglesias y fechas pilas para bautizar. Y estando San Remí bautizando al rey Clovis, queriéndole untar con la crisma como manda la Iglesia, milagrosamente vieron todos los que presentes estaban una paloma que descendía del cielo con una redoma llena de crisma en su pico y a vista de todos la dejó cabe el sancto hombre, y della fue primeramente ungido el rey Clovis y después todos los reyes de Francia, la cual redoma ha estado siempre y está en la iglesia de Reims. E bautizado el rey, fueron bautizados los más de su corte, y poco a poco todos los del reino.

12.– San Remigio de Reims.

CAPÍTULO IIII DEL PRIMER LIBRO. Y contiene cinco capítulos,
y fabla primeramente del rey Pepín y de Carlo Magno su fiyo.¹³



EL libro precedente hace mención del rey Clovis, el primer rey de Francia cristiano, y duró su línea o generación fasta el rey Hildericus, el cual fue muy devoto y contemplativo y curaba poco de las cosas mundanas, y sin ejercitar las obras reales se metió en religión por tener vida solitaria. Y agora dejaré de hablar de la generación del rey Clovis, que se acabó en este rey Hildericus, y contaré del rey Pepín, el XXIII rey de Francia, y de su hijo Carlo Magno, en cuyas hazañas toma el presente libro origen y fin.

Léese en el libro que se dice *Espejo historial*, que puesto el rey Hildericus¹⁴ en religión fue alzado por príncipe Pepín, noble caballero de alta sangre, muy esforzado y sagaz en los fechos de guerra y dotado de muchas virtudes, y fue tan querido de todos los del reino, que procuraron de alzarlo por rey aunque el rey Hildericus vivía. Y habido su consejo cómo sin reprehensión le podrían alzar por rey, acordaron de enviar una embajada al Padre Sancto Zacarías¹⁵ con esta quisi-tión y demanda, diciendo cuál era más digno de la corona real: el que vela y trabaja por la paz y tranquilidad del reino, o aquel que solamente cura de su ánima puesto en religión y vida solitaria, y el Papa respondió que aquel que bien regía el reino y le tenía en su justicia era verdadero rey.

Y visto esto los grandes del reino, y mirando un dicho de Salomón que dice: «el príncipe negligente hace el pueblo perezoso»,¹⁶ e que es bendita la tierra que tiene príncipe noble, alzaron

13.- El Orig. añade 'Capitulo primero'. La versión de Jean Bagnion se divide en tres libros, y 'La seconde [partie] du premier livre' contiene, en efecto, 5 caps., que aquí ocupan 4: del IV al VII.

14.- Childerico III fue el último rey de la dinastía merovingia. Su ingreso en religión no fue voluntario, sino por una maniobra de Pipino el Breve y el Papa Esteban II.

15.- Fue Papa en el periodo 741-752.

16.- *Poverbios* 14:28.

al noble Pepín por rey, y fue ungido rey por auctoridad apostólica por mano de Sant Esteban,¹⁷ y ordenó que los reyes de Francia sucediesen de generación en generación y no heredasen las mujeres, por que ningún señor de estraña tierra no señorease el reino. Y fue casado con la noble reina Berta, hija del grande Herclín César, de donde el linaje de los romanos y germanos y griegos descenden, por donde a buen derecho su hijo Carlo Magno fue elegido y alzado por emperador de Roma. Y reinó el rey Pepín en gran prosperidad deciocho años, y fue enterrado en la iglesia de Sant Dionisio en París, e quedó el gobierno y regimiento del reino a Carlo Magno su hijo, muy noble y virtuoso, como por estenso se dirá.¹⁸

CAPÍTULO V. Cómo Carlo Magno, después de fechas muchas constituciones con el papa Adrián, fue alzado emperador de Roma.



CARLO Magno fue, después de la muerte de un hermano suyo,¹⁹ rey y señor de toda la provincia de Francia, y fue llamado Magno así por sus grandes virtudes y buenas operaciones como por la grandor de su cuerpo. Y en aquel tiempo el papa Adrián²⁰ hacía continamente cruel guerra a los infieles aumentando la fe cristiana, y destruía las herejías y constituía iglesias y mandaba hacer imágenes representación de los Sanctos en corroboración de la fe de Cristo. E Carlo Magno asemismo jamás cesaba de guerrear y destruir los infieles que con sus reinos confinaban.

Venidas a noticia del papa Adrián las grandes virtudes y fazañas de Carlo Magno, envióle a rogar que se quisiese llegar a Roma, lo cual luego puso Carlo Magno por obra, y con la gente de guerra que tenía pasó los puertos y entró en Italia, y llegado a Roma, fue con mucha honra y alegría recibido. E dende a poco tiempo el papa Adrián allegó toda la gente que pudo, y con Carlo Magno discurrió toda la Lombardía y las otras provincias de Italia tomando las cibdades, villas

17.- Esteban II fue Papa en el periodo 752-757.

18.- En realidad, Pipino dividió el reino entre sus dos hijos.

19.- La muerte de Carlomán sucedió a finales del año 771.

20.- Adriano I fue Papa en el periodo 772-795.

y fortalezas que estaban en poder de paganos, y tomaron la cibdad de Pavía²¹ y eligieron un muy sancto hombre por obispo, y ordenaron ciento y cincuenta y tres obispos y arzobispos y abades y fueron repartidos por toda la provincia; instituyeron asimesmo grandes privilegios y constituciones en favor de la Iglesia.

E hubo Carlo Magno dos hijos, el uno se llamó Pepín y el otro Luis, con los cuales y con los Doce Pares (que estaban juramentados y habían prometido fieltad el uno al otro por morir por la fe de Cristo) fizo grandes guerras a los infieles, e desque hubieron desarraigado las herejías de Italia y destruido los infieles se volvieron para Roma.

Y en aquel tiempo los romanos habían muerto a espada a su emperador, y entre ellos había discordia, ca los unos querían a Constantino, hijo del emperador muerto, y los senadores no consentían que fuese emperador. E visto esto el papa Adrián, habló con ambas las partes, loando las virtudes y grandes hazañas de Carlo Magno, de manera que todos tuvieron por bien de le escoger y alzar por emperador. Y dende a pocos días fallesció el papa Adrián y sucedió el papa León,²² hombre de sancta vida, el cual, de consentimiento de los romanos, coronó a Carlo Magno de la corona imperial.

CAPÍTULO VI. De la estatura de Carlo Magno y del modo de su vivir.

Carlo Magno siendo emperador, fizo muchas y maravillosas cosas, y vivió emperador trece años y antes había reinado treinta y tres. Y en tierra de Roma edificó muchas cibdades y restauró muchas villas y lugares que fueran destruidos por guerra, y fizo otras grandísimas hazañas que por fuir prolijidad deo de contar. De su estatura y vivir escribe Turpín,²³ sancto hombre, arzobispo de Reines, el cual anduvo mucho tiempo y en muchas guerras en su compañía, que era hombre de gran cuerpo y bien fornido y proporcionado de miembros, con mucha ligereza, feroz en el mirar; la cara tenía larga, y traía continuamente las barbas largas de un palmo y negras; la nariz tiraba en redondo en cabo. Tenía muy honorable presencia; los ojos, como de león, tirando algo a bermejos y relucientes; las cejas y sobrecejas, declinantes a rojas: si estaba enojado, con sólo mirar aspantaba. El cinto con que se ceñía tenía ocho palmos; ancho de caderas; los muslos y pantorrillas, bien fornidos, grandes pies a maravilla. Su comer era dos veces al día, y poco pan le abastaba; comía un cuarto de carnero o dos gallinas; su cena era de caza y asada; bebía tres veces no más, con poca agua. Alcanzaba muy grandes fuerzas, que muchas veces le vieron fender yelmos y cabezas²⁴ fasta los dientes de un golpe de espada, y siendo caballero, alzar un hombre armado tan alto como su cabeza con un brazo solo.

Tenía en sí tres condiciones de gran virtud: primeramente, era muy moderado en mandar y dar (contra el emperador Titus, fijo de Vespasiano, que era tan gran pródigo que algunas veces no bastaba a dar lo que prometía); segundamente, era tan avisado en juzgar, que jamás se pudo nadie quejar dél, y usaba algunas veces de piedad, según la persona y la calidad del delito; terciamente, era muy astuto en el hablar, e asimismo escuchaba con mucha atención al que hablaba, para comprehender su intención.

21.– Sucedió en el año 774.

22.– León III fue Papa en el periodo 795-816.

23.– Fue monje de la abadía de Saint Denis (en la periferia de París) y alcanzó a ser arzobispo de Reims. Contemporáneo de Carlomagno, no pudo ser el autor del cuarto libro (donde se relatan los hechos del emperador en España) del incunable *Codex Calistinus*, de mediados del s. XII.

24.– Orig.: 'cabeça'

*Cómo doctrinaba Carlo Magno sus hijos y hijas.*²⁵

Hacía Carlo Magno enseñar a sus hijos y hijas las siete artes liberales, y siendo los hijos de edad, los hacía enseñar muy bien cabalgar en caballo, y mandábalos armar de todas armas y jugar de hacha de armas y de la lanza, y después justar, por que fuesen diestros en los fechos de guerra; finalmente, los hacía ejercitar todo género de armas y modo de pelear, así a pie como a caballo, y después desto, los mandaba ir a monte a caza de puercos y osos y otras animalias feroces. Mandábales siempre huir de toda ociosidad.

A las hijas mandaba tejer, labrar, filar oro y seda, y broslar y otros ejercicios mujeriles, por que el ocio no las hiciese caer en pensamiento desordenado ni inclinarlas a vicio.²⁶

E cuando Carlo Magno estaba desocupado de sus arduos negocios ocupábase en leer o escribir alguna cosa nueva, tomando el enjemplo que nos dejó Sant Pablo en su epístola, amonestándonos hacer siempre alguna ocupación buena por que nuestro enemigo no nos falle en ociosidad. En Aquisgrana en Alemaña, en sus palacios mandó facer una iglesia muy maravillosa y la dotó de mucha renta, a honra y servicio de Nuestra Señora la Madre de Dios.

CAPÍTULO VII. Del estudio y obras caritativas de Carlo Magno.

SIENDO Carlo Magno instruido en las artes liberales y otras ciencias morales y especulativas, pasaba muchas veces tiempo en leer libros auténticos, así de noche como de día; visitaba la iglesia tres veces al día: la mañana y a mediodía y a la noche. En las solemnes fiestas mandaba complidamente honrar iglesias distribuyendo abundantemente de sus bienes. Era muy caritativo y limosnero, y no solamente con sus vasallos y pobres de su reino, antes enviaba cada año a Suria y a Egipto y a Hierusalén a repartir grandes tesoros a personas necesitadas. A sus yantares y cenas siempre tenía lectores que leían cosas de Dios, queriendo pascentar el alma de viandas espirituales para la guardar en unión de gracia de su Criador también como para nudrir el cuerpo para conservar la vida; y entre otros libros, se deleitaba mucho en los libros de Sant Agustín, especialmente en uno que llaman *De civitate Dei*. Tenía por uso de quebrar las noches tres veces el sueño y pasear por la cámara rezando sus devociones. Enviaba cada año dos veces hombres buenos que visitasen las cibdades y villas de sus reinos, por saber cómo eran regidos y si se ejecutaba justicia, por que no fuesen los pequeños agraviados de los mayores. E oyendo Arón,²⁷ el rey de Persia, la magnificencia y nobleza de Carlo Magno, le envió un elefante, y en él el cuerpo de Sant Ciprián y de Sant Esperatus y la cabeza de Sant Pantaleón, mártires.

25.– El Orig. añade 'Capitulo quarto' V. la n. 13.

26.– Según algunos historiadores, jamás les permitió casarse.

27.– Debe referirse a Harún al-Rashid.

CAPÍTULO VIII. *Cómo el Patriarca de Hierusalén envió sus mensajeros a Carlo Magno que le diese socorro contra los turcos.*



LÉESE en el *Espejo historial* que en el tiempo que Carlo Magno fue coronado emperador de Roma fue el Patriarca de Hierusalén tan combatido y opreso, que después de muy muchas batallas y después de haber perdido la mayor parte de su gente hubo de demandar consejo a algunos ancianos caballeros y muy sabidos en fechos de guerra, y algunos dellos temiendo la muerte más que perder la honra, le decían que ficiese algún partido con los turcos por que no perdiesen las vidas. Y el partido que los turcos les querían hacer era que dejasen la cibdad, con todas las armas y pertrechos que en ella había. E otros le decían que les pidiese treguas por algún tiempo, lo cual nunca quisieron facer los moros.

E no fallando remedio en su cuita ni sabiendo modo para se poder defender de los turcos, inspirado de la gracia de Dios vínole a la memoria las virtudes y fazañas de Carlo Magno, y asimesmo su buena vida, y luego le envió las llaves del Santo Sepulcro y de la cibdad, y le envió el estandarte y seña de Nuestro Redemptor, como a firme pilar de toda la cristiandad y defensor de la fe. Esto hecho, el Patriarca se vino a Costantinopla, al emperador Constantino y a su hijo León, y llevó consigo a Juan de Nápoles y a otro llamado David, los cuales el emperador Constantino envió luego a Carlo Magno, y con ellos envió otros dos que eran hebraicos, el uno se llamaba Isaac y el otro Samuel, y les dio una carta de su propia mano para Carlo Magno, cuyas razones son éstas:

Paresciome una noche que veía delante mi lecho una mujer maravillosamente fermosa, la cual me decía: «Constantino, muchas veces has rogado a Dios que te diese ayuda contra los turcos que tienen la Tierra Sancta. Pues que tanto lo deseas, faz esto: procura de haber contigo a Carlo Magno». E me mostró un caballero armado de muy lucientes armas y una espada ceñida de gran valor y una gruesa lanza en la mano, de cuyo fierro salían muchas centellas de fuego. Y era este caballero muy fermoso de cara y dispuesto de cuerpo; la barba,

crescida; los ojos, relucientes, y sus cabellos empezaban a emblanquescer. ¡Oh Augusto, que nunca te arredraсте de los mandamientos de Dios, alégrate en Jesucristo y en tu ánima le da gracias! Seas encerrado en justicia como has sido nombrado en honra, por que Dios te dé perseveranza de bien.

Cuando Carlo Magno vido las cartas lloró amargamente por estar el Santo Sepulcro en poder de paganos, e mandó al arzobispo Turpín que predicase por todo el reino las lastimeras nuevas, y a esta causa fueron movidos muchos cristianos a acompañar a Carlo Magno.

CAPÍTULO IX. *Cómo Carlo Magno se partió con grande número de gente para Hierusalén.*

HIZO Carlo Magno pregonar por todos sus reinos y provincias que cualquier que quisiese ganar sueldo para ir a tierra de turcos, que viniese a París, y cuando se supo que el emperador en persona y por capitán quería pasar a allende, muchos principales buenos caballeros ovieron por bien de dejar sus casas y mujeres y hijos y pasar la mar en compañía de tan noble capitán, e así, fueron ayuntados en poco tiempo treinta mil hombres de pelea. E así, se partió el emperador Carlo Magno con mucha esperanza de victoria viéndose acompañado de tan polida gente, y llegados al puerto, ovieron muy buen viento y en pocos días llegaron en Turquía.

Y por consejo de los adalides entraron en un grande monte (que tenía XV leguas de largo y X leguas de ancho). Y bien pensaron las guías de pasar del monte en un día y no pudieron en dos, ca fallaron multitud de leones, osos, tigres, grifos y otras alimañas feroces que grande daño les hicieron, especialmente de noche, y con la fatiga de las alimañas perdieron el camino y no sabían hacia dónde ir ni qué hacer, y andando buscando el camino vino la noche y se fallaron muy turbados, ca estaban cansados y sin vitualla alguna.

Y el rey Carlo visto esto, los mandó juntar todos en un vallecico y puso los más descansados a las entradas del valle para defenderse de las alimañas que ferozmente los acometían para hartar su hambre; e Carlo Magno retraído al pie de un árbol, encomendándose al todopoderoso Dios rogándole oviese piedad de su gente, empezó a rezar el salterio,²⁸ y cuando llegó al verso *Deduc me, Domine, in semita mandatorum tuorum, quia ipsam volui*, vieron un ave que a grandes voces dijo: «¡Tu oración es oída!», y fueron todos maravillados. E por eso no dejó Carlo Magno de rezar, y cuando llegó al verso *Educ de custodia animam meam*, el ave, a mayores voces, dijo: «¡Oh Carlo, tu oración es oída!».

Y entonces mandó Carlo Magno mover todo su ejército, y puestos en buena ordenanza, y Carlo Magno el delantero, comenzaron a seguir el ave, el cual los guio fasta meterlos en el derecho camino, y es fama que agora se hallan las tales aves en aquel monte y guían muchas veces los romeros descaminados.

Salidos los cristianos del monte, vieron fasta cien mil infieles puestos en tres batallas, ya apercebidos de su venida, y puestos los cristianos en ordenanza, dejando alguna gente en la reguarda, comenzaron una cruel batalla; y Dios por su infinita misericordia dio a los suyos victoria. Y volviendo los turcos las espaldas, fueron hasta Hierusalén pensando guarescerse en la cibdad; mas los cristianos los siguieron de tal suerte que a la entrada de la cibdad se fallaron juntos y juntamente entraron en ella, de manera que en poco tiempo fueron señores de la cibdad y muertos

28.- Los Salmos.

todos los turcos que en ella se fallaron, y ganaron asimesmo todos los lugares que los cristianos habían perdido. Y descansó Carlo Magno con su gente algunos días en Hierusalén.

CAPÍTULO X. De las reliquias que Carlo Magno trajo de la Tierra Santa y de los milagros que Nuestro Redemptor Jesucristo hizo.

QUERIENDO Carlo Magno volver para su tierra, el emperador de Costantinopla y el Patriarca de Hierusalén le quisieron dar grandes riquezas de piedras preciosas, oro y plata, elefantes, dromedarios, camellos y otros diversos animales no vistos en estas partes, y él ninguna cosa quiso tomar, diciendo que ficiera aquello por servicio de Dios y no por otra cosa, y mandó a los suyos que ninguno osase tomar valía de un maravedí, so pena de muerte. Entonces dijo el Patriarca:

— Señor, pues que destas riquezas no faces cuenta, mostrarte hemos otras que no se pueden preciar.

E Carlo Magno le respondió que le placía mucho de las ver, y fue mandado ayunar tres días, y al cuarto día fueron ordenadas XII personas de buena vida para que tratasen las sanctas reliquias, y Carlo Magno se confesó con el arzobispo Hebrón y rescibió el cuerpo de Dios. Y los doce escogidos empezaron a cantar las ledanías y algunos salmos del salterio, y el prelado de Nápoles, llamado Daniel, abrió un cofre donde estaba la preciosa corona de Nuestro Redemptor, de la cual salió tan suave olor, que todos los que presentes estaban pensaron que estaban en Paraíso. Entonces Carlo Magno, lleno de entera fe y creencia perfecta, con infinitas lágrimas se tendió en el suelo y con muchos gemidos de gran devoción rogó a Dios que por la gloria de su santo nombre quisiese renovar los milagros de su santa pasión, y luego vieron la corona de Nuestro Redemptor florida, y della salían tales olores, que todos estaban muy maravillados. Y el prelado Daniel tomó un cuchillo muy agudo y limpiolo para cortar la corona, y cortando, continuamente salían nuevas flores y crecía aquel suave olor; y cortada una parte de la corona, mandó Carlo Magno echarla en un cofrecico de marfil que para ello tenía aparejado, y echaron en él asimesmo muchas espinas de la dicha corona.

Y tomando Carlo Magno el cofre en las manos para le dar al arzobispo Hebrón, dejándole Carlo Magno antes que el arzobispo llegase a él, vieron estar el cofre en el aire sin que nadie llegase a él. Y visitando después la dicha corona, fallaron las flores convertidas en maná, de la manera que Dios la envió a su pueblo en el desierto, y mientras se trataban las sanctas reliquias hizo Dios grandes miraglos sanando cojos y mancos, paralíticos y leprosos, y el pueblo a grandes voces decía: «Verdaderamente este es día de salud y resurrección, ca por el suave olor destas flores toda la cibdad está purificada y llena de gracia, ca trecientos y cinco enfermos se fallan sanos de sus enfermedades».

Y entre los que fueron curados ovo un hombre que había estado veinte y cuatro años ciego y sordo y mudo, e al tiempo que se abrió el cofre donde estaba la preciosa corona cobró la vista, y empezando a cortar della cobró el oír, y en floreciendo cobró la habla. E después el prelado Daniel tomó un clavo de los con que fue enclavado Nuestro Redemptor en la cruz, y con mucha reverencia le puso en un relicario de alabastro, y entonces fue sano un mancebo que de su nascimiento tenía la parte siniestra del cuerpo seca y impotente, el cual vino corriendo ligeramente a la iglesia dando loores y gracias a Nuestro Redemptor Jesucristo.

Allende destas santas cosas, llevó Carlo Magno una partecica de la cruz de Nuestro Redemptor Jesucristo, y el Santo Sudario y la camisa de Nuestra Señora la Madre de Dios, y un paño en que envolvió su bendito Fijo, y los brazos de Sant Simeón. E así, se despidió Carlo Magno del emperador y del Patriarca y de los otros señores y se volvió muy alegre con las reliquias para Alemaña.

Y pasando a par de un castillo vido llevar un niño muerto a enterrar, y mandó que le tocasen con las reliquias y luego se levantó el niño. E llegado a Aquisgrana en Alemaña con las reliquias, concurrió allí grandísimo pueblo para las ver, y fizo Dios estos milagros: cobraron salud muchos ciegos y enfermos sin número, doce endemoniados, ocho leprosos, quince paralíticos, catorce cojos, treinta enanos, cincuenta y dos corcovados, sesenta y cinco de gota coral, muchos gotosos, así naturales como estraños. E fueron puestas las santas reliquias en una devota iglesia que Carlo Magno mandó facer en la ciudad de Aquisgrana a honra de la Virgen Sancta María Nuestra Señora, y fue ordenada y establecida una fiesta cada año, en el mes de junio, que muestran las santas reliquias y se ganan grandes perdones. E fueron presentes en la tal ordenanza el papa León, el arzobispo Turpín, Aquiles de Alejandría obispo, Teófilo de Antioquía e otros muchos arzobispos y obispos y abades.

CAPÍTULO XI. *Cómo en un lugar llamado Mormionda²⁹ estaba Carlo Magno siguiendo la guerra contra los paganos.³⁰*



HE fablado el primero libro del primero rey de Francia cristiano, descendiendo, según mi propósito, fasta el rey Carlo Magno, cuyas hazañas no podría hombre enteramente contar, ni de los Doce Pares, de cuyas proezas hablaré en su lugar, según lo fallé en las corónicas francesas. Y lo que arriba está escrito he sacado de un auténtico libro llamado *Espejo historial*, y sin discrepar ninguna cosa le volví de latín en lengua castellana; y este segundo libro estaba en metro francés, y fui rogado volvello en prosa castellana y ordenallo por capítulos, y dicese *Fierabrás*, que fue un muy maravilloso gigante que fue vencido de Oliveros y recibió bautismo y fue santo. Y después de la cruda batalla de Oliveros hablaré de las reliquias que cobraron los cristianos, que fueron llevadas de Roma, que estaban en poder del almirante de Turquía, padre de Fierabrás.

29.- Resulta curioso que los habitantes de Portezuelo (Cáceres) llamen 'castillo de Mormionda' al que se erige sobre el pueblo. La leyenda que le rodea guarda gran similitud con el romance entre Guy de Borgoña y Floripes que aquí se relatará.

30.- Aquí arranca el segundo libro en la versión de Jean Bagnion.

Y en este libro no entiendo de facer otra cosa salvo volver los versos franceses en prosa castellana siguiendo el pie de la letra a todo mi poder, sin añadir ni quitar cosa alguna; y este libro es por la mayor parte aplicado a la honra de Oliveros, aunque haya otras materias y sentencias muchas, ca entiendo de fablar de cada uno de los principales barones de Carlo Magno, que se dicen comúnmente Doce Pares de Francia, que eran capitanes del ejército y eran hombres de mucha virtud y valientes de sus personas y grandes señores y de noble sangre (ca de valientes había muchos, según fallo en las corónicas francesas).

Primeramente, Roldán, conde de Cenonia, hijo de Milón y de la señora Berta, hermana de Carlo Magno; Oliveros, conde, hijo de Regner de Genes;³¹ Ricarte, duque de Normandía; Garín, duque de Lorena; Giofre, señor de Bordelois; Hoel, conde de Nantes; Oger de Danois,³² rey de Daria, Lambert, príncipe de Bruceles; Thierry, duque de Dardania, Basín de Beaubois; Guy de Borgoña; Gaudebois, rey de Frisa; Ganelón, que fizo después la traición, como diré en la fin del tercero libro; Sansón, duque de Borgoña; Riol de Mans; Alroy y Guillermet Lescot;³³ Naymes, duque de Bavaria, y otros muchos que, aunque no andaban continuamente con Carlo Magno, eran sus súbditos y facían lo que les mandaba, mas la mayor parte de los nombrados le acompañaban continuamente.

CAPÍTULO XII. Cómo vino Fierabrás al ejército de Carlo Magno buscando cristiano o cristianos con quien pelease.



BALÁN el almirante,³⁴ grande señor y poderoso, tenía un hijo llamado Fierabrás, hombre de maravilloso grandor y por consiguiente de grandísimas fuerzas y magnánimo corazón y muy diestro en todas armas, y era rey de Alijandría y señor de toda la provincia de Babilonia fasta la mar Bermeja, y de Jerusalén. E con grande número de infieles entró una vez en Roma y llevó la corona de Nuestro Redemptor y los santos clavos y otras muchas reliquias (de las cuales en el precedente libro he fecho mención cómo las cobraron milagrosamente

31.- En la versión de Jean Bagnion se precisa: 'lequel Regnier estoit aussi a l'exercite du roy Charlemaigne,' y efectivamente aparece en varios capítulos.

32.- En la versión de Jean Bagnion: 'le danoys.'

33.- En la versión de Jean Bagnion: 'lescot.'

34.- En la versión de Jean Bagnion: 'L'admiral d'Espagne nommé Ballant.'

los cristianos con grandísimo trabajo de Carlo Magno), y llamábase Fierabrás de Alijandría. El cual como supiese de sus espías cómo el emperador Carlo y los Doce Pares estaban en Mormionda con su ejército, lleno de grande soberbia, confiando en sus fuerzas y destreza cabalgó en un poderoso caballo, y una gruesa lanza en la mano, solo se fue para Mormionda, y no fallando con quien fablase, con espantable voz comenzó a decir desta manera:

—¡Oh emperador Carlo Magno, hombre cobarde y sin ninguna virtud, envía a un hombre solo que espera la batalla dos o tres o cuatro de los mejores de tus barones, sea Roldán y Oliveros, Tierry y Oger de Danois, que te juro a mis dioses de no les volver la cara aunque sean seis! Cata que estoy en el campo solo y muy alejado de los míos; y si esto no haces, por todo el mundo publicaré tu cobardía y de los tuyos, no dignos de ser llamados caballeros. Toviste osadía de acometer la morisma y de ganar reinos y provincias: ten, pues, esfuerzo de dar batalla a un solo caballero.

Esto dicho, ató su caballo a un árbol y se quitó el yelmo y se tendió en el suelo, e dende a poco alzó la cabeza mirando a todas partes si venía alguno, y desque no vido ninguno, dando mayores voces comenzó a decir:

—¡Oh Carlo, no digno de la corona que tienes! ¿Con un solo caballero moro pierdes la honra que en grande multitud de moros muchas veces has ganado? ¡Oh Roldán y Oliveros y tú Oger de Danois y los que vos llamáis Doce Pares, de quien tantas hazañas he oído, ¿cómo no osáis parecer delante un solo caballero? ¡Habéis por aventura olvidado el pelear, o vos face miedo mi lanza? ¡Venid, venid todos los Doce Pares, pues uno a uno no osáis!

CAPÍTULO XIII. *Cómo preguntó el emperador a Ricarte de Normandía quién era Fierabrás.*



OYENDO el emperador Carlo Magno las palabras de Fierabrás, maravillándose mucho de su atrevimiento, preguntó a Ricarte de Normandía quién era el turco que tanto lo amenazaba, y respondiolo Ricarte de Normandía:

—Señor, éste es hijo del grande almirante Balán, hombre de grande renta y señor de muchas provincias, y es el más feroz hombre de todo el mundo. Y se llama Fierabrás, y es aquel que entró en Roma y mató al Apostólico y enforcó abades y monjes y robó iglesias, y aquél es el que llevó las

santas reliquias, por las cuales tantos trabajos has recibido. Es hombre de grandes fuerzas y muy diestro en todas armas.

Entonces dijo Carlo Magno:

—Tengo esperanza en Dios que su gran soberbia será abatida.

E viendo que ninguno de los Doce no se movía para la batalla hubo algún enojo entre sí, y sin lo dar a conocer a nadie llamó a su sobrino Roldán y le dijo:

—Sobrino, yo vos ruego que vos armedeis y salgáis al campo con Fierabrás, y espero en Dios que seréis victorioso.

CAPÍTULO XIII. De la respuesta de Roldán al emperador su tío.

RESPONDIÓ Roldán al emperador,
—Señor, por cierto yo no iré a la batalla si no van otros primero que yo vaya. Y la causa es ésta: que la postrera batalla que dimos a los paganos, nós los nuevos caballeros fuimos cercados de L mil moros, y fecimos tanto por nuestras personas, que la mayor parte dellos metimos a muerte, mas no sin gran trabajo y feridas de nuestros cuerpos, como se vee por Oliveros, que está a la muerte dellas. Y cuando llegaste a tu aposentamiento, estando cenando dejiste públicamente que los caballeros ancianos lo habían fecho mejor en la batalla que los nuevos. Y pues que así es, envía tus ancianos caballeros y verás cómo se habrán con Fierabrás; y en mí no tengas esperanza, ni en ninguno de mis compañeros si no quieren perder mi amistad.

Cuando Carlo Magno oyó a Roldán, con grande enojo que hubo, le arrojó una manopla de acero y le dio en las narices; y Roldán cuando vido su sangre, con grande furor echó mano a la espada, y de fecho hiriera al emperador su tío si no se metieran los caballeros en medio. E mandó Carlo Magno a grandes voces que lo prendiesen y lo sentenciasen a muerte, e Roldán sacó el espada y dijo:

—No se allegue nadie a mí sino el que tuviere aborrescido el vivir: al que se moviere, sacarle he presto del mundo.

E Roldán era tan querido en la corte, que a todos pesó de su discordia, y no fizo nadie semblante de le prender por más que lo mandase el emperador. E apartado Roldán de delante Carlo Magno, se llegó a Roldán Oger de Danois, muy noble caballero, y le dijo:

—Señor Roldán, mucho errastes en lo que hecistes, ca a vos era dado honralle y obedecelle más que a otro alguno, así por el deudo como porque siempre vos honró más que a otro.

Y como Roldán oviese perdido algún tanto del enojo, dijo:

—Señor Oger, en verdad yo le matara si vosotros no vos fallárades allí; mas yo soy dello mucho repiso y me pesa haberle enojado.

CAPÍTULO XV. De una reprehensión del auctor contra Carlo Magno y Roldán por la quistión pasada.

PRIMERAMENTE, quiero hablar contigo, Carlo Magno, noble emperador, de las quistiones que con tu sobrino el muy esforzado Roldán oviste.³⁵ Pues que así por la edad como por las sciencias y dotrinas, de las cuales desde tu infancia fuiste instruido, habías de conocer la constancia de los ancianos y la súpita mudanza de los jóvenes, ¿por qué alaba-

35.— Orig.: ‘ouuiste’

bas tan públicamente los ancianos más que los nuevos caballeros, pues sabías que el noble Oliveros estaba a la muerte de las heridas que aquel día rescibiera? Pues tu sobrino Roldán, ¿quién le vio jamás huir de llevar la delantera en todas las afrentas y batallas, y quién se halló jamás de mayor corazón ni osadía, al cual ninguna multitud de paganos jamás espantó ni fizo volver atrás? Acordásete de las grandes honras que por sus señaladas hazañas habías rescebido. Miraras asimismo, sagaz y discreto viejo, que los primeros movimientos no están en manos de hombre. Miraras en el dicho del Filósofo,³⁶ que dice: *Vindictam differ donec pertranseat furor*: que no debe el hombre vengarse siendo envuelto en ira. Trajeras a la memoria el dicho del *Ecclesiastés*, en el X capítulo: *Nihil agas in operibus iniurie*. Consideraras que todos los vivientes desean gloria y alabanza de sus buenos fechos, e por esto se ponen, así los reyes y grandes señores como los menores, en las grandes afrentas y peligros, e los caballeros, menospreciando el vivir por dejar loable fama, ponen sus vidas al tablero por sus reyes y señores. Lo cual muchas veces hizo tu leal sobrino don Roldán, y en lugar de su digna alabanza y galardón, te oyó alabar a otros que no también como él le merecían.

E tú Roldán, noble caballero en quien nunca faltó virtud, ¿de dónde te procedió responder con tanta soberbia al emperador, hombre de tanta honra y valor, a quien la mayor parte del mundo teme y honra, y tu tío, de quien tantas honras y mercedes has recibido? Más razón era, cierto, que le sufrieras, que no le fablaras con tanta descortesía. E si todo esto no te movía a paciencia, miraras que todos los jóvenes son tenudos de catar honra y obediencia a los ancianos. Mirarás ansimesmo al enjemplo que nos dejó Isaac en la obediencia que hubo a su padre, y al dicho del Apóstol: *Iuvenes servant amicos ad nidumque timorem*. Y el apóstol Sant Pablo nos dice en su epístola que debemos mucha honra a los viejos, y los debemos sufrir y comportar como a padres; e si el emperador loó a los ancianos, ni por eso no desdoró las proezas de los jóvenes. Mas nunca tiene el hombre ninguna injuria por pequeña.

CAPÍTULO XVI. Cómo Oliveros ferido de muchas heridas, demandó licencia a Carlo Magno para salir a la batalla con Fierabrás.

ESTABA Carlo Magno triste y enojado, así de don Roldán como porque ninguno de los suyos no se ofrescía a responder a la demanda de Fierabrás, y quiso armarse para salir a la batalla si le dejaran los caballeros. E venido esto a noticia de Oliveros, que estaba en la cama ferido, hubo dello gran enojo, así por la discordia de Roldán con Carlo Magno como por no se hallar dispuesto para la batalla de Fierabrás. Y desde que supo cómo el emperador se quería armar y que ninguno de los Pares se movía a servir a Carlo Magno en esto, y certificado del menosprecio y amenazas que Fierabrás hacía de Carlo Magno y sus caballeros, movido de grande magnanimidad y muy leal corazón de servir a su señor y por el deseo que siempre tuvo de emplear sus fuerzas contra infieles por la fe de Cristo, saltó de la cama estirando los brazos y miembros por ver si comportaría el trabajo de las armas; y mientras se vestía mandó a Guerín su escudero que prestamente le aparejase las armas, y el escudero le dijo:

— Señor, por Dios habed merced de vuestra propia persona, ca parece que voluntariamente queréis acortar vuestros días.

Y Oliveros le dijo:

— Faz presto lo que te mando, que no se debe tener en nada la vida donde se espera ganar honra. Grande mengua será mía si el pagano se fuese sin batalla, y pues dicen que en la necesidad se conoce el amigo, no es justo dejar al emperador mi señor en tanta congoja.

36.— Aristóteles.

E Guerín le armó de todas armas, y armado Oliveros, saltó un salto XXV pies, y del salto se le abrieron las sus frescas llagas y dellas salió abundancia de sangre; mas ni por eso ni por ruegos ni por lágrimas del escudero no quiso desarmarse ni dejar de ir a la batalla. Y luego ciñó su espada, llamada Altaclara, y, ensillado el caballo, saltó en la silla sin poner pie en el estribo, y puesto el escudo al brazo, le dio Guerín una gruesa lanza, y fecha la señal de la cruz, se encomendó al todopoderoso Dios suplicándole que por su infinita piedad le quisiese guardar en la cruda batalla que esperaba con el más feroz pagano que en aquel tiempo en el mundo se fallaba.

Así, se fue a donde estaba Carlo Magno acompañado de muchos caballeros, entre los cuales estaba Roldán, al cual pesó mucho cuando vio a Oliveros armado, ca sabia que estaba mal ferido, y de grado tomara la empresa de la batalla, sino por el juramento que ficiera. E llegado Oliveros delante del emperador, hecho el debido acatamiento, dijo:

—Muy noble y esclarecido señor, suplicote quieras oír mis razones: ya sabes cómo ha nueve años que estoy en tu servicio y he servido según mi poder, aunque no según tu grande merescimiento; y por ende te suplico que agora en una merced me sea todo galardonado.

E Carlo Magno le respondió:

—Oliveros, noble conde, pide lo que quisieres, que ninguna cosa te será negada.

Y Oliveros le dijo:

—Señor, suplicote que me des licencia para responder a Fierabrás, que tantas veces ha llamado, y en esto serán mis servicios bien galardonados.

Fue Carlo Magno y sus caballeros muy maravillados de la demanda de Oliveros, e respondiolo Carlo Magno:

—Oliveros, desto no tengas confianza, que tal licencia no te daré. ¿Pides batalla con el hombre más feroz del mundo y estás ferido de muerte?

Entonces se levantó Ganelón y otros parientes suyos (que ficieron la traición, como en el último libro se dirá), y dijo Ganelón:

—Señor, está ordenado y establescido en tu corte que ninguna cosa que tú mandases no revocases ni dejases de hacer. Por ende, es justo que Oliveros alcance la merced que mandaste.

E Carlo Magno le dijo:

—Ganelón, tú tienes malas entrañas, como otras veces he dicho. Por lo que dijiste dejaré ir a Oliveros a la batalla; mas si muere, tú y todo tu linaje lo pagaréis con la vida, como traidores.

E cuando Carlo Magno vio que no podía negar la merced a Oliveros, dijo:

—Oliveros, ruego a Dios que por su misericordia te dé gracia de ser victorioso y te deje volver con salud a mis ojos.

Y echole su guante, y Oliveros le recibió con mucha alegría y despidiose dél y de los caballeros.

CAPÍTULO XVII. Cómo el conde Regner rogó a Carlo Magno que no dejase ir a Oliveros su hijo a la batalla de Fierabrás.

CUANDO el conde Regner supo que su fijo Oliveros iba para la batalla, con abundancia de lágrimas, temiendo la muerte de su hijo, se echó a los pies de Carlo Magno y le dijo:

—Señor, yo te ruego por Dios que hayas piedad de mi hijo y de mí, ca no tengo otro consuelo ni esperanza en mi vejez sino aquel fijo, que si muere no será más mi vida de cuanto acabare de oír las nuevas. Habed asimesmo piedad de su ardiente mocedad, y si esto no te mueve a piedad, muévante las mortales heridas que en su cuerpo tiene, por las cuales no tiene disposición para pe-

lear ni aun para sufrir las armas. Por ende, ni tú serás vengado del feroz gigante ni mi hijo evitará la muerte ni yo quedaré libre de súpita muerte o desesperada vejez.

E Carlo Magno le dijo:

—Regner, yo no puedo revocar la merced que él ha demandado y le otorgué, ca le di mi guante en señal de licencia; mas espero en Dios que le veremos volver victorioso y con salud.

Estonces se volvió Regner para su fijo, y mezclando algunas palabras con infinitas lágrimas le dio su bendición, e así, se partió Oliveros en busca del gigante Fierabrás, y salieron todos los del ejército a le mirar, lo uno, porque sabían que estaba malamente ferido; lo otro, porque tenían gran placer de le ver armado.

CAPÍTULO XVIII. *Cómo Oliveros habló a Fierabrás y cómo el gigante le menospreció.*



LEGADO Oliveros al lugar donde estaba Fierabrás, vídolo estar a la sombra de un árbol desarmado y dormiendo, y después de le haber mirado, le llamó diciendo:
—Levántate, pagano, y toma tus armas y caballo. Pues tanto me llamaste, soy venido para ver si eres tan feroz en los fechos quanto tienes la fama y el parescer.

E Fierabrás alzó la cabeza, y viendo un solo caballero no fizo cuenta dél y tornose a echar. Y Oliveros le llamó otra vez, y Fierabrás le preguntó quién era, que tan simplemente buscaba a la muerte, y Oliveros le dijo:

—Pagano, levántate, y toma tus armas y caballo y ven a la batalla, ca no es fecho de caballero estar tendido en el suelo, como tú estás, viendo su enemigo delante sí. Dices que vine a buscar la muerte: es muy cierto; mas la tuya, como verás presto.

Y Fierabrás se levantó asentado y le dijo:

—Osadamente fablas aunque eres pequeño de cuerpo; y si tomas mi consejo, tú te volverás y así prolongarás tu vida. Y si todavía porñas de facer armas conmigo, cumple que me digas tu nombre y la sangre de donde descendes.

Y Oliveros le dijo:

—Tú no puedes saber mi nombre fasta que yo sepa el tuyo. Y no me pareces en tus razones tal cual mostraban tus amenazas contra el muy noble emperador, el cual me envió aquí para que diese fin a tus días, o a lo menos dejando tus ídolos, fechos por manos de hombres sin entendimiento ni virtud, creyeres en la Sanctísima Trinidad, Padre, Fijo y Spíritu Sancto, tres personas y un solo Dios todopoderoso, que fizo el cielo y la tierra y nació por nuestra salvación de la Virgen Sancta María. Y cuando creyeres firmemente todo esto, mediante el agua del sancto baptismo, que sobre esto fue establescido, podrás prevenir a la gloria eternal.

Y Fierabrás le dijo:

—Quienquiera que seas, tú eres muy presumptuoso en tu fabla. Y por que conoscias tu loco atrevimiento te quiero decir quién soy: yo soy Fierabrás de Alijandría, fijo del grande almirante, y soy aquel que destruyó a Roma y maté al Apostólico y a otros muchos y llevé todas las reliquias que fallé, por las cuales habéis recebido tanto trabajo, y tengo a Hierusalén y el sepulcro donde fue puesto vuestro Dios.

Y Oliveros le dijo:

—Fierabrás, yo he habido placer de saber tus nuevas, y agora tengo mayor deseo de la batalla, ca soy más cierto de la victoria. Y levántate, pues, y ven a la batalla, ca por ella se ha de librar nuestro pleito, y no con palabras.

Y djóle Fierabrás:

—Cristiano, yo te ruego que me digas qué hombre es Carlo Magno, y Roldán y Oliveros y Oger de Danois, porque los he oído nombrar muchas veces en las partes de Turquía.

Y Oliveros le dijo:

—Pagano, sepas que Carlo Magno es poderoso señor y muy valiente por su persona, y hombre de gran consejo y sagacidad, así en el regimiento de sus reinos como en fechos de guerra. Y levántate ya; si no, ferirte he así como estás y repentirte has cuando ya no tuvieres remedio.

Y Fierabrás le dijo:

—Dime, caballero, ¿cómo no envió Carlo Magno a Roldán o a Oliveros, de quien tantas hazañas he oído, o por qué no enviaba cuatro o cinco de los Doce Pares, si uno no osaba?

Y djóle Oliveros:

—Roldán jamás fizo cuenta de un solo pagano, por nombrado que fuese, y solamente por menosprecio tuyo no quiso venir a esta batalla. Si tu trajeras tu compañía, él solo te saliera a recibir, y vieras entonces quién era.

Y el pagano le dijo:

—E tú ¿quién eres, o en qué erraste a Carlo Magno, que así te envió aquí como quien envía un cordero al carnicero? Yo te juro a los dioses en quien creo, que por tu buena habla y parescer tengo lástima de tu mocedad. Toma, pues, mi consejo y vuelve a Carlo Magno y dile que me envíe seis o los Doce Pares, que juro al poder de mis dioses de los esperar y darles batalla.

Y le respondió Oliveros:

—Pagano, no te cures de tanta plática y dilación, ca si tú no te levantas, fago juramento a la orden de caballería que, aunque me sea feo, he³⁷ de ferirte y hacerte levantar mal de tu grado.

Y djóle el pagano:

—Pues dime tu nombre antes que me levante.

Y dijo Oliveros:

—Yo me llamo Guerín, pobre hidalgo nuevamente armado caballero, y esta es la primera cosa en que sirvo al noble emperador mi señor.

Y poniendo la lanza en el ristre, firió al caballo de las espuelas fingiendo de le ferir, y del salto del caballo se le abrió una llaga que tenía en un muslo y salió gran copia de sangre, de tal manera

37.— Suplo 'he'

que vio Fierabrás salir la sangre por entre las armas y le preguntó si estaba ferido y de dónde procedía aquella sangre, y Oliveros le dijo que no estaba ferido, y que la sangre procedía del caballo, que era duro a las espuelas. E vio Fierabrás cómo la sangre salía por las junturas de las armas en muchos lugares, y le dijo:

—Por cierto, Guerín, tú no dices verdad, y no puedes negar que no esté tu cuerpo llagado. Y decirte he cómo sanarás en un punto aunque más llagas tuvieses: llégate a mi caballo y fallarás dos barrilejos atados al arzón de la silla llenos de bálsamo que por fuerza de armas gané en Hierusalén, y deste bálsamo fue embalsamado el cuerpo de tu dios cuando le descendieron de la cruz y fue puesto en el sepulcro, y si dello bebes, quedarás luego sano de todas tus heridas.

Y Oliveros le dijo:

—Pagano complido de razones más que de fechos, no tengo cura de tu brebaje, y si no te levantas, como a villano, tendido en el suelo te faré dejar el hablar y despedir del vivir.

Y Fierabrás le dijo:

—Eso, Guerín, no es cordura y creo que te arrepentirás si en batalla entras conmigo.

CAPÍTULO XIX. Cómo Oliveros ayudó armar a Fierabrás, y de las nueve espadas maravillosas y cómo Oliveros dijo quién era por su propio nombre.

COMO Fierabrás ovo rogado a Oliveros que dejase su demanda y no quisiese entrar en la batalla con él, y vio que en ninguna manera no lo quería hacer, le dijo:
—Guerín, tú estás todavía en tu loca porfía, mas creo que cuando me vieres en pie, que solo de la vista te espantarás.

E Oliveros enojado ya de sus pláticas, abajó la lanza y fizo semblante que le iba a dar, diciendo:
—¡Levántate, villano!

Y estonces Fierabrás con grade furor se levantó y dijo a Oliveros:

—Por tu vida, Guerín, que me digas qué hombre es Roldán y Oliveros y la estatura de sus cuerpos.

Y Oliveros le respondió:

—Oliveros es de mi grandor y tamaño, ni más ni menos, y don Roldán, cuanto al cuerpo, es algo menor; mas de corazón y valor de su persona no tiene par en el mundo.

—Por la fe que debo a Apolín y Talvalgant, mis caros dioses, que me maravillo de lo que me dices; ca si diez caballeros como tú estuviesen agora aquí, no tendría por grande hazaña de meterlos a filo de espada en poco rato.

—Mucho hablas —dijo Oliveros—, y creo que de mí solo tienes miedo e por esto dilatas la batalla. Ármate, pues, ya y sal a la batalla, que ni tu grandor me espanta ni tus alabanzas te hacen mejor de lo que eres.

Entonces Fierabrás dijo:

—Guerín, yo te ruego te apees y me ayudes a armar.

E Oliveros le dijo:

—No creo que será seso fiar en ti.

Y Fierabrás le dijo:

—Con mucha seguridad te puedes fiar de mí, ca nunca en mi corazón reinó traición ni vileza.

Entonces Oliveros saltó ligeramente del caballo para armar su enemigo, y él le dijo:

—Guerín, yo te ruego que en tus fechos seas hidalgo.

Y Oliveros le dijo que sin duda así lo sería, y así, le empezó de armar. E primeramente le vistió un cuero cosido, y después una cota de malla de jacerán y después un peto de acero, y encima de todo esto un arnés muy reluciente y guarnido de muchas piedras preciosas de infinito valor. Vista la cortesía de Oliveros, nuevamente le rogó Fierabrás que dejase la demanda, ofresciéndole todo el prez y la honra de la batalla.

—Pagano, no cures de hablar en ello, ca hoy te llevaré o muerto o vivo a Carlo Magno mi señor.

Entonces Fierabrás ciñó su espada, llamada Ploranza, y tenía otras dos al arzón de la silla, y la una se llamaba Baptiso, y la otra Grabán, las cuales eran de tal temple que ningún arnés, por fino que fuese, las melló ni fizo señal en ellas. E hicieron estas espadas tres hermanos, y hicieron cada uno tres; e llamábase el uno Gallus, y el otro Munificans y el otro Anisix. Anisix hizo la espada llamada Baptiso, y a Ploranza y a Grabán, las cuales tenía Fierabrás. Munificans hizo la espada llamada Durandal, la cual hubo Roldán, La otra se llamaba Salvajina, y la otra Cortante, las cuales hubo Oger de Danois, y Gallus hizo la espada que se llamaba Flamberge, y la otra Altaclara, y ésta tenía Oliveros, y la otra se llamaba Joyosa, y ésta tenía Carlo Magno. Y estos tres hermanos milagrosamente hicieron estas nueve espadas, que antes ni después nunca hicieron otras.

E ceñida la espada, rogó Oliveros a Fierabrás que cabalgase, mas no quiso cabalgar fasta que vido a Oliveros en su caballo, y entonces, sin llegar al estribo, saltó muy ligeramente en la silla, y armado en el caballo era cosa espantable de ver, ca tenía quince pies de largo, y bien fornido, según la grandor. Y puesto un escudo de acero al cuello, en medio del cual tenía pintado el dios Apolín,³⁸ encomendándose a él tomó una muy gruesa lanza en la mano, que al árbol tenía arrimada, y vuelto con fiero semblante a Oliveros, meneando su lanza como si fuera una paja, nuevamente le rogó que se volviese sin batalla, diciendo que era imposible en ella evitar la muerte. Y entonces Oliveros le dijo:

—Pagano, piensa de ser en este día buen caballero, ca tengo esperanza en Aquel que por el humano linaje rescibió muerte y pasión, de te llevar muerto o vivo a Carlo Magno.

Y dicho esto volvió el caballo y tomó del campo a su placer, y puesta la lanza en el ristre, le dijo que se defendiese hasta la muerte. Y Fierabrás visto que no se escusaba la batalla, fincó la lanza en el suelo y se fue hacia Oliveros rogándole que aún dos razones le oyese, y le dijo.

—Tú eres cristiano y tienes gran confianza y esfuerzo en la ayuda de tu dios; por el cual te conjuro, y por el bautismo que rescibiste y por la reverencia que debes a la cruz donde tu dios fue colgado y enclavado, y asimismo por la fidelidad que debes a Carlo Magno tu señor, que me digas si eres don Roldán o Oliveros o alguno de los Doce Pares, ca tu gran osadía me face creer ser alguno, o el principal dellos, y que por verdad sepa tu nombre y el linaje donde descienes.

Y le dijo Oliveros:

—No sé, pagano, quien te enseñó a conjurar al cristiano, que más fuertemente no me podías apremiar a decir verdad. Por ende, sepas que yo soy Oliveros, hijo de Regnier, conde de Genes, uno de los Doce Pares de Francia.

—Por cierto —dijo Fierabrás—, bien conocí yo en tu atrevimiento y osadía que eras otro que el que me habías dicho. E pues que así es, señor Oliveros, vos seáis bien venido, y si antes os conociera, antes hiciera vuestro mandado. Y porque veo teñidas vuestras armas de la sangre que de vuestro cuerpo sale, habéis de facer de dos cosas la una: o vos volved a curar de vuestras llagas o bebed del bálsamo que conmigo traigo y luego seréis sano, y así podréis bien pelear y defender vuestra vida y a mí será honra mataros, ca sería grande mengua mataros siendo de otro caballero ferido.

—Señor Fierabrás de Alejandría —dijo Oliveros—, en mucha merced te tengo la buena voluntad; mas sed cierto que no tengo necesidad dello. E dejemos las hablas y entendamos en los fechos y verás lo que te digo. Y no dilates más, ca nuestra batalla no se escusa salvo con esta condición: que dejando tus ídolos rescibieses bautismo y tuvieses la creencia que nós los cristianos

38.— Orig.: 'Opolin'

tenemos; y si esto faces, tendrás por buen amigo al emperador Carlo Magno, y a don Roldán por especial compañero, y yo te prometo de nunca dejar tu compañía.

Y Fierabrás le dijo que en ninguna manera lo haría.

*CAPÍTULO XX. Cómo Oliveros y Fierabrás comenzaron su batalla
y cómo rogó Carlo Magno a Dios por Oliveros.*



APERCEBIDOS y puestos en orden los dos caballeros, rogó Fierabrás a Oliveros otra vez que bebiese de su bálsamo, y Oliveros le dijo:
—No quiero, Fierabrás, vencerte por virtud de bálsamo, sino con tajante espada y armas lucidas, como caballero.

E dicho esto tomaron del campo a su voluntad, y con la fuerza que los caballos alcanzaban vinieron el uno para el otro y del encuentro volaron las lanzas en muchos pedazos por el aire, y luego echaron mano a las espadas sin que en ellos se conociese mejoría, e desto fue muy maravillado Fierabrás.

Y aunque estaban asaz apartados del ejército, peleaban en lugar que Carlo Magno con algunos caballeros los podían ver, y viendo Carlo Magno el peligro en que estaba Oliveros, entrado en su retraimiento, donde tenía un devoto crucifijo, abrazado con la cruz, con abundancia de lágrimas y devoto corazón comenzó a decir:

—Mi Dios, cuya remembranza tengo en mis brazos, yo te ruego que quieras ser en ayuda de Oliveros, que en favor y augmentación de tu sancta fe está en gran peligro.

Y en esto andaban los dos caballeros muy feroces en la batalla, de manera que gran fuego salía de las lucientes armas, y los yelmos abollados y ellos y los caballos cansados, hubieron de arredrarse para descansar un poco; y vueltos a su comenzada batalla, dio Oliveros tal golpe a Fierabrás, que toda la pedrería y oro y azul y otras joyas de gran valor fizo volar por el suelo, e quedó tan atordido del golpe, que perdió los estribos y las riendas del caballo y por poco cayera en el suelo.

Y este golpe vido Carlo Magno y sus caballeros, y ovieron todos gran placer dello, y don Roldán dijo entonces:

—Oliveros, mi especial amigo y compañero, pluguiese a Dios que agora estuviese en tu lugar por dar presto fin a la batalla; no porque no seas suficiente para mayor fecho si sano estuvieses de tu cuerpo, mas recéleme que tus llagas te acarreen la muerte tanto como las fuerzas del gigante.

Y estas palabras oyó Carlo Magno, y le dijo:

—Roldán, mejor fuera, cierto, que tú, sano y rogado, fueras a la batalla que Oliveros tan malamente ferido; mas si muere en esta batalla, jamás olvidaré tu ingratitud.

Y a esto ninguna cosa respondió Roldán.

Tornado en sí Fierabrás y cobrado los estribos y las riendas del caballo, echando espuma por la boca, los ojos vueltos en sangre, quitada la visera, llamando el ayuda de sus dioses se fue para Oliveros, y con la espada (llamada Baptiso) le dio tal golpe, que el yelmo le abolló y cortó los lazos y hizo volar toda la malla por el suelo, y del golpe firió malamente el caballo y descendió el espada a la pierna izquierda de Oliveros y cortó la greba y hirió la pierna y quedó la espada de Fierabrás ensangrentada. Y deste golpe fue el buen caballero Oliveros muy atordido, y cayera del caballo si no se abrazara con el arzón delantero, y dijo entre sí: «¡Oh mi Dios y mi Criador, qué mal golpe he recibido! ¡Oh Virgen y Madre de Dios, a ti me encomiendo: no permitas morir tu caballero a manos del cruel infiel!».

Y para descansar algún poco se quitó la visera, y cuando Fierabrás le vido tan demudado, le dijo:

—Oliveros, noble caballero, ya sabrás cómo cortan mis espadas y el modo de mi pelear: toma mi consejo, vuélvete a tu posada, y faz curar tus llagas, ca si porfías en esta demanda no vivirás dos horas. Yo te veo muy demudado por la sangre que has perdido y pierdes. Envíame a don Roldán o a cualquier otro de los Doce, que aquí lo esperaré, e a ti asimesmo, cada y cuando volvieses sano. Y esto has de facer antes que más conoscas mis fuerzas.

Cuando Oliveros, oyó esto, lleno del enojo, apretando la espada en la mano y cubriéndose del escudo le dijo:

—¡Oh pagano, hoy todo el día me amenazas de me dar la muerte, mas spero en aquel justo Dios de hacer esto de ti!

Y en diciendo esto se fueron el uno para el otro, e se firieron tan maravillosamente que sobían por el aire las centellas que de las armas salían, y sin descansar, un golpe no esperaba al otro; el ruido que traían los grandes golpes parecía casa de herrería. Estaban de la cruda batalla Carlo Magno y sus caballeros maravillados, y entrado Carlo Magno en su retrainiento, con perfecta fe comenzó a decir:

—¡Oh glorioso Dios, que por nosotros rescebiste muerte y pasión, plégate por tu misericordia ser en ayuda de Oliveros, que no perezca en manos de aquel enemigo tuyo y de tu sancta fe!

Y en este tiempo no cesaron los caballeros de ferir continamente, de manera que Fierabrás cortó un aro de acero dorado y labrado a maravilla que tenía Oliveros alrededor de su yelmo, y le cayó sobre los ojos, y el mesmo golpe le falsó las armas y le firió en los pechos.

CAPÍTULO XXI. Cómo Oliveros hizo oración a Dios que le guardase y favoreciese contra el pagano.

OLIVEROS malamente ferido, con grande esperanza del socorro de Dios empezó a decir así:

—¡Oh glorioso Dios, principio, medio y fin de todas las cosas que sobre y debajo del firmamento están! El cual con tu propia mano formaste a nuestro primero padre Adán y por compañera le diste a Eva, sacada de su costilla, y en el Paraíso Terrenal lo colocaste y un solo fruto

les vedaste, y de aquél, engañados del Diablo, hubieron de comer y por ello perdieron el Paraíso. E tú doliéndote de la perdición del mundo, abajaste acá entre nosotros y tomaste carne humana en el vientre virginal de la sanctísima Virgen María, y los tres reyes de luengas tierras te vinieron adorar e ofrecieron oro, encienso y mirra, y después el rey Herodes, pensando de te matar, hizo morir los muchos niños inocentes. E después predicaste en el mundo tus santas doctrinas y los envidiosos judíos te clavaron en la cruz, y estando en ella, Longinos con lanza abrió tu sancto costado y dél salió sangre y agua, y cayendo en los ojos del ciego Longinos,³⁹ cobró la vista que tenía perdida, y creyó en ti y fue salvo. Y fue tu sancto cuerpo puesto en un monumento de piedra puesto, y al tercero día resuscitaste y sacaste los Sanctos Padres que en el Limbo estaban, y el día de tu gloriosa ascensión, a ojos de tus discípulos subiste a los cielos. Así, Señor, como firmemente creo todo esto sin parte alguna de incredulidad, te suplico me seas en ayuda y favor contra este infiel gigante, por que vencido por mí sea convertido a creer en ti y entre en la verdadera carrera de salvación.

E dicho esto, con entera esperanza del pedido favor besó la cruz de su espada y se movió para Fierabrás, el cual con mucha atención había escuchado su oración, y riéndose dél, dijo:

—Por tu vida, Oliveros, que me declares la oración que agora dejiste con tanta devoción.

Y Oliveros le dijo:

—Pluguiese a Dios, Fierabrás, que tú creyeses lo que dije como yo lo creo, por que dejadas las abusiones de tus ídolos conocieses tu verdadero Criador y Redemptor, y conociéndole, recibieses su sancto bautismo y guardases sus mandamientos, mediante lo cual se alcanza la gloria del Paraíso.

—Deso no me hables —dijo Fierabrás—, ca mis dioses son muy piadosos a quien los llama con devoción, e veo que tu Dios no te quiere ayudar en tanta necesidad aunque le llamaste en tus oraciones muchas veces. Por ende, te doy por consejo que dejes tu dios y te tornes moro, y yo partiré contigo toda mi tierra y renta.

Y Oliveros le dijo:

—Pagano, simplemente hablas en decir que deje al Criador del cielo y de la tierra por adorar un ídolo de oro o plata fecho por manos de hombre. Esto hacen los que ciegos de los ojos del entendimiento trae el Diablo engañados, como te trae a ti y los tuyos. Y dejemos ya las razones y vengamos a la comenzada batalla.

E Fierabrás le dijo:

—¿Todavía porñas a morir a mis manos? Pues que así lo quieres, procura de te defender, ca ninguna piedad habré ya⁴⁰ de ti.

Y Oliveros le dijo.

—Ni yo de ti fasta darte la muerte o te llevar preso al emperador Carlo Magno.

Y remetieron el uno para el otro como dos fambrientos leones y tornaron a su batalla con tanta ligereza y deseo de pelear como cuando comenzaron la batalla. E dio Fierabrás tan gran golpe a Oliveros, que descendió el golpe y firió el caballo en la cabeza, y se espantó el caballo y fue corriendo por el campo gran trecho sin que Oliveros lo pudiese tener, y tirando de las riendas, las fizo pedazos. E cuando Fierabrás vido que Oliveros no podía tener su caballo, dio de las espuelas al suyo y le atajó el camino y le hizo parar, e cuando Oliveros le vido cabe sí, pensando que le seguía para lo ferir, saltó ligeramente del caballo y le dijo:

—Pagano, faz todo lo que pudieres, ca ninguna ventaja te conozco.

Y Fierabrás le dijo:

—No creas, Oliveros, que alce mi espada para ferirte mientras estuvieres a pie, que no tienes tú culpa de la falta de tu caballo; mas adereza las riendas y cabalga en tu caballo y tornaremos a la batalla si quisieres. Y si la quisieres dejar para otro día, en este campo te esperaré.

39.- Orig.: 'Longino'. Según algunas versiones apócrifas, el centurión Longinos tenía mal la vista.

40.- Orig.: 'auria ya'

Y Oliveros le dijo:

—No cesará la batalla sin la muerte o vencimiento del uno o del otro.

Añudadas las riendas del caballo, saltó en él muy ligeramente y volvieron a la batalla; e después que se hubieron dado muy terribles golpes, rodeándose los caballeros el uno al otro por mejor aprovecharse de su enemigo, estropezó el caballo de Fierabrás y cayó en una acequia y quedó Fierabrás debajo, que no podía en ninguna manera salir; e viéndolo Oliveros, saltó muy presto del caballo y tomó el caballo de Fierabrás por el freno, desviándolo que no lo pisase; e viendo que Fierabrás no se levantaba, le tomó en sus brazos y levantolo del suelo, y dijo que cabalgase y volviese a la batalla; e Fierabrás cabalgó ligeramente y dijo a Oliveros:

—Tu grande virtud y nobleza me face perder el deseo de la batalla; por ende, te ruego que la dejes y lleves todo el prez y la honra.

E Oliveros le respondió que en ninguna manera podría ser, salvo que quisiese ir con él a Carlo Magno; e no quiriendo Fierabrás, tornaron a su batalla, y dio Fierabrás tal golpe a Oliveros, que le saltó la sangre por las narices, mas ni por eso no dejó la batalla.

CAPÍTULO XXII. Cómo Oliveros ganó por fuerza de armas el bálsamo y bebió dello, y cómo Fierabrás le mató el caballo.

CUANDO Fierabrás vido a Oliveros volver con magnífico corazón a la batalla, le dijo:

—Oliveros, grandísimo es el esfuerzo de tu corazón: con tu derramada sangre has regado todo el campo, veo tu yelmo muy abollado y el arnés despedazado y desguarnescido; mi tajante espada y mi brazo derecho teñido en tu propia sangre, tu caballo muy fatigado por los golpes que hoy has rescebido, y yo enojado ya de te herir y tu corazón no cansado ni turbado, antes más feroz y no menos osado que al principio de la batalla. Mucho quisiera que gozaras tu noble mancebía, y por esto te he rogado tantas veces que dejases la batalla; y de nuevo te lo rogaría, por no acortar tus días, si te viese en propósito de tomar mis sanos consejos; mas veo tus fuerzas en grande grado menguadas, tus brazos y miembros fatigados y deseosos de paz, por fallar en ella descanso, e de otra parte veo tu engañado corazón arder en el deseo de la batalla no teniendo en nada los duros golpes de mi tajante espada, e, ya enojado de mis prolijas razones, atribuir a cobardía lo que la generosidad y nobleza de mi sangre me obliga a decir, y no menos la nobleza que en ti he fallado. E pues que tanto fuyes de lo que todos los vivientes desean, que es el vivir, encomienda tu ánima a tu dios, que el cuerpo ya no tendrá poder de te⁴¹ quitar del furor de mi espada.

Aun no bien acabadas eran las razones de Fierabrás cuando Oliveros apretando la espada en el puño y cubierto del escudo se adelantó para él, y alzados los dos caballeros sobre los estribos, olvidado todo temor de morir, se dieron tales golpes, que la fineza de los escudos ni la fuerza de los vigorosos brazos no pudo defender que las espadas no llegasen a los yelmos, y fueron los golpes de tanta fuerza, que entramos cayeron de pechos sobre los arzones de las sillas perdido todo sentido, y de la grande fuerza fincaron los caballos las rodillas en el suelo y dos grandes partes de los escudos cayeron en tierra; y fue el golpe del gigante tal, que resbalando su espada del yelmo de Oliveros descendió a los pechos y, fendido el arnés y todas las armas, firió al buen caballero en la teta izquierda. Viendo Oliveros salir gran abundancia de sangre de su mortal llaga, temiendo la muerte, dijo:

41.— Suplo 'te'

—¡Oh verdadero Dios todo piadoso, oye ya el ánimo, pues que el cuerpo no mereció ser oído! Vean tus clementísimos ojos este inmérito siervo tuyo que te llama en su postrimera hora. No pido ya el vencimiento de la batalla, solamente te suplico que esta pecadora ánima, rescatada por tu preciosa sangre, no peresca ni pierda la gloria que a tus fieles prometiste. ¡Oh Virgen bendita, madre de misericordia, ruega por tu caballero llamante en tanta necesidad!

E dicho esto, se cubrió con la parte del escudo que le quedaba y se movió para Fierabrás diciendo:

—¡Ea, caballero, demos ya fin a esta prolija batalla y procura de te defender, que si quedo en el campo, yo trabajaré que no te alabes en poblado!

Cuando Fierabrás le vido tan demudado, así en la fabla como en la color del gesto, dijo:

—Oliveros, noble caballero, ¡cómo me pesa de tu mal! Mas vente a mí presto y beberás del bálsamo y cobrarás salud y toda la fuerza que perdiste.

Y Oliveros le dijo:

—¡Oh generoso pagano, cuán grande es tu cortesía y nobleza! Bien tiran tus condiciones a la sangre donde descendes; mas sepas que no llegaré a tu bálsamo si con la espada no lo ganare. ¿Cuál hidalgo podría darte la muerte habiéndole tú dado la vida?

Y luego como feroces leones se fue el uno para el otro, y los golpes fueron tales, que vieron los cristianos el fuego que de las armas salía, y Oliveros acertó al pagano en un muslo y, falsadas las armas, le metió la espada por la carne y salía dél mucha sangre. E viéndose Fierabrás malamente herido y desviado algún tanto de Oliveros, muy prestamente bebió del bálsamo y quedó muy sano de su ferida; y desto fue triste Oliveros, y con grande enojo le dio un gran golpe de espada, y Fierabrás se cubrió del escudo y descendió el golpe al arzón de la silla y hubo de cortar una cadena en que estaban asidos y atados los barriles del bálsamo y cayeron entramos en el suelo, y del golpe se espantó el caballo y, fuyendo, se desvió gran trecho de Oliveros, tanto, que tuvo lugar Oliveros de se apearse y beber del bálsamo a su placer, y luego se sintió sano, ligero y dispuesto como si nunca hubiera sido ferido. E desto dio infinitas gracias a Dios y dijo entre sí: «Ningún buen caballero no debe pelear con esperanza de tales brebajes», y tomó entramos barriles y los echó en un caudal río que cerca de allí pasaba y luego fueron a lo fondo del agua, y he leído en un libro auténtico en lengua toscana que fabla deste Fierabrás de Alejandría, que todos los días de Sant Juan Evangelista parescen los dos barriles encima del agua, y no en otro tiempo.

Cuando Fierabrás vido sus barriles perdidos, con grande enojo dijo a Oliveros:

—¡Oh hombre simple y sin cordura! ¿Por qué echaste a perder lo que con todo el oro del mundo no se podría mercar? ¡Apercíbete pues, ca entiendo que lo habrás menester antes que de mí te apartes!

Y diciendo esto, con grande ferocidad fue para él; mas Oliveros, que más dispuesto estaba que antes, con magnánimo corazón le esperó, y se dieron muy grandes golpes; y fue el golpe de Fierabrás de tanta impetuosidad que, resbalando del escudo de Oliveros, acertó en el pescuezo del caballo y le cortó cercén y quedó Oliveros a pie, y fue Fierabrás muy maravillado cómo su caballo no arremetió para Oliveros, ca deso era acostumbrado y a muchos había dado muerte.

*CAPÍTULO XXIII. Cómo los dos caballeros hicieron batalla a pie
y cómo Carlo Magno rogó a Dios por Oliveros.*



CUANDO Oliveros se vido sin caballo fue muy triste por ello, e dijo a Fierabrás:
—¡Oh rey de Alejandría, esforzado caballero! Valerosamente te has habido hoy
contra mí, y te alabaste que a cinco caballeros juntos tales como yo darías batalla
y me mataste el caballo sabiendo que en la orden de la caballería está statuido que el rey que en
desafío mata caballo debe perder el suyo.

E Fierabrás le dijo:

—Yo sé que dices verdad. Y bien viste que no tiraba al caballo; mas no quedarás quejoso de mí.
Y cata aquí mi caballo, te doy el mejor del mundo, y estoy muy espantado cómo no te despedazó
luego que te vido a pie, ca así lo ha hecho a otros caballeros muchos.

E luego se apeó del caballo, y Oliveros le dijo:

—No creas que ninguna cosa resciba de ti si justamente no la ganare por las armas.

E así, apeados los dos caballeros, empezaron muy dura batalla, y parecía Fierabrás una torre
a par de Oliveros, ca era mucho mayor, aunque no en los golpes ni en la destreza del pelear, ni
menos en la ligereza. E continuado⁴² su batalla, tiró Fierabrás un golpe con toda su fuerza, pen-
sando acertar a Oliveros en la cabeza, y desviose Oliveros al lado derecho, no se apartando de su
enemigo, y dio el golpe en el suelo, y antes que Fierabrás alzase el brazo le dio Oliveros dos grandes
golpes y fue dellos muy desatinado. Y de la gran fuerza que puso Oliveros en ferir a Fierabrás se le
atormeció el brazo y la mano de la espada y le saltó la espada de la mano; y cubierto de la parte del
escudo que le quedara, se abajó para la alzar, mas el pagano, que cerca le estaba, le dio a su salvo
tal golpe, que de la pequeña parte del escudo que tenía fizo muchas piezas, y quedó Oliveros sin
escudo y sin espada, y el brazo atormentado del grande golpe. Y esto vido Guerín su escudero, que
estaba en una alta torre mirando la batalla, y desde que vido a Oliveros su señor sin armas, con gran-
des gritos y congojoso llorar entró donde estaba Carlo Magno y Regner, padre de Oliveros, y otros
muchos del ejército del emperador Carlo Magno, y a altas voces dijo que viera a Oliveros su señor
sin espada y sin escudo, y el pagano bien armado de todas armas procurando de le dar la muerte.

42.- Orig.: 'continuanda'

Oyendo don Roldán las tales nuevas, tomó muy presto un escudo y su espada Durandal, y puesto de rodillas delante Carlo Magno le suplicó le quisiese dar licencia para ir a⁴³ guardar a Oliveros de muerte; mas no consintió el emperador que ninguno se moviese para favorecer a Oliveros, diciendo que le sería mal contado entre los caballeros, porque fue desafío de uno por uno, y no osó ninguno facer otra cosa. Y entrose Carlo Magno en su retrainimiento, y puesto de rodillas delante de un devoto crucifijo, derramando infinitas lagrimas por su arrugada faz rogó a Dios por su caballero Oliveros diciendo:

— Señor, suplicote, por tu infinita bondad y misericordia quieras ser en ayuda al caballero que por tu santa fe está en grande peligro.

Y hizo muy grandes votos y promesas. E acabada su oración oyó una voz del cielo que le dijo: «Carlo, no te fatigues por tu caballero, ca sin duda, aunque se tarda, llevará el vencimiento de la batalla». E dio el emperador infinitas gracias a Dios e con crescida alegría salió de su cámara, y solamente contó esto a Regner, padre de Oliveros, por lo consolar, ca estaba en grave congoja por su hijo.

Cuando el pagano Fierabrás vido a Oliveros sin espada y sin escudo, y que no se osaba abajar por ella, le dijo:

— ¡Oh noble Oliveros, caballero de grande honra! Por cierto yo he alcanzado sobre ti algo de lo que deseaba y tú no creías. Mas bien te puedes ya dar por vencido, pues estás sin espada y no eres osado de te abajar por ella. Y por tu grande nobleza quiero facer un partido contigo por que puedas gozas de tu noble mancebía, y es éste: que me prometas de dejar la ley y creencia de tu solo dios, y adorando de perfecto corazón mis dioses, les demandes perdón de los muchos daños que a los turcos has hecho. Y desta manera podrás evitar la muerte, e casarte he con Floripes mi hermana, la más fermosa dama que en toda Turquía se halla. E si esto haces, antes de un año volveremos con grande armada de turcos y ganaremos todo el reino de Francia y farete coronar rey de todo el reino y sus provincias, e después entraremos por Alemaña y todo lo que ganáremos será tuyo. De las tierras que poseo te daré parte si quisieres.

Y Oliveros le respondió:

— Pagano, en balde fablas, ca por todos los reinos y provincias, ni por todos los tesoros del mundo, no haría nada de lo que me dices, y antes consentiría desmembrar todo mi cuerpo miembro por miembro que discrepar sólo un punto de la ley de Dios.

Y Fierabrás le dijo:

— Juro al poder de mi dios Mahoma que eres el más ostinado hombre de todo el mundo: ningún peligro, trabajo ni feridas te ha podido hacer mudar propósito ni aflojar el corazón, y te puedes loar que nunca hombre delante mí duró tanto, ni en batalla tan fatigado fui como en la tuya he seido. Y por tu grande valor quiero usar desta cortesía contigo: que tomes tu espada y con ella vuelvas a la batalla si quisieres, y dejaré mi escudo por que quedemos amos iguales en las armas.

E le respondió Oliveros:

— Muy noble pagano, no puedo negar tu grande cortesía y nobleza, mas por todo el haber del mundo tal no haría, ca mi propósito es de acabar la batalla, y no se acabará sin la muerte de uno o de entramos. E si por tu cortesía y virtud yo cobrase mi espada y después con ella alcanzase poder sobre ti, ¿cómo te podría negar la paz o tregua si me la pidieses? Obra todo lo que pudieres contra mí, que mi vida y mi muerte deajo en las manos de mi Redemptor, por cuya gracia espero de cobrar mi espada.

— Por cierto, Oliveros — dijo Fierabrás —, tú eres en demasía porfiado; mas verás muy presto tu pensamiento vano, y tu dios no poderoso de te quitar de mis manos.

43.— Se espera 'ir a,' pero hay otros pasajes similares.

*CAPÍTULO XXIII. Cómo Oliveros ganó una de las espadas
de Fierabrás y con ella lo venció.*

CUANDO Fierabrás vido que Oliveros no quería tomar su espada gelo tuvo a gran locura, y cubierto con su escudo, con gran ferocidad se fue para él. Y tenía el buen Oliveros para defenderse un pedazo de su escudo en la mano, sin ninguna arma ofensiva, e como vido a Fierabrás que alzaba el brazo para le ferir, tirógelo a la cara y le quebró toda la visera, y dio Fierabrás un gran grito, del cual espantó su caballo y dio un salto hacia Oliveros; e vuelto Oliveros hacia el caballo, hubo de ver las dos espadas que estaban colgadas al arzón de la silla, y ofresciéndosele oportunidad, tomó la espada llamada Bautizo y vuelto para el pagano le dijo:

—¡Oh Fierabrás de Alejandría, agora te guarda de mí, ca estoy proveído de buena espada!

Quando Fierabrás le vido su espada en la mano, muy enojado dello, dijo:

—¡Oh buena espada, mucho tiempo te he guardado, y me pesará si te pierdo!

Y dijo a Oliveros:

—Caballero, toma tu espada y déjame la mía y sigamos nuestra comenzada batalla.

Y Oliveros le dijo:

—Por cierto, caballero, yo no dejaré la espada hasta que yo vea si es tal como tú me la alabaste. Y por eso te apareja y sal a la batalla, porque ya deseo ver su bondad.

E diciendo esto, se fue el uno para el otro con muy grande corazón, y Oliveros dio tal golpe a Fierabrás, que le fizo fincar las rodillas en el suelo, y conoció Oliveros que aquella espada era mejor que la suya y bendijo al que la forjara y había fecho. E levantado Fierabrás y tornados a la batalla, fueron sus golpes tales, que en poco rato se hallaron cuasi desarmados; y quitadas las viseras de gran cansancio, hubo lugar Oliveros de ver a Fierabrás en la cara, y vídole algo demudado y el gesto muy feroz, y no parecía ser cansado ni enojado de la batalla, e dijo:

—¡Oh todopoderoso Dios, cuánto bien vendría a la cristiandad si este pagano se tornase cristiano! Él y don Roldán y yo haríamos temblar toda la Turquía. ¡Oh Virgen, madre de Dios, suplica a tu bendito Hijo que inspire en el corazón deste pagano que dejados los ídolos venga a conocimiento de su Criador y siga la verdadera carrera de salvación!

E Fierabrás le dijo:

—Oliveros, deja esas: mira si quieres dar fin a la batalla o si la quieres dejar.

Y Oliveros le dijo:

—Agora lo verás.

E como feroces leones se comenzaron nuevamente a ferir, y dio Oliveros tal golpe a Fierabrás, que le desarmó todo el hombro izquierdo fasta el codo, y Fierabrás le metió la espada por el yelmo fasta la carne, y les fue forzado apartarse el uno del otro, Oliveros espantado del yelmo cortado y Fierabrás temorizado de volver a la batalla, por la falta de las armas; y viendo Oliveros que su enemigo se recelaba de entrar en la batalla, con doblado corazón, alzado el brazo del espada, allegándose a él le dijo.

—¡Oh noble caballero, vente para mí y daremos fin a nuestra batalla! Ya no tendrán tus dioses poder de te guardar de mis manos.

Y Fierabrás le dijo:

—Agora veras si tu dios tiene algún poder.

Y diéronse muy terribles golpes, y andando muy feroces en la batalla, vido Oliveros que Fierabrás alzaba siempre el brazo izquierdo por que no le friese en el hombro desarmado, y vido cómo hacia la ijada le faltaba una pieza del arnés, y alzando la espada hizo semblante de le tirar un tajo,

y como alzase Fierabrás el brazo, tiró un revés por bajo volviendo el cuerpo hacia la parte desarmada, y le firió reciamente en la ijada.

CAPÍTULO XXV. Cómo Fierabrás fue convertido y cómo llevándole Oliveros hubo batalla con los turcos.



CUANDO el pagano vido su mortal ferida y que no podría resistir a Oliveros, iluminado de la gracia del Espíritu Sancto conoció el error de los paganos, y puesta la mano izquierda a la ferida, dijo a Oliveros:

—¡Oh noble Oliveros, caballero de gran valor! En honra de tu dios, el cual confieso ser Dios verdadero y omnipotente, suplicote que no me dejes morir fasta que haya recibido bautismo, y después farás de mí todo lo que tú quisieres, pues tú me venciste de buena guerra y muy leal batalla, y si por tu falta o negligencia yo muero pagano, serate demandado delante Dios todopoderoso; y pues mostrabas que mucho deseabas verme cristiano, pon, pues, cobro en mi vida; si no, moriré delante tus ojos y será mi ánima perdida.

Hubo tanto placer Oliveros de ver a Fierabrás convertido, que de placer le saltaron las lágrimas de los ojos, y con grande amor le cató su llaga y gela ató lo mejor que pudo. Entonces le dijo Fierabrás:

—Oliveros, cumple, por que mi ánima sea salva, que tomes mi consejo muy presto, y es éste: que cabalgues en mi caballo y me ayudes a subir en las ancas, o a lo menos en el cuello del caballo atravesado me llesves a tierra de cristianos por que reciba el agua del bautismo; y si tú te detienes, he temor que no tendrás poder para te valer, ni menos para me llevar, ca esta mañana dejé diez mil turcos en ese montecico ascondidos, que saldrán todos en mi favor viéndome vencido.

Cuando Oliveros le oyó esto pesole mucho dello, tanto por el deseo de ver cristiano a Fierabrás como por el peligro de su cuerpo, e saltó muy presto en el caballo de Fierabrás, y le tomó la espada y la puso en el arzón de la silla, y le dijo Fierabrás:

—Agora tienes cuatro que valen cuatro cibdades.

Y se llegó Oliveros con el caballo cuanto pudo, para ayudar a subir a Fierabrás, y con gran trabajo le atravesó en el arzón delantero y se pusieron en camino. E miraba siempre Oliveros facia

el monte donde estaba la gente de Fierabrás, y vido una espía que iba a rienda suelta a meterse en el monte para avisar los que en celada estaban. E luego salió un caballero armado de todas armas con una gruesa lanza en la mano, y tras él venían los otros dando grandes alaridos. Desto pesó mucho a Oliveros, porque no podría poner en salvo a Fierabrás; y no menos pesó a Fierabrás, porque deseaba ya servir su Criador, y dijo Oliveros:

— Señor Fierabrás, yo te ruego que me perdones, ca cumple que te apees, que⁴⁴ a mí no se escusa haber batalla con los tuyos: helos do vienen a rienda suelta para mí pensando que forzado te llevo comigo, y no de tu grado.

— ¡Oh noble caballero, el más valiente que jamás trujo armas! Tú me ganaste en justa batalla con fuerza de tus brazos y esfuerzo de magnánimo corazón, ¿y agora me quieres dejar? Cata que la honra se gana en bien acabar las cosas: si me dejas agora, ninguna alabanza merescas por tu pasado trabajo.

Respondió Oliveros:

— Tú fablas como caballero, y por esto te prometo como hidalgo de no te dejar mientras el brazo pudiere menear el espada.

Y Fierabrás le dijo:

— Señor Oliveros, tus armas están muy perdidas; por eso, apartémonos del camino un poco y tomarás destas mías lo que falta a las tuyas.

Y desviados del camino, puso Oliveros a Fierabrás al pie de un árbol, y tomó su yelmo y las otras armas que le pudieron armar, y con más lágrimas que razones se despidió dél y volvió al camino por do los turcos venían. Y venía muy delantero el turco que primero saliera del monte, y estando Oliveros sin lanza, esperó su enemigo, que con una gruesa lanza en el ristre, con la fuerza que el caballo le podía llevar venía para él pensando ferirle a su salvo. Desvió Oliveros el cuerpo, y pasada la lanza, llegó al caballero y le dio tal golpe que le sacó de sentido y estaba para caer de la silla, y le tomó Oliveros por el brazo y le sacó el yelmo de la cabeza y con la manzana de la espada le hizo saltar los sesos, y tomó su escudo y su lanza y se fue para los otros, que venían al socorro del muerto caballero.

Y viniendo los diez mil para Oliveros, fueron las espías para el almirante, padre de Fierabrás, y le dijeron cómo su fijo estaba en poder de los cristianos; y en poco tiempo se hallaron contra el solo caballero cincuenta mil turcos, de los cuales muchos perdieron las vidas; mas fue tanta la multitud de los paganos, que fue muerto el caballo de Oliveros, y su yelmo muy abollado y todas las armas despedazadas.

44.- Orig.: 'y'.

CAPÍTULO XXVI. Cómo Oliveros fue llevado preso y atados los ojos fue llevado al almirante Balán.



COMO Oliveros se vido a pie, quasi desarmado y solo entre tantos turcos, como lobo rabioso, sin esperanza ya de vivir, andaba entrellos derribando caballeros y peones, cortando brazos y piernas, abollando yelmos y desguarnesciendo arneses, de tal suerte que todos ellos estaban muy espantados y temORIZADOS de sus bravos golpes; mas acudió tanta multitud de turcos, que, siendo ya cansando y en muchas partes de su cuerpo ferido, que le derribaron en el suelo y, atadas las manos atrás, le pusieron en una acémila. E viéndose tan maltratado y sin ningún socorro, dijo:

—;Oh Carlo Magno, muy noble emperador! ;Adónde estás agora? ;Sabes por ventura la crecida necesidad en que está el tu desdichado y leal siervo Oliveros? ;Oh noble Roldán, despierta si duermes, vengan a tus oídos mis desdichas y infortunios! Y si a tu noticia han llegado, ¿por qué tardas el socorro? Cata que me llevan a donde sin recelo de tu socorro me puedan dar vituperosa muerte. ;Oh Pares de Francia, a quien con mucha fidelidad y derramamiento de mi sangre acompañaba en las crudas batallas! ;Por qué olvidáis a vuestro leal compañero? No seáis perezosos en ayudar al que en las crueles guerras y crecidas afrentas jamás perezoso se halló. ;Oh cristianos, los que en las mortales batallas, de Oliveros ovistes muchas veces socorro, faced vuestros pies apresurados, si ingratitude no los detiene! ;Oh muy caro y amado padre, cuánto mejor te fuera nunca haberme engendrado, pues en galardón de tus beneficios y mercedes te dará la muerte o desesperada vejez! Y bien creo que no serán más tus días de cuanto acabes de oír la desastrada muerte de tu único hijo Oliveros. Un solo consuelo te queda: que con esta pena que en mi muerte rescibirás serás libre de muchas penas y enojos que viviendo te daba. Siempre que me veías armado te temblaban las carnes, como azogado, del temor que tenías de mi muerte, especialmente cuando salí para la batalla del noble caballero Fierabrás; mas fuera gran consuelo para tu honrada vejez que fenecieran mis días en batalla de tan noble caballero y no en poder de tan vil gente, que atado pies

y manos y los ojos vendados me llevan al degolladero. ¡Oh justo y misericordioso Dios, plégate de consolar a mi viejo padre, que hoy pierde un solo hijo que tenía, y guardar a tu convertido Fierabrás, y a este cuerpo da paciencia en su vergonzosa muerte por que el ánima no pierda la gloria que a tus fieles prometiste!

El ruido de la gente fue tan grande que los cristianos los hubieron de sentir, y recelándose del peligro de Oliveros, salió Carlo Magno con poca gente y no bien apercebida, y llegados al campo empezaron cruda batalla y murieron en poco tres mil turcos; mas sucedió tan grande número dellos, que viniendo la noche se hallaron los cristianos cercados dellos y muertos muchos, así caballeros como peones, y fueron presos y amarrados cuatro de los Doce Pares.

Cuando Roldán vido que su poca gente estaba sin ordenanza alguna derramada entre tantos infieles, empezó a recogella no sabiendo de la prisión de los cuatro; mas cuando conosció que faltaban, puso los cristianos que quedaron en ordenanza, y él delantero, siguieron los turcos, que ya volvían rienda con la presa que llevaban, y fue tanta la matanza, que grandes arroyos de sangre corrían por el campo y los cristianos que seguían a Roldán no podían pasar adelante por los muchos cuerpos muertos, de manera que dejaron el alcance y, recogida la gente, se volvieron al campo donde habían empezado la batalla, y allí, no menos cansados que tristes, se estuvieron fasta la mañana.

CAPÍTULO XXVII. Como Fierabrás fue fallado en el campo y cómo Carlo Magno le hizo baptizar y curar de sus llagas.



VENIDA la mañana, el emperador Carlo Magno mandó que fuesen buscados todos los cristianos que en el campo estaban muertos, y con toda la honra que ser pudiese fuesen enterrados, y cuando vido el número dellos lloró amargamente, así por los muertos como por los que estaban en poder del almirante Balán. E mandó que todos los feridos fuesen curados, y fecho esto, mandó a don Roldán que mirase toda la gente y los proveyese de las armas que les faltaban, y a los caballeros, de caballos, y estuviesen todos apercebidos para seguirle.

Y andaban los cristianos discurriendo todo el campo desarmando los muertos para proveer de armas a los vivos, y tomaban los caballos que andaban sueltos por el campo, que eran muchos; e así andando, ovieron de hallar a Fierabrás adonde le dejara Oliveros, el cual por la frialdad de la noche y por la mucha sangre que había perdido estaba para espirar. Esforzándose cuanto podía, decía:

—Jesus, consuelo de los afligidos, no dejes perescer al convertido moro.

E los cristianos con mucha piedad le llevaron a Carlo Magno, el cual le hizo curar de sus llagas, y cuando fue tornado en sí, le dijo Carlo Magno:

—¡Oh Fierabrás, cuánto me cuesta tu venida! Por ti he perdido cinco caballeros que cada uno era mejor que tú.

Y Fierabrás le dijo:

—En cuanto son cristianos, conosco ser mejores que yo; mas en lo otro ninguna cosa les debo, salvo al noble conde Oliveros, el mejor caballero del mundo, cuyo preso soy de buena guerra. Yo soy hijo del almirante Balán, y soy rey coronado de Alejandría y de otras muchas provincias, lo cual todo he por bien dejar por ser cristiano y servir a Dios, Facedor de todas las cosas.

Y desto ovieron gran placer los cristianos, y dijo Carlo Magno:

—Yo huelgo mucho desto. Yo y mi sobrino Roldán, y este honrado conde, padre de Oliveros, seremos tus padrinos. E pues estás libre y sin peligro de tus llagas, esperarnos has en Mormionda, que yo quiero ir adelante en busca de mis perdidos caballeros.

E Fierabrás hincó una rodilla para le besar la mano, y Carlo Magno se abajó y con los brazos abiertos le abrazó y levantó del suelo. Y estuvieron departiendo un rato, y contó Fierabrás lo que había pasado con Oliveros, alabando mucho su proeza. E queriendo Carlo Magno ir adelante, le dijo Fierabrás:

—Señor, no es tiempo agora, ca tienes poca gente y muy fatigada, y habrá el almirante Balán allegado la mayor parte de Turquía. Por esto, será mejor volverte a tierras de cristianos y proveerte de gente.

Y a todos los caballeros pareció bueno este consejo, e vueltos a Mormionda, por mano del arzobispo Turpín fue bautizado Fierabrás, y fueron sus padrinos Carlo Magno y el conde Regner y don Roldán.

CAPÍTULO XXVIII. Cómo Oliveros con sus cuatro compañeros fueron llevados delante el almirante Balán.

LOS los cinco caballeros fueron, las manos atadas, y Oliveros los ojos atapados, llevados delante el almirante, el cual preguntó a Brulante, su capitán que los traía, cuál dellos había vencido a su hijo Fierabrás, y él le dijo:

—Señor, este a quien tapamos los ojos venció al rey de Alejandría tu hijo, y es entre los caballeros cristianos en mucho tenido. Y sepas que él solo, antes que lo prendiesen, mató más de tres mil hombres de los tuyos. Sus fuerzas, y animosidad no tienen par en el mundo: si por caso se soltase, era bastante de poner en afrenta la mitad de tu real.

Y el almirante preguntó a Oliveros quién era y cómo se llamaba, y Oliveros respondió:

—Señor, yo me llamo Engines, pobre caballero aventurero, y somos todos cinco de la provincia de Loreyna y venimos a servir a Carlo Magno por su sueldo.

—¡Oh Mahoma —dijo el Almirante Balán—, cómo estoy engañado! Por la fe que debo a mis dioses que pensé que tenía cinco de los principales caballeros del rey de Francia, y creía que tendrían por ellos una llave del reino.

E llamó a su camarero Barbacás y le dijo:

—Pon diligencia que estos presos sean llevados al campo y desnudos en carnes y atados a sendos palos les sea dada cruel muerte.

E Brulante dijo:

—Señor, ya es tarde para hacer justicia, y tus barones no están en la corte, y si esperas a la mañana estarán presentes todos tus caballeros y les daremos otra más vil muerte. E allende desto, debes primero tomar consejo si será mejor enviar al emperador Carlo Magno si te querrá dar tu hijo Fierabrás por estos cinco cristianos.

Y el almirante Balán tuvo su consejo por bueno, y fizo llamar a Brutamonte su carcelero, y le encomendó, so pena de la vida, los cinco cristianos.

*CAPÍTULO XXIX. Cómo los cinco caballeros fueron puestos en una⁴⁵ oscura
cárcel y cómo fueron visitados de Floripes, fija del almirante Balán,
hermana de Fierabrás, y de su gran fermosura.*

CUANDO el carcelero tuvo los caballeros en su poder, con temor que se le fuesen no los osó meter en la cárcel donde los otros presos tenía, y encarcelolos en una oscura torre donde había muchos sapos y culebras y otras animalias ponzoñosas, y metiéndolos por arriba y hízolos abajar por una escalera de manos, y después tiró la escalera arriba y cerró una trampa de fierro con tres candados. Y estaba la torre cabe un brazo de mar, y cuando crecía la marea entraba en ella mucha agua por los cimientos, y esa mesma noche se hallaron los cinco caballeros en el agua fasta los pechos y rescibieron gran daño en sus personas; y más Oliveros que los otros, ca estaba ferido en muchas partes de su cuerpo y con el agua salada le daba gran dolor, y con la congoja empezó a decir:

—¡Oh hombre malhadado sujeto a contraria fortuna, mejor me fuera nunca ser nascido que verme tan miserablemente morir!

Y decía otras palabras de grande dolor, e díjole Gerardo de Mondidier:

—Por Dios, señor Oliveros, que no vos congojéis tanto; consolaos con Dios, que nunca desamparó a los suyos, en el cual tengo esperanza que aún me dará lugar de vengarme desta cevil gente.

Y Oliveros le dijo:

—Si yo pudiese salir de aquí y alcanzase armas, así ferido como estoy, yo pondría al almirante y su gente en tal aprieto que les pesaría haberme traído acá.

Estando los caballeros en estas razones estábalos escuchando Floripes, fija del almirante, hermana de Fierabrás, y era la más acabada dama que en toda aquella tierra se fallaba. De edad de diez años, de muy cendrado saber y discreción; blanca como la leche, con moderada color en los carrillos; las cejas y sobrecejas muy negras; los ojos, garzos; la nariz, afilada; la boca, pequeña; los labrios delgados, de color de brasil muy encendido; los dientes, muy blancos, menudos y juntos; la barba, tirando a redonda, con un hoyico⁴⁶ en medio della; el rostro, largo moderadamente; los cabellos, como madejas de oro muy fino; los hombros, derechos y muy iguales; tenía dos peloticas muy redondas, que parecían postizas, debajo de una rica gorguera; angosta de la cintura, de muy polido talle, ancha de caderas, según la proporción del cuerpo. Traía vestido un brial de purpura

45.- Suplo 'una'

46.- Orig.: 'hoyco'

bordado de letras moriscas de oro, el cual ficiera una fada, y tenía tal virtud, que en la casa do estaba no podía haber ponzoña ninguna, y si la había, perdía luego su fuerza; y traía un hábito a la turquesa, abierto por los lados, todo bordado de pedrería de inestimable valor, y fue fecho en la isla de Colcos (donde Jasón ganó el Velloco de oro, como se lee en la destrucción de Troya), y tenía este hábito tan suave olor, que con solo su olor podía hombre estar tres días sin comer ni beber, y le fizo asimesmo una fada.

E había esta noble dama (como arriba dije) oído las lastimosas quejas de los presos caballeros, y movida a compasión (y no menos ferida de amor del noble Guy de Borgoña, como adelante se dirá), propuso de hablar con ellos, y mandó llamar a Brutamonte el carcelero y le dijo:

—Dime, Brutamonte, ¿qué hombres son aquellos que en tan estrechas prisiones encerraste?

—Señora —respondió el carcelero—, son caballeros de Carlo Magno, los cuales jamás cesaban de destruir nuestra ley y dar muerte a los nuestros y vituperar nuestra creencia menospreciando nuestros dioses, y entrellos hay uno de grande estima, el cual venció a Fierabrás en muy leal batalla.

Entonces dijo Floripes:

—Ábreme la puerta, ca deseo mucho hablar con ellos.

Y Brutamonte le dijo:

—Señora, por dos cosas no os conviene ir allá; la una, por el lugar, que es muy fediondo y abominable; la otra, que vuestro padre me ha vedado que a nadie dejase llegar a la torre.

Y ella le dijo:

—No pongas escusación alguna, ca quiero en todas maneras fablallo.

Y Brutamonte le dijo:

—Perdonarme heis, señora, que no consintiré que los fabléis si no estoy delante, ca muchos buenos han recebido mengua, y aun la muerte, por fiarse en mujeres.

E Floripes encendida de muy grande enojo y saña le dijo:

—¡Villano! ¡Vete pues, y abre la puerta y oirás, si quisieres, lo que les quiero decir!

E ido el carcelero, tomó Floripes un garrote y le metió debajo del hábito, y llamó un escudero de quien se fiaba y con él se fue para la torre donde los cristianos estaban. Y estaba el carcelero esperandola, y desque fue llegada se volvió el carcelero para abrir los candados, y Floripes le dio con el garrote tan gran golpe que dio con él en tierra muerto, y tomó las llaves y abrió la torre. Mandó al escudero que echase al carcelero muerto abajo, y así lo fizo, y fueron dello muy maravillados los caballeros presos. E mandó Floripes al escudero que trajese una hacha encendida, y metida por la trampa de la torre, después de los haber mirado, saludo los caballeros y les dijo:

—Caballeros, ruégovos, por el amor y fidelidad que a vuestro dios debéis, que no me neguedes la verdad de lo que vos preguntare.

Y Oliveros le dijo:

—Señora, por las mercedes que en sola tu vista hemos recebido te diremos la verdad de lo que supiéremos, aunque por ello supiésemos perder las vidas.

Y ella le dijo:

—¿Qué merced es la que de mi vista habéis rescebido, no sabiendo si vine para remediar vuestra prisión o para sentenciaros a muerte?

Y él le dijo:

—Gran consuelo rescibe el preso en ser visitado, y más de persona que puede dar alivio a su pena como tú puedes; e como la presencia sea muestra de lo que dentro en las entrañas está encerrado, esperamos que habrás piedad de nosotros.

—Muchas veces son engañados los que en la apariencia de las cosas se fían —dijo Floripes—; ca la rosa, por hermosa que sea, siempre nasce cercada de espinas. E porque mi venida si fuese sentida vos podría causar mayor pena que la que tenéis, no me quiero detener más en estas pláticas.

Mas tú que tan osadamente has hablado, dime quién eres y tu linaje, y asimesmo desos otros que contigo están, sin discrepar de lo cierto.

Y Oliveros le dijo:

—Yo me llamo Oliveros, hijo del conde Regner, vasallo del emperador Carlo Magno.

Y ella le dijo:

—¿Venciste tú a mi hermano Fierabrás?

Y él respondió:

—Señora, en muy leal batalla fice dél lo que él quisiera facer de mí, y de su proprio motivo se tornó cristiano. Y estos otros señores son todos de muy noble sangre, y nos llaman de los Doce Pares de Francia.

Y ella le dijo si estaba ahí Guy de Borgoña, y él dijo que no, y que quedaba con Carlo Magno. Entonces les dijo Floripes:

—¿Daisme la fe todos cinco de facer lo que yo vos diré y de ayudarme a un poco que vos he menester?

Y Oliveros le dijo:

—Señora, por mí y por estos señores compañeros que conmigo están te doy la fe como caballero de te ayudar y favorecer en cuanto a nosotros fuere posible en todo lo que nos mandares, con que no vayamos contra nuestra ley. Y si fuere cosa en que hayamos de poner nuestras personas, mándanos proveer de armas, que para alzarte con el reino y echar a tus parientes dél no has menester más gente de nosotros cinco. Y ya deseo de verme en ello por vengarme de los villanos que aquí me trajeron.

Dijo Floripes:

—¿Cómo, caballero? ¿Estáis en la torre y no sabéis cuándo saldréis, y amenazáis a los que están en su libertad? Más vale callar que locamente hablar.

Y Gerardo de Mondidier le dijo:

—Señora, es tanto el deseo que Oliveros tiene de servirte, que no le deja callar.

Y Floripes le dijo:

—Bien sabéis escusar vuestro compañero. Quedaos en la guarda de mis dioses y no vos congojéis, que esta noche vos sacaré de aquí.

Y cerrada la trampa, se volvió para su aposentamiento.

CAPÍTULO XXX. Cómo los caballeros cristianos fueron sacados de la torre por mandado de Floripes y los llevó a su cámara.

VENIDA la noche, Floripes con tan solamente su escudero se fueron para la torre y llevaron una maroma y un palo muy bien atado en ella, y abierta la trampa, echaron la maroma con el palo por la torre abajo, y luego, a ruego de los otros, tomó la cuerda primeramente Oliveros y le subieron arriba Floripes y su escudero. Desde que fue subido se puso de rodillas delante Floripes y le besó la mano, y ella le abrazó y levantó del suelo y le dijo:

—¿Sois vos el que estando en poder de vuestros enemigos los amenazáis?

Y Oliveros le dijo:

—Soy el que con esperanza de servirte ha por bien haber venido a tus prisiones.

Y ella le dio la maroma y le dijo que subiese sus compañeros, y subidos, los abrazó uno a uno con tanto amor como si de luengos tiempos los oviera conocido. Y Oliveros por la mano y el escu-

dero delante, se fueron por una puerta falsa a su cámara, cuya entrada era rica a maravilla: tenía tres escalones de oro fino esmaltados y labrados a la morisca; las puertas, todas de marfil y los clavos de oro y en ellos engastadas muchas piedras de gran valor. En el sobrado de la cámara estaba pintado el cielo de mano de grande maestro, con los planetas y signos, y en medio estaba la imagen de Mahoma, maciza de oro fino, tan grande como un hombre, y tenía debajo de sus pies el Sol y la Luna, y en la su mano derecha dos dardos, como que tiraba a los cristianos; las paredes, todas labradas de oro y azul, y en ella pintados todos los reyes y reinas pasados. Y entrados los caballeros, fueron maravillados de las grandes riquezas y no se hartaban de mirar la diversidad de las labores de la sala, salvo Oliveros, que no se hartaba de mirar a Floripes. Y estando departiendo, le preguntó Floripes qué le parecía de la cámara, y Oliveros le dijo que no la había visto, dándole a entender que entendía en mirar a ella y no a las labores de la cámara, y ella mostró que no lo sentía.

Y luego fue puesta una rica mesa y traídas viandas singulares, y los caballeros comieron, que lo habían bien menester, y fueron servidos de cinco muy hermosas damas y ricamente ataviadas, e Floripes estaba departiendo con ellos asentada a la cabeza de la mesa en una silla de marfil. Y desde que ovieron cenado dieron los caballeros gracias a Dios, y Floripes preguntó qué era lo que decían, y Oliveros le declaró la bendición, diciendo que daban gracias a Dios por los bienes y mercedes que cada día les hacía, y ella dijo que era bien fecho. E alzadas las mesas, mandó Floripes traer un cofrecico de olicornio de inestimable valor y sacó dél una cajueta de oro maravillosamente labrada llena de la maná que enviara Dios a los fijos de Israel en el desierto, y con una cuchara de oro sacó della y la dio a Oliveros diciendo:

—Caballero, comed esto y no habredes menester físico ni cirugiano para vuestras feridas.

Y Oliveros con mucho acatamiento la tomó, y desde que la hubo comido se sintió tan sano y más dispuesto que nunca había sido, y dio por ello infinitas gracias a Dios. E luego vinieron las cinco damas con sendas hachas encendidas y llevaron los caballeros acostar cada uno en su cámara, y despidiéndose los caballeros de Floripes, les dijo:

—Señores, perdonad, que por agora no tengo otros pajes que vos sirvan.

Y Oliveros le dijo:

—De Dios te sean galardonadas y de nosotros servidas las crecidas mercedes que de ti recibimos.

E dejó de hablar de las grandes riquezas de las cámaras y camas por fuir prolijidad.

Venida la mañana, las cinco damas llevaron a los caballeros nuevos vestidos fechos a la morisca, muy ricos, y envió Floripes a Oliveros una ropa rozagante de hilo de oro y seda tejida, enforrada en púrpura, y tenía todo el ruedo y las bocas de las mangas y el collar fasta los pies brosladas unas letras moriscas sacadas del Alcorán en que se encerraba toda la secta de Mahoma. Vestidos los caballeros, entraron juntos en el aposentamiento de Floripes, la cual los estaba esperando por los ver vestidos a la morisca, y entrados, la saludaron con mucho acatamiento, y ella los rescibió con mucha alegría y les dijo que bien parecían vestidos a la morisca, y Oliveros le dijo:

—Mejor parecieríamos bien armados.

Y ella le dijo:

—Cada cosa en su tiempo: para con vuestros enemigos son necesarias las armas, mas agora estáis entre amigos y delicadas damas que nunca vistieron armas ni ciñeron espada.

Y Oliveros le dijo:

—Por tu crecida virtud tenemos amistad y paz contigo y con tus damas, mas no la tenemos con tu padre y su gente, ni tú la tendrás si a su noticia viene lo que por nós has fecho. Por ende, te suplico nos mandes proveer de armas como nos proveíste de delicados y ricos vestidos.

Y ella les dijo que ya tenía aparejadas las armas que habían menester, y con mucha alegría mezclada con una pequeña risa le preguntó si sabía leer aquellas letras moriscas que estaban brosladas en la ropa, y él dijo que no, y Floripes le dijo:

—En las letras de tu ropa se encierra toda la ley de Mahoma; por eso no sé si te llamaré cristiano o moro.

E Oliveros le dijo:

—Señora, el hábito no hace el monje, y Dios solamente mira la voluntad con que se hacen las cosas y rescibe la pureza de las entrañas.

Y se pagaba mucho Floripes y sus damas de las razones de Oliveros y de sus compañeros, e desde ovieron departido de muchas cosas de placer tomó Floripes a Oliveros por la mano, y sus damas a los otros caballeros, y entraron todos en una sala muy grande, y la llamaban la Sala de Fierabrás, y en la una parte della estaban cien arneses blancos muy ricos y muy pulidos, y de la otra parte cien arneses tranzados para jinetes; había asimesmo docientas espadas y docientos puñales muy ricos y de gran valor, y les dijo Floripes:

—Escoja cada uno las armas que mejor le armaren, y tenerlas ha en su cámara para cuando fuere menester.

E los caballeros dejaron las ropas moriscas y con mucha diligencia se armaron el uno al otro, y después de armados fueron a besar las manos a Floripes, y ella los abrazó uno a uno con mucho amor. Y Oliveros vido un andamio tan alto cuanto hombre podía alcanzar con la mano, fecho a manera de altar con un ídolo en él a quien se encomendaban los caballeros que se armaban en aquella sala, y con pequeña corrida saltó ligeramente en él armado de todas las armas, y después tomó una lanza de armas y corriendo con ella a la pared, la quebró en muchas piezas. E volviöse Floripes a sus damas y les dijo:

—Por cierto estos caballeros son para grandísimos fechos y hazañas, y no me maravillo agora del miedo que mi padre dellos tenía.

Y holgaba en grande grado en mirallos, y quiso dar parte de su crecido placer a una muy vieja dueña, aya suya, que había estado gran tiempo presa en tierra de cristianos, y por eso los conoció muy bien y los nombró uno a uno, y dijo a Floripes:

—Señora, ten modo que los vuelvas a la prisión donde estaban; si no, yo no callaré tan grande traición, ca éstos son enemigos de tu padre y de nuestros dioses, perseguidores de nuestra ley.

E desto pesó mucho a Floripes y concibió gran temor en su corazón, mas disimulando con mucha discreción fingió que quería hablar con ella en secreto para le demandar consejo, y para esto se subieron a una azotea muy alta, y hablando con ella la hizo llegar poco a poco bien en cabo de la azotea, y desde tuvo oportunidad dio a la vieja descuidada con la mano en los pechos y dio con ella en la calle diciendo:

—¡Vete, vieja maldita, y tendrás compañía al carcelero, pues que la mía y de los nobles caballeros aborreciste!

Y luego se abajó con alegre semblante a donde los caballeros y damas estaban, y cuando le dijeron cómo su aya era caída de la azotea en la calle, por que no sintiesen que ella lo había fecho hizo gran llanto, y sus damas con ella, y la hizo enterrar con mucha honra.

E venida la hora de comer fue puesta la mesa y puestos en ella grande abundancia de diversos manjares, y asentada Floripes en su silla de marfil y los caballeros en sus lugares, comieron departiendo en muchas cosas, así tocantes a los moros como a los cristianos. E desde ovieron comido y fue alzada la mesa, Floripes comenzó de hablar a los caballeros en esta manera:

—Muy nobles caballeros, bien ternéis en la memoria cómo en la torre donde estábades me prometistes de me ayudar en lo que vos oviese menester, y para ello me distes vuestra fe, de la cual ninguna duda tengo. E sabréis, señores, cómo agora diez años estando el almirante Balán mi padre y mi hermano Fierabrás en Roma, y yo con ellos, hube de ver una vez al noble caballero Guy de Borgoña en unas justas, y fueron sus hazañas tales, y su proeza tan grande, que sembró en mis tiernas entrañas tan firme amor que ningún discurso de tiempo, ni tampoco las muchas afrentas y daños que después mi padre dél ha recebido, no tuvieron poder de desenraigarlo del corazón,

y a esta causa he desechado los mayores reyes de la Turquía que en casamiento me pedían. E cuando venían mi padre y mi hermano Fierabrás de las batallas de los cristianos y contaban lo que habían pasado con ellos, si acaso nombraban los Doce Pares alegrábame, y si oía nombrar Guy de Borgoña me turbaba y mudaba color en tanto grado que muchas veces temía que mi turbación no descubriese mi secreto amor; que os diré que cuando mi padre el almirante y toda su corte lloraba, entonces estaba su hija más alegre, ca su enojo procedía de la victoria de los cristianos y con ella misma holgaba mi cativo corazón, el cual preso del amor de un solo cristiano caballero deseaba la bienandanza de todos los cristianos, pospuesto el amor del padre y de toda su tierra. E porque sé que dello será servido mi señor Guy de Borgoña he fecho yo por vosotros lo que habéis visto; y faré mas, que tendré modo que a vuestro salvo vos volváis para vuestra tierra por que llevéis las nuevas y mis encomiendas al caballero que fasta agora está bien inocente de mi pena, e decirle heis que estoy aparejada de tornarme cristiana y que le daré muchas reliquias que los cristianos perdieron, que tengo en mi poder, y le daré más tesoro que ninguna cristiana le podría dar. Y esto es lo que habéis de hacer por mí, que le roguéis de vuestra parte me quiera recibir por su mujer, certificándole que soy suya más que mía.

Los caballeros ovieron gran placer de lo que les dijo Floripes, y dijo Oliveros:

—En verdad, señora, tú no podías hallar mejores mensajeros que nosotros. Por ende, huelga y descansa tu corazón, ca has fallado buen aparejo para salir de tu pena, por cuanto Guy de Borgoña hará todo lo que le rogáremos, y más esto, de donde tanto bien y honra le procede.

E agora dejaré de hablar de los cinco caballeros y de Floripes y hablaré del emperador Carlo Magno.

CAPÍTULO XXXI. Cómo Carlo Magno envió al almirante Balán los otros siete Pares de Francia.

ESTABA Carlo Magno muy enojado por sus caballeros, y más Regner, padre de Oliveros. Temiendo que el almirante Balán ficiese morir los caballeros, no le osaba hacer guerra, e ordenó de le enviar una embajada. Y llamó luego a Roldán su sobrino y le dijo. —Sobrino, yo querría que vos fuésedes a Aguas Muertas, al almirante Balán, y de mi parte le diréis que me envíe mis caballeros y las reliquias que tiene; si no, que no cesaré fasta echalle de toda la tierra y le facer morir cruel muerte.

Y Roldán le dijo:

—Señor, tu consejo no es bueno, ca sin duda ninguna procura darme la muerte si pudiere.

Y Carlo Magno le dijo:

—No vos cumple escusar, ca podéis fuir de la ida.

—No me escuso, ni tampoco me aparto de la ida —dijo Roldán.

Etonces dijo Guy de Borgoña:

—Señor, mira bien lo que faces, ca no me paresce bien que vaya Roldán desa manera al almirante Balán.

Y Carlo Magno le dijo con gran furor:

—¡Vos habéis de ir con él!

E Guy de Borgoña le dijo:

—Señor, sí iré, aunque fuese mayor peligro.

E Ricarte de Normandía le dijo:

—Señor, bueno será enviarle embajada, mas has de enviar otra gente y no la que quieres enviar, por que si algún infortunio viniere, no falte quien te sirva.

Y Carlo Magno le dijo:

—Todos huís de la ida, mas juramento fago a Dios de enviar todos los siete que quedan de los Doce Pares.

Y el duque Naymes le dijo:

—No creas, señor, que ninguno de nós huya de facer tu mandado, mas díctete hombre su rescacer. Por eso, mira no te arrepientas cuando no tengas lugar de emendar lo errado.

E Carlo Magno le dijo:

—Aparejaos, duque, de ir con ellos.

E Oger de Danoyos le dijo:

—Faz tus hechos con maduro consejo y no serás reprehendido.

Y él dijo que se aperciese, e mandó llamar los otros y les dijo que se aparejasen todos siete para ir por embajadores al almirante Balán, y como lo vieron enojado, no le osaron decir nada. E venida la mañana, preguntó Roldán a Carlo Magno en qué manera los mandaba ir, si irían armados o sin armas, y él dijo que pues iban como embajadores, que no era necesario llevar armas, e Roldán le dijo:

—Si tu no rescibes enojo, llevaremos nuestras armas, ca me recelo que las habremos menester.

E Carlo Magno le dijo que hiciese como mejor le pareciese. E vueltos los caballeros a sus posadas, fueron armados de todas armas todos siete, y con sendas lanzas en las manos se volvieron para Carlo Magno y le dijo Naymes de Bavaria:

—Muy noble emperador, aquí estamos tus siete caballeros para cumplir tu mandado, y te suplicamos que nos des licencia para ir a donde tú mandas y que nos digas qué es lo que nos mandas decir al almirante Balán.

Y Carlo Magno dijo:

—Mis caros y amados barones, al todopoderoso y misericordioso Dios vos encomiendo y le suplico que por los méritos de su sancta pasión vos quiera guardar así como guardó a Jonás en el vientre de la ballena. E diréis al almirante pagano que me envíe mis barones y las reliquias que tiene, y que se baptice y tendrá las tierras que tiene de mi mano, pagando el tributo que bueno fuere. E si esto no face, le diréis que he jurado de le cercar, y echarle he de toda la tierra y darle he vituperosa muerte.

E le dijo Guy de Borgoña:

—Muy poderoso emperador, nós llevaremos tu embajada y le diremos todo lo que nos mandas decir, aunque por ello supiésemos perder las vidas.

E fincadas las rodillas en el suelo, uno a uno le besaron la mano y se despidieron del. E vueltos a los caballeros y gente del real, que los estaban mirando, dijo el duque Naymes:

—Muy nobles y virtuosos señores, ya habréis sabido cómo el muy poderoso señor el emperador Carlo Magno nos manda ir con embajada al almirante Balán, y como la venida tenemos por dudosa ni sabemos qué será de nosotros, vos rogamos a todos generalmente que si en alguna cosa vos habemos enojado en dicho o en fecho, que nos perdonéis. E nosotros asimesmo perdonamos cualquier ofensa o injuria que hayamos rescebido, por que Nuestro Señor Dios por su infinita clemencia perdone a nosotros.

Y así, se despidió cada uno de sus amigos y conocidos, y caballeros en muy poderosos caballos, encomendándose a su Criador se pusieron en camino.

CAPÍTULO XXXII. Cómo el almirante BaIán envió quince reyes a Carlo Magno para que le diese su hijo Fierabrás, y cómo los siete caballeros cristianos los encontraron y los mataron.



GRAN dolor tenía el almirante BaIán en su corazón por la ausencia de su hijo Fierabrás y esperando que Carlo Magno se ofresciera a gelo enviar en trueco de los cinco caballeros que presos tenía, y por eso no gelo había enviado a demandar. Y acordó de le enviar una embajada, y mandó llamar quince reyes turcos vasallos suyos y les dijo que fuesen a Mormionda, donde el emperador Carlo Magno estaba a la sazón con todo su ejército, e le dijesen de su parte que sin dilación le enviase al rey de Alejandría Fierabrás, su amado fijo, e que le enviaría cinco caballeros cristianos, vasallos y servidores suyos, que tenía presos en sus cárceles, y entre ellos estaba el caballero que venciera a su fijo Fierabrás. E que si no gelo enviaba, que muy presto le iría ver en su tierra con docientos mil hombres de pelea y no cesaría fasta que lo echase de todo su reino o lo ficiese morir vergonzosamente. E Maradás, uno dellos, le dijo:

—Muy poderoso y temido señor, a nosotros no conviene amenazar al emperador Carlo Magno delante sus barones, ca son muy valientes hombres y no sufrirán nuestras amenazas, y solamente le diremos que te envíe a tu hijo Fierabrás y que le daremos los cinco caballeros que tienes presos.

Y el almirante le dijo:

—¡Oh cobarde y sin virtud! ¿No osarás decir lo que te mando?

Y le respondió otro de los reyes:

—Señor, aquello y más le diremos, y aun si hallamos algunos cristianos por el camino, les faremos tal juego que los otros nos habrán miedo.

E muy ricamente armados, con mucho oro y piedras preciosas en los yelmos, caballeros en muy poderosos caballos se partieron para donde estaba Carlo Magno, y pasados una legua allende la puente de Mantrible vieron los siete caballeros cristianos y dijeron entrellos.

—Estos cristianos buscan por estos caminos algunos turcos para cativallos.

Y dijo el uno dellos:

—Veamos si son cristianos y llevarlos hemos presos al almirante Balán.

E los cristianos se recelaron dellos pensando que habría alguna celada, y dijo don Roldán a los otros caballeros:

—Esperadme, señores, un poco, que quiero ver qué gente es, ca me parecen hombres principales, y si pudiéremos pasar sin batalla no la buscaremos, por que podamos hacer nuestra embajada.

Y los seis caballeros se estuvieron quedos y Roldán se adelantó hasta que llegó a los quince reyes, y viéndole solo Maradás, puso su lanza en el ristre haciendo señal de batalla, y Roldán alzó la mano como que quería hablar con ellos, y llegado a ellos, le preguntaron quién eran y qué buscaban por aquella tierra, y él les dijo que eran mensajeros del emperador Carlo Magno y iban con embajada al almirante Balán. Y Maradás le dijo:

—Vosotros sois ladrones y venís espiondo los caminos y robando los turcos que halláis solos, y de miedo nos decís que sois mensajeros que lleváis embajada. Por eso vos cumple dejar las armas, y las manos atadas a las colas de vuestros caballos vos llevaremos⁴⁷ al almirante Balán, y si embajada traéis, él os escuchará.

E Roldán les dijo:

—Señores, yo bien os daría mis⁴⁸ armas, mas no querrán esos señores dar las suyas, ca son hombres de grande estima.

Y dijo Maradás:

—Aunque vós fuédeses los Doce Pares de Francia no podéis fuir de dejar las armas o morir mala muerte.

Y Roldán les dijo:

—Si vos damos las armas, ¿asegurarnos heis las vidas?

Y dijo el uno dellos:

—La vida por agora vos aseguramos, mas de la manera que vos diré: vos habemos de llevar al almirante y él os mandará echar en una oscura torre donde tiene otros cinco cristianos vasallos de Carlo Magno, y después fará de vosotros lo que por bien tuviere.

Y Roldán les dijo:

—¿Quién sois vosotros, que tan polidas armas traéis y tan ricas?

Y ellos le dijeron:

—Nosotros somos vasallos del poderoso almirante Balán, y somos reyes coronados.

Y le dijo Roldán:

—Si vosotros fuédeses cuerdos, iríades demandar perdón a Carlo Magno y a le facer homenaje, y él vos hará mercedes, ca es más noble y más poderoso señor que vuestro señor el almirante. Y dejad vuestros ídolos, que vos traen engañados. Y si no queréis ir de grado, yo vos llevaré por fuerza. Y luego apercebíos, que no os aprovecharán lucidas armas ni dorados yelmos.

E dicho esto se cubrió del escudo y puso su lanza en el ristre. Y luego salió Maradás y encontráronse con toda la fuerza que los caballos alcanzaban, y Maradás quebró su lanza en el escudo de Roldán, y Roldán le cogió por la visera y dio con él en el suelo muerto, y quedó su lanza entera, y luego se fue para otro y le metió la lanza por los pechos y le pasó a la otra parte, y echó mano a la espada y antes que llegasen los otros derribó los seis dellos, y llegados los seis cristianos, empezaron cruda batalla. Y dijo Guy de Borgoña:

47.— Orig.: 'llauaremos'

48.— Orig.: 'mit'

— Señor Roldán, tened ese paso, que yo los quiero rodear de manera que ninguno dellos vuelva con las nuevas.

Y oyendo esto el uno de los reyes moros, dejando sus compañeros en cruda batalla volvió a rienda suelta por el camino de donde venían, y Ricarte de Normandía que le vido fuir, hirió el caballo de las espuelas y le siguió gran trecho, y viendo el moro que Ricarte de Normandía venía muy cerca, dejó el camino y se metió por un monte adelante, y le perdió de vista y se volvió para sus compañeros, los cuales ya habían dado cabo de todos los otros, y dijo don Roldán:

—Éstos no nos farán ya más guerra, mas recélome que aquel que va fuyendo será causa que nunca volvamos a ojos de nuestros amigos, ca no podemos dejar de llevar nuestra embajada a Balán.

Y Guy de Borgoña dijo:

—Señor, desviémonos un poco del camino, y descansarán nuestros caballos y miraremos en lo que habemos de facer.

Y apartados en un verde prado echaron los caballos a pascer, y ellos asentados, dijo el duque Naymes (que era el más anciano):

—Señores, a mí me parece que nos debemos volver, y no nos culpará Carlo Magno contándole lo que nos ha acaescido. Y para mayor certenidad llevaremos sendas cabezas de los reyes muertos en nuestras manos.

E Roldán le dijo:

—Señor Naymes, si la honra que con tantos trabajos y fatigas habemos siempre llevado adelante no queremos poner en⁴⁹ olvido, no podemos dejar de ir a hablar a Balán, ca aunque Carlo Magno tenga placer de lo que hecimos, no quedará satisfecho de su embajada. E caso que quedase satisfecho y nosotros sin culpa para con él, seremos culpados para con otros, que dirán que Carlo Magno nos mandó uno y hecimos otro; y ¿quién quita que no digan muchos que adrede quesimos entrar en un peligro por evitar otro mayor? ¿Quién duda que otros no pongan duda en nuestra alabanza diciendo que de nuestras solas lenguas es predicada, y que no saben si los muertos eran pocos o muchos, si eran armados o sin armas, si⁵⁰ los matamos nosotros o si los fallamos muertos? Y dejados todos estos inconvenientes, según quien somos quedaran nuestros corazones querellosos, pues partimos para llevar embajada al almirante Balán y de medio camino nos volvimos.

A todos ellos parecieron⁵¹ bien las razones de Roldán, y le dijeron que ordenase lo que se había de facer, que no discreparían un punto de su voluntad, y él dijo:

—Para que nuestros fechos merezcan alguna alabanza es necesario facer complidamente lo que nos fue mandado, y cuanto más ficiéremos, más dignos de alabanza seremos. Por ende, querría que llevásemos sendas cabezas de los reyes muertos al almirante y le diremos que eran salteadores que nos quisieron robar.

Y con este propósito cortaron sendas cabezas de los moros muertos, y caballeros en sus caballos se pusieron en camino.

49.— Orig.: 'el'

50.— Orig.: 'y'

51.— Orig.: 'parascieron'

CAPÍTULO XXXIII. De la Puente de Mantrible y del tributo que en ella se pagaba, y cómo los siete caballeros cristianos mañosamente pasaron sin pagar tributo.



LEGADOS los siete caballeros a la puente de Mantrible, dijo Oger de Danois:
 — Señores, este es el peor paso que hay en toda esta tierra, ca el río es muy grande y no se puede pasar sino por la puente, y la puente es muy fuerte y grande de treinta arcos de marmol, y en ella hay dos torres cuadradas de mármol blanco muy bien labradas, y en cada una dellas una puente levadiza con cuatro gruesas cadenas de fierro. Y es guardada esta puente de un gigante muy espantable que siempre está armado de todas armas y una gruesa hacha de armas en la mano, y tiene cien turcos en su compañía en ayuda de guardar la torre. Del tributo no vos fablo, porque no venimos en son ni propósito de pagallo; mas digo esto por que miremos de qué manera o qué modo habemos de tener para salir con nuestra demanda.

Entonces dijo Roldán:

— Desta manera ganaremos la puente: yo iré delante y diré que somos embajadores y llevamos una embajada al almirante Balán, y si dijere que no podemos pasar, o por el tributo o por cualquier otra cosa, le diré que me abra, que a él mesmo diré la embajada por que haga della relación al almirante su señor. Y si pongo solamente pie en el postigo, sed ciertos que haré lugar por donde todos pasemos.

Y el duque Naymes le dijo:

— Señor Roldán, no es cordura dar un golpe y recibir diez golpes: dejadme este cargo y tendré modo que pasaremos sin batalla.

Y Roldán le dijo que hiciese todo lo que quisiese, y el duque Naymes les rogó que se estuviesen quedos, y él se fue para la puente y llamó y el gigante le abrió y le preguntó quién era y qué buscaba por aquella tierra, y él le dijo:

— Somos mensajeros del emperador Carlo Magno y vamos al almirante Balán con presentes que vienen aquí detrás.

Y el gigante le dijo:

—Vosotros habéis de perder las cabezas o pagar el tributo que se suele pagar en esta puente.

Y el duque Naymes le dijo:

—Dime lo que te habemos de dar y luego te lo daremos.

—Por el poder de mis dioses —dijo el gigante—, no es poco lo que has de pagar, ca te pido, primeramente, treinta pares de perros de caza y cient doncellas vírgines y cient falcones mudados y cient caballos con sus jaeces, y por cada pie de caballo un marco de oro fino. Y este es el tributo que ha de pagar el cristiano que pasa por esta puente, y si no lo puede pagar, ha de dejar la cabeza en las almenas de la puente.

Y el duque Naymes dijo que muy complidamente traían todo lo que habían de pagar, y esto allende de los presentes que llevaban al almirante Balán y que muy presto vernían, y que ellos iban delante por tomar las posadas. Y el gigante pensó que era así y los dejó pasar, e don Roldán que había oído las mañas del duque Naymes, no podía tener la risa. E yendo por la puente adelante, ya en cabo della toparon un turco que muy espantado y maravillado se paró a los mirar, y Roldán se apeó muy presto y se allegó a él como que le quería hablar, y le tomó por el cinto y le arrojó en el río. Y el duque Naymes fue dello muy enojado y le dijo:

—Señor Roldán, Dios nos quiere hacer mercedes en dejarnos pasar esta puente sin batalla, y ¿vos no las queréis recibir?

Y Roldán le dijo:

—Si pensara que me abrieran como a vos, nunca buscara maña para pasar, antes viera si el gigante es tan feroz en los fechos como es maravilloso de cuerpo y gesto, que los otros que en su compañía están no duraran media hora delante nosotros, porque es gente de poco valor, y ganada la puente tuviéramos la venida mas segura; y si place a Dios que volvamos, con Durandal les pagaré el tributo que nos pidieron.

CAPÍTULO XXXIII. Cómo los siete caballeros llegaron delante el almirante Balán y le dijeron la embajada que traían.



LEGADOS los caballeros a Aguas Muertas, donde estaba a la sazón el almirante, en gentil ordenanza se fueron hasta las puertas de su palacio y dijeron a los porteros que dijese al almirante que le querían hablar de parte del emperador Carlo Magno. Como el almirante supo que Carlo Magno le enviaba embajada fue muy alegre, pensando que le enviaba a pedir los cinco caballeros en truco de Fierabrás su hijo, e porque era tarde, mandó a su maestresala que les diese buena posada y los proveyese de todo lo que habían menester, y por la mañana los trajese a su palacio. El maestresala les dio por posada las casas de un principal caballero, el cual los recibió muy bien y los sirvió de todo lo que menester ovieron, y desde que ovieron cenado les dio a cada uno su cámara y cama muy rica.

A la medianoche llegó al palacio el rey que fuyera y escapara de las manos de los siete caballeros, y entrado en palacio, no paró hasta la cámara del almirante, que ya estaba acostado, y desde que supo que de los quince no volvía sino uno fue muy maravillado; y le mandó entrar, y entrado, dijo:

—Muy poderoso señor, tu enviaste quince reyes vasallos tuyos por embajadores a Carlo Magno el emperador, y en el camino topamos siete caballeros cristianos y nos dijeron que te traían embajada de parte del emperador Carlo, y creyendo que serían salteadores que robaban y mataban por los caminos, tus leales vasallos los quesimos traer presos a tu corte, y ellos fueron tan valientes que mataron en muy poco tiempo los catorce reyes sin que ninguno dellos muriese ni fuese derribado de su caballo, y yo, mediante la ligereza de mi caballo, escapé del furor de sus espadas. E son los siete caballeros cristianos que esta noche han venido a tu corte. Por ende, si dellos te quieres vengar, tendrás buen lugar y muy legítima causa de los hacer morir vituperosamente.

Cuando el almirante oyó las tristes nuevas, del grande enojo que ovo empezó a maldecirse y a grandes voces quejarse de sus dioses, y a las voces entró su maestresala y le dijo:

— Señor, no te fatigues en tanto grado ni te quejes con desmesura de tus dioses, ca aunque por tus yerros hayan permitido que tus reyes muriesen, pues que a tu poder trajeron los que los mataron por que dellos tomases venganza y fuese su maldad castigada, por ende, huelga y descansa, que mañana te los traeré presos a buen recaudo y harás dellos a tu voluntad.

E dijo el rey que los conocía y escapara de sus manos:

— Señor, pues que en tu poder están, ten modo que no sean señores de sus armas, ca si veen que los quieren prender, no podrá con ellos toda tu corte, y quizá no te pesará menos de su venida que a mí de los haber encontrado en el campo.

Y el maestresala dijo:

— Señor, este cargo me deja a mí, que yo los traeré mañana a buen recaudo aunque fuesen ciento.

E despedidos del almirante, se fueron el rey y el maestresala al caballero en cuya casa estaban los caballeros cristianos aposentados y le contaron el caso. Y el caballero tuvo modo de hurtar las armas a los caballeros (que sin recelo alguno, apartados el uno del otro, estaban dormiendo), e a la mañana fueron armados tres mil turcos de todas armas y sendas hachas de armas en sus manos, y uno a uno los prendieron y les ataron fuertemente las manos y los llevaron al almirante Balán. El cual después de muchas injuriosas palabras y amenazas les preguntó por qué habían muerto a los reyes sus embajadores, y Roldán le dijo:

— Los que matamos no eran reyes en sus fechos, ca aunque fueron informados cómo veníamos a tu corte con embajada, no dejaron de acometernos para matarnos o cativarnos; mas ellos fueron bien castigados, ca los catorce quedan en el campo, y traemos sendas cabezas por que, certificado dello, asegurases los caminos.

Y el almirante le dijo:

— ¿Cuál diablo vos mandó entrar en mis reinos?

Roldán le respondió:

— El que nos mandó venir te echará dellos si no haces lo que con nosotros te envía a decir, y es esto: el muy noble y⁵² poderoso emperador Carlo Magno te manda que te baptices y que le envíes sus caballeros y las santas reliquias que tienes en tu poder; y si no lo fices, ha jurado de te echar de toda la tierra y de te hacer malamente morir.

Y el almirante le dijo:

— Osadamente heciste tu embajada, mas no volverás con la respuesta al viejo loco de Carlo Magno, ca antes que coma ni beba yo os veré todos fechos cuartos, con los otros que tanto he guardado pensando trocallos por mi hijo Fierabrás.

E Ricarte de Normandía le dijo:

— Tu hijo es más cuerdo que tú, ca ya cree en Dios, criador del cielo y de la tierra, y ha dejado las abusiones de tus ídolos y está más contento con el santo bautismo que ha recibido que estaba con todas las tierras que tenía, y por todo el haber del mundo no vendría acá ni dejaría a Carlo Magno su señor.

Y el almirante conoció a Ricarte de Normandía y le dijo:

— Bien me place de te tener aquí, por que pagues la muerte del noble caballero Corsubel mi hermano.

Y Guy de Borgoña dijo:

— Muchos de tus caballeros habemos muerto los pocos que aquí estamos, mas no atados ni de la manera que nos amenazas de matar, sino armados de todas armas en muy leal batalla. Por ende, si te quieres vengar de nosotros sin caer en vileza, danos nuestras armas y caballos y déjanos salir

52.- Suplo 'y'.

al campo y manda apercebir todo tu ejército para contra nosotros y entonces sin reprehensión tomarás, si pudieres, venganza de nosotros.

Y el almirante le preguntó cómo se llamaba, y él dijo:

—Guy de Borgoña.

Y el almirante le dijo:

—También pagarás lo que contra mí feciste en Roma, y será esta muerte escarmiento para otros cristianos, que no se atrevan tanto como vosotros vos atrevistes.

E luego mandó llamar dos consejeros suyos, llamados Brulante de Monmiere y Sortibrán de Coimbres, y les preguntó qué haría de los cristianos presos, y ellos le dijeron que fuesen rastrados a las colas de sendos caballos y después puestos en cuartos, y puestos los cuartos por los caminos y las cabezas puestas a las puertas de las cibdades.

—E después cercaremos a Carlo Magno y sin mucho trabajo le prenderemos, ca éstos son los más principales hombres de su ejército. E si matáremos al emperador, sin peligro ganaremos todo el reino de Francia.

Y el almirante les dijo que decían bien, e les mandó que muy presto trujiesen los otros cinco y se ficiese lo que había ordenado.

CAPÍTULO XXXV. Cómo por industria de Floripes los siete caballeros cristianos fueron puestos con los otros cinco, y cómo Floripes les mostró las sanctas reliquias.



ESTABA Floripes escuchando toda la contienda que su padre tenía con los caballeros cristianos, e cuando vido que su padre mandaba traer los cinco que pensaban que estaban en la torre para les dar muerte a todos, fue muy presto a su cámara, donde tenía los cinco caballeros, y los mandó armar de todas sus armas e les dio sendas hachas de armas diciendo que dellas se aprovecharían en los palacios mejor que las lanzas, y les dijo:

—Muy nobles y virtuosos señores, agora se ofresce tiempo para que paguéis los beneficios recibidos, que haciendo esto guaresceréis vuestras vidas y las de vuestros amigos y compañeros los otros siete Pares de Francia, los cuales las manos atadas y gruesas cadenas a los pies están en los palacios de mi padre sentenciados a muerte, y vosotros con ellos. E agora voy a estar con el almirante mi padre por ver si los podré traer aquí con vosotros, y si no pudiere y oyéredes mis voces, no seáis perezosos en salir, ni tan poco uséis de piedad con ningún turco de cuantos falláredes en el palacio.

E así, se fue Floripes para su padre con disimulada alegría, fingiendo que tenía gran deseo de ver la muerte de los caballeros cristianos, e le preguntó qué hombres eran aquellos que estaban atados y encadenados, y él le dijo:

—Fija, son vasallos del emperador Carlo Magno, y son los de quien tantos daños habemos rescebido y a muchos parientes y amigos nuestros y caballeros de gran valor han dado la muerte. E mandé por mi sentencia que éstos, con los otros cinco que están en la torre, sean rastrados y puestos en cuartos.

Y Floripes le dijo:

—Señor, esto y más merecen; y es bien darles otra más penosa muerte por que sea escarmiento para otros, y esto se gará después que hayáis comido, ca es ya tarde y si se face justicia no podrás comer a tu hora acostumbrada. E suplicote que me los des en guarda hasta que los mandes sacar a morir, por que en ellos vengue la injuria de mi hermano Fierabrás.

Y el almirante dijo que le placía, y ella mandó a su escudero que los llevase a la torre donde estaban los otros. E Sortibrán dijo al almirante su tío:

—Muy esclarecido y poderoso señor, suplicote que trayas a la memoria las grandes desdichas que habrás leído, y aun visto, que a especiales hombres ha ocurrido por tener confianza de mujeres

y los grandes daños y males que su inestabilidad ha causado. Cata que su más subido saber, en el tiempo de la mayor necesidad les falta; de su natural son muy mudables, livianas en creer y súpitas en la venganza. No te ciegue el mucho amor de la fija.

Cuando Floripes hubo bien oído las maliciosas razones de Sortibrán, demudada en grande grado y fecha tartamuda del muy crecido enojo, le dijo:

—Tú Sortibrán hablaste como desleal y malo que debes ser, y por tal te juzgo en hablar tales palabras como has hablado. Ca el traidor no piensa que hay fiel alguno en el mundo, y por tus muy dañadas entrañas juzgaste las ajenas; mas no quedarás sin pago de tu mentiroso y traidor decir.

E dicho esto se fue tras el escudero y los presos, que estaban ya cerca de la torre donde fuera puesto Oliveros y sus compañeros (ca el escudero no los osó llevar a la cámara de Floripes por la mucha gente que los miraba). E Floripes le llamó y le dijo que los llevase a su cámara, que ella sería carcelera y no otro ninguno. Y aunque algunos lo vieron y oyeron, no sospecharon mal ninguno, pensando que lo hacía por el mucho enojo que había habido con Sortibrán.

Entrados los caballeros en la cámara de Floripes, fallaron los otros cinco compañeros y amigos suyos armados de todas armas y muy bien apercebidos, e fueron muy maravillados los unos de los otros, y Oliveros hubo gran lástima de Roldán cuando le vido que tenía una gruesa cadena al pie y otra al cuerpo, y las manos muy reciamente atadas. E muy presto los desató y quitó las cadenas, y se abrazaron y besaron todos con mucho amor. E Floripes los miraba uno a uno por conocer a Guy de Borgoña, a quien tanto deseaba conocer, y conociendo esto Oliveros, dijo:

—Señor Guy de Borgoña, ¿qué vos parece de nuestra cárcel y de nuestro carcelero?

Y Guy de Borgoña le respondió:

—Digo que aunque la cárcel fuera la peor de todo el mundo, que ninguna pena sintiera, según la grande perfición y gracia del carcelero.

Y Oliveros le dijo:

—A vos y a la señora Floripes damos las gracias, porque conociendo que en esto vos hacía mercedes nos sacó todos del más fediondo lugar del mundo y de tan estrecha cárcel.

E Floripes llorando del gran placer que su corazón sentía, venciendo el amor a la vergüenza que comúnmente las doncellas tienen, abrazó a Guy de Borgoña y le besó en el hombro, y Guy de Borgoña hincó la rodilla y le quiso besar las manos, mas ella no lo consintió y púsole un brazo al cuello y la otra mano a la barba y le levantó del suelo. Y estaba Guy de Borgoña muy espantado de tanto amor como la dama le mostraba, y Roldán le dijo:

—Bien creo, señor Guy de Borgoña, que no rescibiríades pena aunque estuviédes algún tiempo en esta cárcel.

Y Guy de Borgoña le respondió:

—Ya recelo la salida más que temía la entrada, si del carcelero me tengo de apartar.

E Floripes con muy graciosa risa dijo:

—Dejemos, señores, esto para cuando mayor oportunidad tengamos, y entendamos en lo que mucho nos cumple.

Y tomó a Guy de Borgoña por la mano y dijo a los otros caballeros que estaban desarmados que los siguiesen, y los otros se quedasen en la sala, y los llevó a la sala donde se armaron los otros caballeros y les dijo que se armasen prestamente, y ella armó a Guy de Borgoña muy graciosamente. Y desde fueron armados a su placer se volvieron a donde estaban los otros, e Floripes los hizo asentar todos y ella se asentó en su silla de marfil, más allegada a Guy de Borgoña que a los otros, y les dijo desta manera:

—Muy nobles y esforzados caballeros, pues que vuestra fortuna y mi dicha vos ha traído a tiempo que de mis pequeñas y mujeriles fuerzas tuviédes necesidad, y por cuanto tengo propuesto, olvidando mis dioses y el amor del padre, de los parientes y de toda la tierra, de salvar vuestras vidas aunque supiese por ello perder la mía, me atrevo de pedirlos a todos juntamente una

merced. Y a vos señor don Roldán, primeramente demando la fe, y a todos vosotros, señores, de me ayudar y favorecer en lo que vos oviere menester.

E Roldán dijo:

—Muy virtuosa y noble dama, nunca fui ingrato a persona del mundo, ni menos lo seré a las tamañas mercedes que de ti he recibido; por ende mándame cualquier cosa que no discrepe de la ley cristiana y verás el deseo que tengo de servir tus crecidos beneficios.

Y ella se levantó y dio las gracias por ello, y vuelta a Guy de Borgoña, le dijo:

—¿E vos, señor Guy de Borgoña?

Y él le dijo:

—Yo y todos estos señores decimos lo que el señor don Roldán dice.

Y ella les dijo.

—Lo que mi corazón desea sobre todas las cosas del mundo es servir como mujer legítima al señor Guy de Borgoña, y estas son las mercedes que a el y a vosotros, señores, pido; y de grado me tornaré cristiana y vos daré las reliquias que con todo trabajo habéis buscado, y vos daré todo el tesoro de mi padre y otras joyas mías de muy grande valor.

E Guy de Borgoña le dijo:

—Por cierto, señora, yo tenía propuesto de no tomar mujer sino por mano de mi tío el emperador Carlo Magno, como han fecho los otros Pares de Francia; mas porque tal dama como tú no se halla en todas partes, y no menos por las mercedes que nos has fecho, con consentimiento de don Roldán y de todos vosotros, señores, te tomo por legítima esposa como lo ordena la Sancta Iglesia.

E don Roldán se levantó y les hizo dar la mano el uno al otro, y los hizo abrazar y besar en la boca y les dijo que lo demás fuese guardado fasta que ella fuese cristiana. Y desto ovo gran vergüenza Floripes, y no osaba después mirar a don Roldán en la cara. E mandó luego a sus damas que pusiesen la mesa y trajesen de comer, y dijo a los caballeros.

—El almirante mi padre y Sortibrán y los otros caballeros han ordenado de vos dar la muerte a todos después que el almirante haya comido; mas deciros he cómo les deis mala comida, por que no vengan a efecto sus malos deseos.

Y así armados como estaban, los caballeros se asentaron a comer, y Floripes con ellos, asentada cabe su muy amado Guy de Borgoña.

CAPÍTULO XXXVI. Cómo un sobrino del almirante, llamado Lucafer, entró en la cámara de Floripes y le mató el duque Naymes.

LOS caballeros fueron muy buen servidos, y después que ovieron comido y fue alzada la mesa y dadas gracias a Dios, Floripes les dijo:

—Señores, el almirante querrá comer, y no comerá sin mí; por ende, por que no venga nadie a llamarme quiero ir allá y le diré que estoy maldispuesta y que no quiero comer, y miraré bien en lo que se ha de facer antes que vuelva. Y quiero primero amostraros las santas reliquias que tengo, por que viéndolas tengáis los corazones más contritos y con mayor devoción demandéis ayuda a vuestro dios, porque hoy lo habréis bien menester.

Y sacó un cofre dorado y labrado maravillosamente en el cual estaba parte de la corona de Nuestro Redemptor y un clavo con que fue enclavado en la cruz y un paño en que fue envuelto cuando niño, y una zapata de la Virgen Nuestra Señora, y parte de sus cabellos y otras muchas reliquias. E cuando los caballeros las vieron hincaron las rodillas en el suelo y llorando amargamente demandaron a Dios perdón, suplicándole los dejase volver con salud a ojos de Carlo Magno

y pudiesen llevar a Floripes, por que, doctrinada en la fe católica, mediante el agua del bautismo entrase en el número de los escogidos, y pudiesen llevar las santas reliquias a tierra de cristianos, Y se maravilló mucho Floripes de las lágrimas de los caballeros. Y después que ovieron fecho su oración dijo Floripes a Guy de Borgoña que volviese las reliquias en el cofre, que era más lícito a él que a ella, por cuanto no era cristiana; y él lo rogó a don Roldán, y Roldán lo rogó al duque Naymes, por cuanto era más anciano y hombre de buena vida, y encerradas las reliquias en el cofre, le volvió Floripes en su lugar.

Y estando los caballeros y la dama en esto ovo de venir a los palacios del almirante un caballero sobrino suyo llamado Lucafer, que venía por ver morir los cristianos, e preguntando por ellos, el almirante le dijo cómo su hija Floripes los tenía en guarda hasta que él oviese comido. Lucafer le reprehendió mucho dello, diciendo que semejantes hombres no eran de fiar de mujer alguna, y dijo que quería vellos, por conoscer al caballero que venciera a Fierabrás de Alejandría, y el almirante le dijo que fuese, y con el se viniese Floripes a comer, y después mandaría juntar la gente para facer dellos justicia.

E llegado Lucafer a la puerta de la cámara de Floripes, hallándola cerrada, empujó la puerta con toda su fuerza, y quebró la cerradura y abriola de par en par, y cuando vido los caballeros armados no quisiera haber entrado. Y de su entrada pesó mucho a Floripes, e conociendo esto el duque Naymes, entró con el moro en razones y preguntole muchas cosas, y él le respondía con más miedo que gana de estar entrellos, y queriéndose ir el moro, alzó el duque Naymes el puño y le dio tan grande golpe en la cabeza, que dio con él en el suelo muerto. Y a Floripes plugo dello, y dijo al duque Naymes que aquél golpe no fuera de hombre viejo, y él le dijo:

—Otros mayores verás si nos dejas salir de aquí.

Y ella le dijo:

—No se escusa de veros presto en ello. Por ende, señores, quiero ir a hablar al almirante, que estará esperando a este caballero, ca le quiere mucho y ha procurado mucho de le casar conmigo, y vosotros, señores, guardad la cámara.

E llegada Floripes delante el almirante su padre, le dijo que comiese, que ella se sentía indispuesta del enojo que le diera Sortibrán, y él le preguntó por Lucafer y le dijo que quedaba fablando con los presos y que no quería comer. Y el almirante le dijo que quería comer, por facer luego justicia de los presos, que la gente estaba apercebida esperando que los sacasen fuera. E Floripes miró por la ventana y vido grande número de turcos armados, así caballeros como peones, y le pesó dello, y despedida del padre se volvió para su cámara y dijo a los caballeros:

—Señores, ved si vos falta algo, que luego vos lo daré.

Y Guy de Borgoña le dijo que no, y ella dijo:

—Agora es tiempo que salgáis.

Entonces salieron los doce caballeros de la cámara, y Roldán delantero, y entrado en el palacio del almirante topó un rey que llamaban Corsuble, y le fendió la cabeza fasta el pescuezo, y Oliveros mató al rey Coldre, y Guy de Borgoña mató siete caballeros que falló en unos corredores, y otros hizo saltar de los corredores abajo, de manera que no quedó hombre a vida de cuantos en el palacio estaban salvo el almirante, que saltó por una ventana y fue recibido de los suyos y no murió.

Y quisieron salir del palacio por dar batalla a los que afuera estaban, y Floripes no los dejó porque eran muchos, y llevaron la provisión que fallaron en los palacios en una fuerte torre y allí se fortalecieron lo mejor que pudieron. Y el almirante mandó cercar la torre y fizo juramento a sus dioses de no partirse de allí fasta que ficiese quemar los caballeros, y a Floripes su hija con ellos. E decía a sus familiares:

—Aunque no quiera su dios, ellos vendrán a mis manos, ca no tienen vitualla más que para tres días. Allende desto, no sabe Carlo Magno dellos para les dar socorro, y caso que lo supiese, no podrá pasar mi fuerte puente de Mantribe, y no tiene otro paso alguno, por la grandor del río.

E fueron los que se hallaron en el cerco de la torre ciento y treinta mil hombres de pelea, y dieron grandes combates, mas no la pudieron entrar. E pasados los tres días acordose el almirante de un cinto que su hija Floripes tenía, e mandó llamar un nigromántico llamado Marpín y le dijo:

—Marpín, agora cumple que muestres todo tu saber. Y si tu faces lo que te dijere, te será bien galardonado.

Y Marpín le respondió.

—Señor, si es cosa posible a hombre del mundo, no dudes que no la faga.

Y el almirante le dijo.

—Sabrás que mi hija tiene un cinto de grandísima virtud, que mientras le tuviere, ella ni ninguno de su compañía no puede perescer de hambre, y quería que gelo furtases, y si lo faces, te lo pagaré muy bien.

Y Marpín le dijo:

—Señor, eso no es grave cosa de facer: mañana te lo traeré sin duda.

Y venida la noche, al primer sueño se fizo llevar de un diablo encima de la torre, y de allí fizo sus encantamientos para facer dormir a Floripes y todos los que en su compañía estaban. Y aquella noche velaban la torre Guy de Borgoña y Ricarte de Normandía y Oger de Danois, e sobre ellos no tuvo poder el encantamento, y todos los otros fueron de grave sueño adormidos.

Entrado Marpín en la cámara, vido a una parte a Floripes y sus damas, y a la otra los caballeros dormiendo, y buscó el cinto con mucha diligencia, y fallado, se le ciñó y se allegó a Floripes, que desnuda estaba en su cama, y le quitó la ropa, y vídola tan fermosa que no pudo estar sin besarla muchas veces. Y Floripes soñaba que un turco le quería facer fuerza y que daba grandes voces a Guy de Borgoña que le valiese, y estaba en tanta congoja, que durmiendo traía los brazos a una parte y a otra, como que se defendía del turco, y por eso no osó llegar Marpín a más de la besar, temiendo que despertaría. Y salido Marpín de la cámara despertó Floripes dando grandes voces, y a sus voces acudieron los caballeros que velaban, y toparon a Marpín que iba fuyendo para subir en el tejado de la torre, y dióle Guy de Borgoña con el espada y le cortó la cabeza, y tomó el cuerpo y le echó afuera por una ventana en la cava de la torre, que estaba llena de agua, y así se perdió el cinto. Y fizo Floripes gran llanto por él, y pesó asimesmo a los caballeros cuando supieron la virtud que tenía, mas no ovo remedio para cobrallo.

CAPÍTULO XXXVII. Cómo los caballeros y Floripes y sus damas padecieron gran hambre, y cómo los ídolos del almirante fueron derribados y puestos en piezas.

VIENDO almirante que Marpín su nigromántico no venia, fue enojado dello, tanto por el cinto como por él, y llamó sus consejeros y les preguntó qué se había de facer, y ellos dijeron:

—Señor, Marpín es muerto, pues que no viene; mas manda allegar toda tu gente y daremos combate a la torre y muy presto serás señor de tus enemigos.

E mandó allegar docientos mil hombres de pelea el almirante, e dieron combate a la torre con grandes trabucos y con hondas, y duró el combate todo un día; mas no la pudieron ganar, ca los caballeros cristianos derribaron una pared de los palacios del almirante y con la piedra della defendían la torre de manera que los turcos no se osaban llegar a la pared de la torre. Y venida la noche, mandó el almirante que no cesase el combate, y apremiada la gente, se ensayaron para subir por la pared de la torre, y no cesó el combate en toda la noche, y en la mañana se fallaron dos mil turcos muertos y más de otros tantos feridos. E cuando el almirante supo la grande mortan-

dad dellos sin daño alguno de los cristianos pensó perder el seso del mucho enojo que rescibió, y a grandes voces maldecía sus dioses, e un caballero le dijo:

—Señor, no te fatigues tanto ni enojas a tus dioses, que ninguna culpa tienen; mas manda facer muchas escaleras, tan largas que alcancen a las ventanas de la torre, y manda apercebir toda la gente de armas, y armados de todas armas subiremos por las escaleras y no habremos miedo de las piedras.

Y tuvo el almirante su consejo por bueno, y mandó luego que fuesen fechas las escaleras y trujo muy presto cincuenta dellas, muy largas, y los caballeros armados empezaron a subir por ellas; e viendo Floripes subir seis caballeros por una escalera, dejolos subir fasta que llegaron a la ventana, y con una hacha de armas que tenía en la mano dio tal golpe al primero, que dio con él y con los otros en el suelo. Y todo esto vido el almirante su padre, y por eso se mesó las barbas maldiciendo la hora que la engendrara. Y a otra ventana, por otra escalera, subían otros tantos caballeros, y Ricarte de Normandía tomó un canto, cuanto pudo alzar en el hombro, y dio al primero y los derribó todos en el suelo. E viendo esto, no osó ninguno subir las escaleras ni llegar a la torre.

Y en esto pasaron algunos días, de manera que faltó la provisión en la torre, Estuvieron dos días sin comer pan, e viendo esto don Roldán, dijo a los otros:

—Señores, parésceme que la necesidad nos fará hacer lo que antes que viniese habíamos de facer, ca ninguna honra alcanzamos en estar encerrados. Y pues la vitualla nos ha faltado, aparejémonos para salir a nuestros enemigos, ca más nos vale morir peleando en el campo con ellos que padescer más fambre en esta torre.

E a todos pareció bien lo que dijera Roldán, y acordaron de lo facer así. Y entonces comenzaron de llorar Floripes y sus damas temiendo la muerte de los caballeros cristianos, por la multitud de los turcos, e con abundancia de lágrimas les dijo:

—Por cierto, señores, muy poco face vuestro dios por vós viéndovos en tanta necesidad. Y si vos creyédes en mis dioses, sin duda ya ovieran usado de misericordia con vós y vos proveyeran de vitualla.

Y don Roldán respondió:

—Señora, muéstranos esos dioses que tú dices, ca querría ver si tendrán poder de nos proveer de vitualla o de traernos socorro de Francia.

Y ella le dijo que le placía dello, e muy alegre pensando que creerían en ellos, los llevó todos por una cueva debajo de tierra, y en cabo de la cueva fallaron una sala maravillosamente labrada, y en medio della estaba un tablado muy rico y en él estaban cuatro ídolos de la grandor de un hombre, todos cuatro de oro fino, y el uno se llamaba Apolín y el otro Tavalgante, y el otro Margot y el otro Jupín, e olía toda la sala tan suavemente, que los caballeros estaban maravillados. E Guy de Borgoña dijo a Floripes.

—Señora, ¿quién fizo estos dioses?

Y ella le dijo:

—Dos plateros, los mayores maestros que en todo el mundo se pudieron fallar.

Y Guy de Borgoña le dijo:

—E ¿quién dio a este oro el poder que tú dices que tiene?

Y ella estuvo dudando sin que respondiese, y él le dijo:

—Los maestros que los ficieron, ¿no eran hombres como nós?

Y ella dijo que sí, e Guy de Borgoña le dijo:

—Y si quisiésemos agora facer otra cosa alguna, ¿no la podríamos hacer dese mismo oro?

Y ella respondió que sí podrían, y él le dijo:

—Luego más poder tienen los hombres que tus dioses. Y mira cómo no tienen poder alguno.

Y luego sacó el espada y dio al uno con ella en la cabeza y lo derribó en el suelo, y Roldán con la hacha de armas echó a tierra los otros y dijo a Floripes:

—Mira, señora, el poder de tus dioses.

Entonces Floripes, venida a conocimiento de la verdad viendo que sus dioses no se movían, dijo:
—Agora conozco y confieso no haber otro dios sino el dios de los cristianos, al cual humildemente suplico me quiera dar lugar de recibir su sancto bautismo, por que mi ánima no sea ajena de su sancta gloria y a vosotros quiera sacar de tanta afrenta.

E desto ovieron gran placer los caballeros.

*CAPÍTULO XXXVIII. Como los caballeros cristianos salieron de la torre
y dieron batalla a los turcos que los tenían cercados
y tomaron la provisión que tenían en el real.*



ESTANDO Floripes y los caballeros en estas razones, una dama de Floripes cayó de su estado desmayada de hambre, y no se falló en los palacios del almirante ni en la torre bocado de pan ni otra cosa que le dar. Y desto ovieron gran lástima los caballeros, y más Floripes, e ordenaron de salir a los del real, y rogó Oliveros al duque Naymes que quisiese quedar en la torre en compañía de las damas para les abrir cuando volviesen, y el duque Naymes le dijo:

—Señor Oliveros, aunque soy más viejo que vosotros no dejaré de facer mi deber contra mis enemigos, y pidos por merced que no me deis aún oficio de portero.

Y rogaron todos al conde Thierry que quisiese quedar, y así, quedó en guarda de la torre y de las damas. Y ellos se subieron a la cámara de Fierabrás y tomaron sendas lanzas y cabalgaron en sendos caballos que habían quedado de los del almirante, e mirado el tiempo que más descuidado estaba el almirante y su gente, salieron de la torre y acometieron a sus enemigos con tanta ferocidad que en poco rato llegaron fasta las tiendas⁵³ del almirante derribando y matando caballeros y peones. Y el almirante fue prestamente armado, y con él el rey Clarión, sobrino suyo, con XV mil hombres de pelea, y era este rey Clarión el más esforzado que en toda la tierra se hallaba, después de Fierabrás. E cuando don Roldán los vio, vuelto a sus compañeros, les dijo:

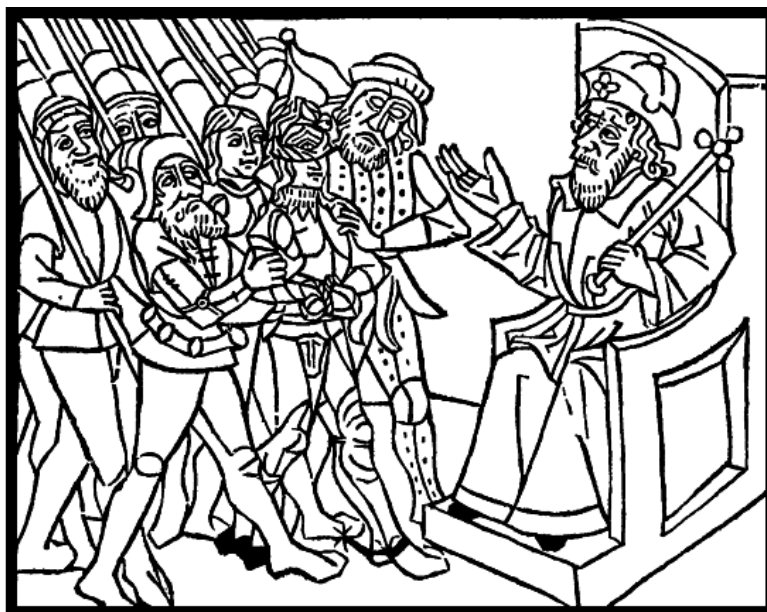
53.- Orig.: 'tiandas'

—Señores, agora se nos ofresce tiempo de alcanzar honra: no nos desmandemos en ninguna manera, y con la ordenanza que fasta aquí habemos tenido entremos en nuestros enemigos. Y no salga ninguno de ordenanza para seguir su enemigo, ni tampoco quede atrás, sino que así juntos como estamos, paso ante paso sigamos la batalla, por que el uno ayude al otro. Y Oliveros y yo llevaremos la delantera, y no se espante nadie de la multitud de los turcos, ca en las grandes afrentas son conocidos los buenos y en ellas se alcanzan las crecidas honras. Y si estos delanteros vencemos, con poco trabajo seremos señores de los otros, ca éstos son la flor de todos los hombres de guerra que tiene el almirante, y llevaremos de comer a las damas, que esperarándonos están.

E diciendo esto llegaron los turcos con grandes alaridos, y llevaba la delantera un rey moro que viniera de allende en ayuda del almirante, y se llamaba Rapín. E viéndole Oliveros, le salió a recibir, y fueron los encuentros tales, que el turco cayó en el suelo muerto, y luego salieron dos caballeros suyos para vengar su muerte, y el uno encontró con la lanza Oliveros y quebró la lanza, y echó mano a la espada⁵⁴ y de los primeros golpes cayó el turco en tierra muerto, y el otro no osó esperar a Oliveros.

Y don Roldán derribó en poco rato XVIII caballeros a vista del almirante, y cobró el almirante gran temor y empezó a retraerse por fuir del furor de los caballeros, y viendo esto Guy de Borgoña, dio de las espuelas al caballo y derribando turcos a una parte y a otra lo siguió fasta su tienda; y peleando solo con gran número de turcos que le defendían la entrada de la tienda, y los otros caballeros cristianos haciendo grande matanza en la gente del rey Clarión, vido Oger de Danois cómo venían por un camino XX acémilas cargadas de vitualla, y dýjolo a don Roldán, y Roldán llamó a Oliveros y sin conocer la falta de Guy de Borgoña fueron para donde venían las acémilas sin que mucho los contrastasen los turcos, ca ya no los osaban esperar. Venían en guarda de las acémilas docientos hombres de pie y treinta de caballo, y se pusieron en defender la vitualla y en poco rato murió la mayor parte dellos y quedaron los cristianos señores de las acémilas, y ovieron de pasar por medio del real para llevarlas a la torre.

54.— Orig.: ‘espeda’

CAPÍTULO XXXIX. *Cómo Guy de Borgoña fue preso.*

EL noble caballero Guy de Borgoña, solo y desamparado de sus compañeros, quedó en el campo rodeado de toda la gente del ejército, y peleó la mayor parte de la noche y dio con la tienda del almirante en el suelo, y después que le mataron el caballo fallóse entre tantos cuerpos muertos, que un paso no podía hacer sin pisarlos. Y ya que⁵⁵ quería amanecer, fatigado y llagado en muchas partes de su cuerpo, hubo de tropezar en ellos y cayó, y así, fue preso, y las manos atadas y los ojos tapados fue levado al almirante, que temiendo de su espada se había desviado gran trecho de su gente, y viéndose Guy de Borgoña en poder de sus enemigos y creyendo que sería llegada su postrimera hora, dijo:

—¡Oh Jesús, verdadero dios y hombre, no desampares a tu convertida Floripes, por que consolada de ti no desvíe de su buen propósito! ¡Oh caballeros cristianos, Dios por su piedad vos guarde de tanta desdicha cuanta al sin ventura Guy de Borgoña hoy ha ocurrido!

Y el rey Clarión le dijo:

—No cures, cristiano, de quejarte, pues no te ha de aprovechar, que así te llevaremos al almirante y luego serás enforcado.

Y él le preguntó quién era, que tanto le amenazaba, y él dijo que era el rey Clarión, y le dijo Guy de Borgoña:

—Mucho me amenazas agora que no tengo manos, mas cuando las tenía no me fablabas, ni aun me esperabas que te fablase.

Llegado Guy de Borgoña delante el almirante todo demudado y descolorido, así por haber estado dos días sin comer como por el gran trabajo de la batalla, mandó el almirante que fuese desarmado de todas sus armas. Y porque para le desarmar era necesario quitar la atadura de las manos, fue primeramente desarmado de las piernas, y le echaron a cada pie una gruesa cadena y con ellas le ataron a un poste, y después le soltaron las manos y le quitaron todas las armas, y

estaba tal que el almirante no le conoció, aunque otras veces le había conocido. Y le preguntó el almirante quién era y él le respondió:

—No creas que te negaré la verdad, ca sepas de cierto que me llaman Guy de Borgoña, sobrino del muy poderoso emperador Carlo Magno y primo del muy noble y muy esforzado caballero Roldán.

Y el almirante le dijo:

—Grande tiempo ha que te conosco y grandes males me has fecho, y por tus amores mi fija Floripes dio mi fortaleza a mis enemigos, y a mí mismo me entregara en su poder si mis piadosos dioses no me guardaran, los cuales te trajeron a mis manos por que tomase entera venganza de ti. E dime quién son los que en la torre quedan, que tanta guerra me habés dado.

Y él le dijo:

—Los que están en la torre son todos hombres de noble sangre y muy amados amigos y vasallos del noble emperador Carlo Magno. Por ende, no dudes que estos agravios que les faces no te sean demandados.

E viendo un turco que el almirante había recibido enojo desto, quiso dar a Guy de Borgoña una puñada en la cara, y él se escudó con el brazo izquierdo y con la mano derecha le asió de los cabellos y lo trajo a sus pies y le puso el pie sobre el pescuezo, y antes que le pudiesen valer le ahogó. Y el almirante dijo:

—Creo que esta gente es endiablada: ved qué ha fecho delante mis ojos.

Y Guy de Borgoña le dijo:

—Si yerro alguno aquí ha habido, tu hombre lo ha causado, ca no le era lícito en tu presencia ferirme sin tu mandado; mas me parece que bien ha recibido la pena de su yerro, y cree cierto que nunca más pasará tu mandado.

E así, atado al poste, sin comer cosa alguna le tuvieron fasta otro día.

Agora tornaré a fablar de don Roldán y de los otros caballeros, que estaban en la torre muy tristes, y no menos Floripes y las damas, por la falta de Guy de Borgoña. No conocieron Roldán ni sus compañeros que quedaba Guy de Borgoña fasta que entraron en la torre con la vitualla, e cuando vieron que no venía, como hombres desesperados, olvidando la fambre que tenían, salieron todos once sin esperar el uno al otro, y entraron con tanta ferocidad en sus enemigos (que ya no se recelaban dellos), que en poco tiempo mataron dos mil dellos. Y allí murió Bosín de Genebois, un especial caballero, y de su muerte pesó mucho a todos los cristianos. E por la grande oscuridad de la noche temiendo que buscando a Guy de Borgoña se podrían perder ellos, fueron forzados de acogerse a la torre, donde con lastimeros llantos y gritos que a los cielos subían de la triste Floripes fueron recibidos. La cual tirando cruelmente de sus cabellos y con las crueles uñas rasgando su fermoso rostro, tendida a los pies de Roldán, besándolos muchas veces, le decía:

—¡Oh caballero de nobleza, duélete de tu leal compañero y pariente Guy de Borgoña mi esposo!

E Roldán con un ñudo a la garganta, que no le dejaba fablar, la levantó del suelo, e vuelta a Oliveros, le dijo:

—Cuánto mejor me fuera, señor Oliveros, que el día que maté al carcelero por sacaros de la cárcel me mandara mi padre matar a mí por que no me viera en tanta congoja. Una sola pena llevara mi ánima al salir de las carnes, por no haber conocido a Guy de Borgoña. Agora soy de mil congojas rodeada sólo en pensar que para darme a mí la vida fue el noble caballero a tomar la muerte. Muriérame de fambre delante sus ojos y no me viera sin él. ¡Oh padre mío, si supiste qué cosa es querer, no me culpes de que fice contra ti! Cata que el corazón que engendraste es del caballero que preso tienes desde el día que en Roma lo vi, y pues que suyo era, no podía fuir de lo que a su servicio cumplía. Ni pienses que me arrepiento, antes tendría en poco perder la vida por sacarle de pena. E si algún paternal amor te ha quedado, duélete de tu apasionada hija. E si por ventura te quieres vengar de la injuria recebida, ten modo que justamente te vengues: cata que yo sola maté a tu carcelero por sacar a los cristianos de la torre, y a la vieja matrona aya mía eché

de la azotea abajo por que no te dijese lo que facía por los caballeros, y finalmente los armé para que de tu furor se pudiesen defender, y tu torre y tus tesoros y tus dioses de oro les entregué. Pues cosa conocida es que no erraron en tomar los servicios que con tanto amor les facía y ellos tanto menester habían; que lo mesmo ficieras tú si en su lugar te hallaras. E pues que en mí sola se halla el exceso y yo sola fabriqué el error, suplicote que no lo pague el inocente caballero. ¡Oh bendita Madre de Dios, en quien mi señor Guy de Borgoña tiene gran devoción, pon en el corazón del almirante la creencia que en mis entrañas tengo enjerida, por que convertido a tu bendito Hijo, dios y hombre, no maltrate su caballero!

E dicho esto y otras cosas de gran dolor con sollozos que las entrañas le sacaban, cayó en el suelo más muerta que viva, y don Roldán la alzó muy presto del suelo, y desque fue tornada en sí, con más lágrimas que palabras la comenzó a consolar y le dijo:

—Señora, por Dios habed paciencia, que vuestro esposo no es muerto. Sed cierta que antes que mañana anochezca lo traeremos aquí o perderemos todos las vidas.

E mandó Roldán traer la provisión que habían ganado, y hallaron muchas viandas cochas y asadas, y muy muchos guisados a uso de Turquía, y comieron todos de aquellas viandas, que las habían bien menester.

CAPÍTULO XL. Cómo los paganos quisieron enforcar a Guy de Borgoña y cómo los diez caballeros cristianos gelo quitaron.



VENIDA la mañana, Balán el almirante mandó llamar a sus consejeros y les preguntó qué se haría de Guy de Borgoña, y ellos le dijeron:

—Señor, para que los otros escarmienten, manda poner una alta forca en lugar que la puedan ver los que están en la torre, y en ella mandarás enforcar al caballero preso y quedarás vengado de las injurias que dél has rescebido. E mandarás asimesmo poner diez mil hombres

en celada, porque creemos que sus compañeros no dejarán de venir en su socorro, y los tomarán en medio y serán todos muertos o presos para que fagas dellos a tu voluntad.

Y este consejo aprobó el almirante y le tuvo por bueno, y luego mandó alzar la forca, y en un montecico que cerca estaba mandó esconder diez mil turcos e mandó al rey Clarión que los rigiese y estuviese atento para salir cuando menester fuese. E mandó atar las manos a Guy de Borgoña y teparle los ojos por que no viese a dónde lo llevaban, e mandó que tres mil hombres de pelea le llevasen a la forca. E desde que le tuvieron en su poder, algunos que en las peleas habían conocido los fieros golpes de su espada le daban grandes palos, y otros puñadas, pensando que en aquello eran vengados.

Puesto el noble caballero Guy de Borgoña en tanta angustia, esperando su postrimera hora dijo:

—¡Oh Redemptor del mundo, mi Dios y mi Criador, por cuyo nombre voy a recibir deshonoradamente la muerte, por los méritos de tu Santa Pasión te suplico que recibas mi ánima, pues el cuerpo va a tomar fin, e así como tu vees que la he menester, me envía paciencia por que me sea esta muerte en remisión de mis pecados! ¡Oh nobles caballeros de Francia, nunca más me veréis, aunque no dubdo que si esto viene a vuestra noticia, que no salgáis en mi socorro! ¡Oh noble primo Roldán, cuán malas nuevas llevaréis al emperador Carlo Magno, vuestro tío y mío! ¡Oh nobles compañeros, encomiéndovos a la triste Floripes, que no tendrá ya deseo de vivir sabiendo las tristes nuevas, ni habrá quien le consuele si de vosotros es olvidada!

Y en este estante estaba Floripes con los caballeros cristianos a las ventanas de la torre mirando los que alzaban la forca, no sabiendo para qué era fasta que vieron los tres mil hombres que traían a Guy de Borgoña, y aunque no le vieron, sospecharon lo que era. E Floripes lo conoció la primera en los grandes alaridos que los turcos tenían, e puesta de rodillas delante de los caballeros, les dijo:

—¡Oh nobles caballeros! ¿Serán vuestros corazones tan sin virtud que delante vuestros ojos consientan que vuestro leal amigo y pariente sea enforcado? ¡Oh noble Roldán, cuyas caballerías por todo el mundo son sonadas, cuya lanza y espada en toda Turquía es temida, por aquél dios en que crees y adoras te suplico que no desampares a la triste doncella que a ti se encomienda ni olvides tu primo el noble Guy de Borgoña, en tanta afrenta metido!

E Roldán le dijo:

—Señora, ten speranza en aquella Virgen y Madre de Dios y le ruega que quiera ser en nuestro favor por que le trayamos con salud delante tus ojos y mediante su gracia podamos volver a tierra de cristianos. E de salir en su favor no lo dudes, ca no dejaremos de poner todas nuestras fuerzas para le sacar de peligro aunque todo el mundo fuese contra nosotros.

E Floripes derramando infinitas lágrimas por su amoroso rostro los abrazó todos uno a uno y les dijo que mientras los caballos se ensillaban se subiesen a la cámara de Fierabrás y se proveyesen de las armas que habían menester. E armados los caballeros y proveídos de gruesas lanzas cabalgaron en sus caballos, e antes que saliesen de la torre fabló Roldán desta manera:

—Señores, este día se nos ofresce tiempo para ganar honra y ayudar a nuestro amigo o para rescebir muerte a manos de nuestros enemigos, Si nosotros nos desmandamos es imposible de salir de tanta multitud de turcos; por ende, vos ruego que no vos engañen vuestros esforzados corazones que por cobdicia de matar veinte mi treinta de vuestros enemigos no salgáis de ordenanza, pues veis que desta manera se perdió Guy de Borgoña, sino que juntos entremos en la batalla y que el uno sea guarda del otro, e si uno cayere, que sea de los otros levantado. Y si esto hacemos, aunque somos pocos en número seremos muchos en fortaleza.

E antes que saliesen de la torre trajo Floripes el cofre donde estaban las santas reliquias, y se humillaron con grande devoción y pusieron el cofre encima sus cabezas, y encomendándose a la Sanctísima Trinidad salieron de la torre y vieron los que llevaban a Guy de Borgoña que estaban ya cerca de la forca, y dijo Oliveros:

—Señores, cumple que les tomemos la delantera, por que mientras peleamos con los traseros no reciba muerte de los delanteros.

E cuando los turcos los vieron venir, un capitán llamado Cornifer puso los turcos en ordenanza y mandó a diez peones que llevasen a Guy de Borgoña a la forca mientras él iba a dar batalla a los cristianos, y con una gruesa lanza tomó la delantera y fue a recibir a los caballeros cristianos. E cuando Oliveros le vido, dijo:

—Señor Roldán, perdonadme, que quiero salir a recibir este turco que tan soberbio viene.

Y le encontró de tal suerte que dio con el caballero en el suelo, y echó mano a la espada y se metió en los otros como lobo carnicero en el ganado. Y allí fue una muy cruda batalla y fueron detenidos gran rato los cristianos, que no pudieron pasar adelante. E alzado Roldán sobre los estribos, vido cómo ya subían al buen caballero en la escalera de la forca, y dijo a los otros:

—Señores, mucho nos tardamos; por eso, cada uno trabaje de seguirme, que Guy de Borgoña está en la escalera de la forca.

Entonces los caballeros, olvidando todo temor de morir, puestos en buena ordenanza entraron en sus enemigos guiándolos Roldán, que era ya tan conocido que ningún turco no se le paraba delante, y a su lado iba Ricarte de Normandía derribando caballeros y peones, y del otro lado iba Oliveros desguarneciendo arneses y cortando brazos y cabezas sin dar golpe en vacío, y Oger de Danoy traía todas las armas teñidas en la sangre de sus enemigos. E llegados los caballeros al pie de la escalera ovieron gran lástima del buen caballero, que tenía una soga de esparto al cuello, y mientras los otros peleaban saltó Ricarte de Normandía de su caballo y le quitó la soga y soltó las manos, abrazándole muchas veces. Y en este instante salieron los diez mil que estaban en celada, y como Oliveros los vio, tomó por la rienda un poderoso caballo que entrellos andaba suelto y le llevó muy presto a Ricarte de Normandía y le dijo:

—Procurad de armar a Guy de Borgoña y cabalgue en ese caballo y veníos a la batalla presto, que vienen diez mil turcos de refresco.

E dicho esto volvió para sus compañeros y vido a Gerardo de Mondidier a pie cercado de más de cien turcos que trabajaban de le dar la muerte, y remetiéndole con tanto desnudo y haciendo tales fechos con la espada, que muy presto llegó donde Gerardo estaba, y se le puso delante defendiendo que no le hiriesen, y peleando los dos compañeros y llegándose cuanto podían a los otros, vido Gerardo de Mondidier cómo un caballero moro volvía rienda por no encontrar con Oliveros, y ofresciéndosele tiempo, dio una remetida y saltó en las ancas del caballo y trastornó el caballero, sin le facer otro mal. Y así fueron todavía peleando fasta que juntaron con los otros, e dijo Oliveros:

—Señores, detengámonos aquí un poco y esperemos a Ricarte de Normandía y a Guy de Borgoña, por que nos fallemos juntos para dar batalla a los que de refresco vienen.

Mas no pudieron esperar tanto, ca llegaron presto los turcos que habían estado en la celada y los acometieron con mucho furor, y como los caballeros cristianos estaban sin lanzas, recelaron mucho los primeros encuentros, y iba Roldán y Oliveros delante, quasi como amparo de los otros, con los escudos en los brazos y las espadas en las manos, y en los primeros encuentros mataron el caballo a Roldán y un caballero le dio un gran golpe en el yelmo, y desde que vio alzar la espada a don Roldán quiso fuir, mas Roldán dio un salto y le alcanzó con Durandal en el hombro derecho y le fendió fasta los pechos, y deste golpe fueron maravillados sus enemigos y cobraron gran temor, y en poco tiempo derribó Roldán quince caballeros y otros tantos caballos. Y viendo un caballero el daño que Roldán hacía en ellos, queriéndole ferir a su salvo le tiró la lanza que llevaba, y Roldán desvió el cuerpo y saltó muy presto con el caballero (que más aparejado estaba para fuir que deseoso de esperalle) y le tomó por el brazo y le derribó en el suelo, y saltó muy ligeramente en el caballo y le tomó la lanza y empezó a discurrir a una parte y a otra derribando caballeros y caballos sin tener ordenanza alguna. Rogó a sus compañeros que no saliesen della y que esperasen a Guy de Borgoña y a Ricarte de Normandía, y él andaba por el campo mirando dónde estaban

los capitanes y los más principales del real, y fueron sus bravos golpes tan conocidos, que así iban huyendo sus enemigos dél como el ganado fuye del lobo. E armado Guy de Borgoña y caballero en un poderoso caballo, dijo a Ricarte de Normandía:

—Mirad, señor Ricarte, lo que face don Roldán: lo que él sólo face era mucho para cient buenos caballeros. ¿No veis cómo huyen delante dél los turcos? Vamos nosotros por aquí y atajaremos el camino a los que van huyendo y vengarme he dellos.

E tomaron los dos caballeros la delantera, y fizo Guy de Borgoña tan grande matanza dellos, que don Roldán estaba espantado, y muchas veces olvidaba el pelear por le ver ferir del espada, de manera que los que huían de Roldán caían en manos de Guy de Borgoña y de Ricarte de Normandía, y los que de ellos escapaban los rescibía don Roldán. Y llegado don Roldán a donde estaba Guy de Borgoña, le abrazó con mucho amor y le dijo:

—Pláceme, primo, que vos vengastes de vuestros enemigos.

—Mayor venganza fecistes vos en ellos, señor —dijo Guy de Borgoña.

Y estando en esto llegaron los otros nueve caballeros, y los abrazó todos Guy de Borgoña dándoles las gracias del trabajo que por él habían recebido. Viéndose libres de sus enemigos, dieron infinitas gracias a Dios, y mirando el campo, fueron muy maravillados del grande número de los muertos, y dijo Roldán:

—¡Alabado sea Dios, que ovo piedad de sus caballeros!

E después dijo Oliveros:

—Señor, vamos a consolar a Floripes y a las damas, que han recebido gran pena de vuestro mal.

Y Guy de Borgoña le respondió:

—¿Qué faremos en la torre sin vitualla? Más nos vale morir peleando en el campo que en la torre de hambre. Sigamos nuestros enemigos y tomarles hemos la provisión que tienen.

Y todos fueron deste acuerdo, e viendo Floripes de la ventana que iban adelante, llamó a muy grandes voces a Guy de Borgoña, y el noble caballero con todos los otros se llegaron al pie de la torre y hablaron a Floripes, que estaba muy alegre, y le dijeron cómo les complía seguir a sus enemigos, que ya levaban de vencida, por tomarles la provisión que tenían. Y despedidos della, siguieron al alcance de sus enemigos.

CAPÍTULO XLI. Cómo los caballeros cristianos tomaron todas las provisiones que fallaron en el real y cómo la torre fue con grandes ingenios combatida.

PUSIÉRONSE los caballeros en ordenanza y fueron en busca de sus enemigos, los cuales pensando descansar, muchos dellos habían dejado las armas, y viendo el almirante los cristianos, dio grandes voces a los suyos que se armasen y defendiesen las vituallas, e se allegaron todos a unas tiendas en donde tenían toda la provisión del real. E conociendo esto los caballeros, les dieron cruda guerra y mataron muchos dellos, y duró la batalla fasta la noche. Y cuando pensaron los turcos que los cristianos se retraerían, entonces les dieron mayor guerra, e como no osaban fuir, de miedo⁵⁶ del almirante, murieron tantos, que los cristianos estaban todos teñidos de sangre y cansados de ferir en ellos, y entraron en las tiendas y llevaron doce caballos cargados de pan y carne y caza y otras provisiones muchas. E volviéndose⁵⁷ con ellas para la torre

56.— Orig.: 'miedo'.

57.— Orig.: 'boluindo se'.

fallaron el cuerpo de Basín de Genebois su compañero, y lo llevaron a la torre, donde fueron con grande alegría rescebidos de las damas, especialmente Guy de Borgoña de su muy amada Floripes, la cual le tenía en sus brazos y no lo creía; tenía tanto placer, que no se podía hartar de lo mirar. Y dejándolo a él, se puso a los pies de don Roldán queriendo gelos besar, y los abrazó todos uno a uno dándoles muchas gracias por lo que por Guy de Borgoña habían fecho. E puestas las mesas, cenaron con gran placer.

No cumple decir de la pena y enojo que el almirante rescibió cuando supo que los cristianos estaban proveídos de vitualla, ca siempre tuvo pensado de tomallos de fambre, e renegando de sus dioses y maldiciendo la hora de su nascimiento y su mala fortuna, decía:

—¡Oh malaventurado viejo, olvidado de sus dioses y de toda su gente! No puedo creer que mi gente ose pelear contra estos caballeros. O ellos están encantados, que tan gran destrozo han fecho en los míos. ¡Oh ingrato Carlo Magno! ¿Cómo puedes olvidar los tan nobles caballeros? Por cierto, ninguna razón tienes de los olvidar, pues que tu corona es por sus grandes proezas muy honrada. Con estos doce podías dar guerra a todo el mundo, y yo con docientos mil no oso estar en el campo. ¡Oh cuánta merced me harían mis dioses si estos caballeros quisiesen vivir conmigo! Yo les perdonaría todo mi mal talante y les faría muy mayores mercedes de las que les face Carlo Magno.

Y estaba tan enojado que ninguno de los suyos no se le osaba parar delante, y estuvo toda la noche en estas quejas paseándose por su tienda. Venida la mañana, mandó llamar sus consejeros y les preguntó qué les parecía que se había de hacer, y ellos le dijeron que hiciese apercebir toda su gente y hiciese dar combate a la torre, que no tendrían ya los cristianos cosa alguna para se defender. Y luego fue fecho, mas los cristianos se defendieron varonilmente tirándoles piedras, ladrillos y tejas, e Floripes y sus damas estaban a las ventanas tirando osadamente a sus enemigos, y desto tenía gran enojo el almirante. E desque vido que el combate no le había aprovechado, antes había perdido de los suyos y había muchos descalabrados, tornó nuevamente a maldecir su fortuna y quejarse de sus dioses, y le dijo un caballero:

— Señor, creo que cuando los cristianos entraron en tu torre, que perdieron tus dioses todo su poder, pues que en ninguna cosa te ayudan.

El almirante le dijo que callase y no dijese tales palabras, y que creía que sus dioses aún le traerían los cristianos y a su fija en su poder.

CAPÍTULO XLII. Cómo la torre en que estaban los caballeros fue minada y cayó una parte della.



ESTABA muy enojado de los cristianos, y no menos de su hija, el almirante Balán, e buscando todos los modos que podía para se vengar dellos, mandó llamar un grande encantador que en su tierra estaba, y venido, le dijo si sabría dar algún modo para ganar la torre, y él le dijo que sí, y que otro día por la mañana mandase apercebir su gente para resistir a los caballeros si de la torre saliesen, ca en muy poco tiempo haría arder toda la torre.

E venida la mañana y apercebida toda la gente del real e venido el encantador, que se llamaba Mabron, hizo súptitamente encender las cuatro esquinas de la torre, y ardían maravillosamente. E cuando los cristianos vieron arder la torre armáronse prestamente para salir, y Floripes les dijo que se estuviesen⁵⁸ quedos, que ella sabía bien cómo se hacía aquel fuego, y diciendo ciertas palabras lo hizo morir. E bien conoció el almirante que aquello hiciera Floripes, y juró a sus dioses de la hacer quemar.

E mandó a su encantador y a otros hombres ingeniosos que buscasen otros ingenios para combatir la torre, y mandaron hacer grandes reparos con mucha madera, y puestos sobre unas ruedas, los llevaron al pie de la torre para se guardar de las piedras y dieron otro combate. Y como los caballeros no tuviesen qué les tirar, concertaron de salir a sus enemigos, y Floripes les dijo que esperasen un poco, y bajó en un sótano donde estaba el tesoro de su padre y trajo grandes piezas de oro y de plata y dijo a los caballeros que tirasen con ellas, que también matarían a quien acertasen como las piedras. E después les trajo todos los ídolos y dioses, y otras grandes piezas de vajilla, que eran todos de oro fino y plata, y los cortaron todos en piezas y con ellas tiraban a sus enemigos, e cuando los turcos vieron tanto oro y plata olvidaron el combate por tomar dello, y sobre ello hubo grande matanza entre ellos, e mandó el almirante cesar el combate y recoger la gente, diciendo que dello se le seguían dos daños: ca muría su gente y perdía sus tesoros. E recogida la gente, mandó curar de los heridos y dijo a los otros que descansasen la noche y en la mañana volviesen al combate e con los ingenios y reparos fuese minada la torre.

58.- Orig.: 'estuuissen'

E venida la mañana fue puesto por obra, y minaron tanto, que dieron con una esquina de la torre en el suelo. E Floripes tomó otros tesoros y con ellos tiraba por las ventanas, y sobre ellos hubo grande batalla entre los turcos, y entró el almirante, caballero en un poderoso caballo, y los metió en paz, e mandó pregonar que so pena de muerte ninguno fuese osado de se abajar por ningún oro ni plata ni otra joya que de la torre fuese tirada, e les mandó secretamente que reposasen el día y que en la noche minasen la otra esquina de la torre.

E venida la noche, estando Floripes en la ventana vido llevar ciertos manjares al mastresala y consideró que el almirante estaba cenando, y lo dijo a Guy de Borgoña, y él dijo a Roldán:

— Señor, toda la gente está sosegada y el almirante estará cenando: a buen tiempo llegaríamos para le dar mala cena en pago del combate.

E acordaron todos de salir, y después de bien armados, caballeros en sus caballos entraron en sus enemigos, que descuidados estaban de su venida, y dellos se pusieron en defensión, dellos fueron fuyendo hasta la mesa del almirante, que estaba cenando con el rey Explorante, sobrino suyo, el cual nuevamente era venido de allende con mucha gente en favor suyo. Y el rey fue prestamente armado de muy lucido arnés y un yelmo muy rico, y caballero en un poderoso caballo y una gruesa lanza en la mano, él delantero de todos los suyos, salió dar batalla a los cristianos. Y topó primeramente con Roldán y quebró la lanza en su escudo y luego echó mano a la espada; mas Roldán le dio tal golpe en la cabeza, que le cortó el yelmo hasta la carne y cayó del caballo atordido, e uno de los suyos dio grandes voces diciendo:

— ¡Socorred, caballeros, que el rey Explorante es derribado del caballo!

E oyendo esto don Roldán, le tomó por un brazo y le llevó rastrado fasta la torre, y los otros le siguieron pensando que llevaba al almirante.

CAPÍTULO XLIII

*Cómo los Doce Pares de Francia ordenaron que el uno dellos fuese a hacer saber a Carlo Magno el peligro en que estaban.*⁵⁹



HABIENDO estado los caballeros tanto tiempo en la torre sin socorro alguno, desconfiando ya del socorro de Carlo Magno estaban muy tristes, y dijo el duque Naymes:

—Señores,⁶⁰ el emperador Carlo Magno no debe saber adónde estamos, y no dudo que no tenga tanta congoja de nuestra ausencia cuanta nosotros tenemos en esta torre, y si de uno de nosotros no es informado, jamás oirá nuevas de nós, ca este lugar es muy desviado y por él nunca aporta cristiano, y allende desto, el almirante habrá mandado guardar los pasos por que nadie lleve las nuevas a los cristianos. Por ende, me parecía buen consejo que el uno de nós se partiese secretamente para Carlo Magno, ca sin duda si él supiese adónde estamos, él vendría con todo su poder a nos buscar.

E Guy de Borgoña le respondió:

—Señor duque, por demás es hablar en eso,⁶¹ ca es imposible pasar hombre alguno si no fuese volando. Vos veis toda la tierra cubierta de turcos y sabéis que no puede nadie pasar a tierra de cristianos sino por la puente de Mantrible, y sabéis las fuerzas y las guardas que en ella hay: ved, pues, cómo pasará un hombre solo, ni aun muchos, sin gran peligro.

E viéndolos Floripes estar muy tristes en estas razones, les dijo:

—Señores, es de pensar que Carlo Magno sabe dónde estáis, aunque no sabrá de la necesidad que tenéis, ca bien supo cómo los cinco fuistes presos cuando Oliveros venció a Fierabrás mi her-

59.— Aquí arranca el tercer libro en la versión de Jean Bagnion.

60.— Orig.: 'Señor.'

61.— Orig.: 'esse.'

mano e los otros venistes por su mandado con embajada al almirante. E con otros negocios o por falta de gente no habrá podido venir en vuestro socorro, mas no creáis que os tiene olvidados. Por ende, no vos fatiguéis y esperad aún algunos días, e si no vos viene socorro, cualquier partido fará el almirante con vosotros por rescatar este rey que tenéis preso, ca lo quiere mucho y es hijo de su hermana y es señor de grandísima renta.

E pareció muy bien a todos lo que Floripes les dijo, y esperaron algunos días, e viendo Roldán que la vitualla se apocaba y que socorro no les venía, dijo que quería ir a Carlo Magno y con la ayuda de Dios les traería muy presto socorro, y el duque Naymes le dijo:

— Señor Roldán, más vale que cualquier de nosotros vaya, que vos sois nuestra guía y nuestro capitán, y si los turcos supiesen que no estábades con nosotros, darnos hían mayor guerra de la que nos han dado, y podríamos peligrar. Por ende, si vós queréis, yo iré de buen grado.

E así, cada uno con muy sanas entrañas se ofrescía a tan grande peligro por traer socorro a sus compañeros, rogando todos que en ninguna manera no fuese don Roldán. E no sabiendo determinadamente a quién habían de enviar, dijo Ricarte de Normandía:

— Señores, yo tengo un fijo, como sabéis, que ya trae armas y según sus principios será buen caballero, y si por caso muriere o fuere preso en este camino, tengo quien me vengue. Por ende, esme más conveniente la ida que a ninguno de vosotros, y si vós mandáis, me pondré luego en camino, por que antes que vos falte la provisión vos pueda traer socorro.

E así, concluyeron que fuese, aunque a todos pesaba por el grande peligro a que se metía. Y dijo Ricarte de Normandía que en⁶² la noche calladamente se saldría de la torre y tomaría su camino para la puente de Mantrible, e Roldán le dijo:

— Señor Ricarte, no creáis que estén los turcos las noches sin velas. Por ende, en amanesciendo saldremos todos juntos y los acometeremos varonilmente, y desque los viéredes metidos en la batalla, desviaros heis y tomaréis vuestro camino, y yo les daré tanto que hacer, que no tendrán lugar de seguimos.

E se levantaron los⁶³ caballeros dos horas antes que amanesciese, y después de bien armados abrazaron todos a Ricarte de Normandía con grande amor, encomendándole a Dios que le quisiese guardar de todo peligro. E fue el buen Ricarte de Normandía a despedirse de Floripes, y ella con abundancia de lágrimas le abrazó muchas veces, y sacó el cofre y le mostró las sanctas reliquias, y se humilló muy devotamente e derramando infinitas lágrimas se encomendó a su Criador.

Y despedido de Floripes y de las damas, abajó a donde los otros caballeros le estaban esperando, e cabalgaron en sus caballos y salieron de la torre y fallaron toda la gente del rey Esplorante guardando la salida de la torre y se comenzó una muy cruda batalla, y hicieron tanto los cristianos, que los hicieron retraer hasta las tiendas donde estaba el almirante, mas no sin gran trabajo. Y se metió tanto Ricarte de Normandía en la batalla, que cuando quiso salir para meterse en camino no podía, y no cesando de ferir en sus enemigos, dio una grande voz por que supiesen sus compañeros dónde estaba, y oyéndole Oliveros, se entró como ferocísimo león entre los turcos y en poco rato le fizo camino por donde pasase. E viendo Ricarte de Normandía que ya quería amanescer y que tenía lugar oportuno, se puso en camino para tierra de cristianos

62.– Suplo 'en'.

63.– Orig.: lon'.

CAPÍTULO XLIII. Cómo el rey Clarión siguió a Ricarte de Normandía, y cómo Ricarte le mató y tomó su caballo.



PUESTO en camino Ricarte de Normandía, hubo de meterse por un monte, desviándose de todo camino por la multitud de los turcos que venían al real del almirante, y como subiese por un puerto siendo ya de día claro, fue visto de los turcos, e sabiéndolo el rey Clarión, mandó presto apercebir toda su gente para seguille.

E cuando Ricarte de Normandía estuvo encima del puerto, no sabiendo que nadie le seguía se apeó del caballo, que venía muy cansado, y le tiró el freno por que paciese, y estando arrimado en un árbol con crecida congoja, así por el peligro que esperaba en pasar la puente de Mantrible como por dejar sus leales compañeros cercados de tanta multitud de turcos, vido al rey Clarión caballero en un poderoso caballo mirando a todas partes si le vería. E sintiendo el caballo de Ricarte de Normandía las pisadas del caballo del pagano, se fue muy presto cabe su señor para que cabalgase, y Ricarte le enfrenó y cabalgó en él. E venía el rey Clarión muy lejos de los suyos, y cuando vido a Ricarte de Normandía le dijo:

—Juramento hago a mis dioses, cristiano, de volverte al almirante, y no tendrán tus compañeros espacio de te socorrer como hicieron al otro que llevábamos a la horca.

Y Ricarte le dijo:

—¿Con toda tu gente no me podiste prender ni hacer daño, y solo me piensas de llevar al almirante?

Y el rey Clarión le dijo:

—Al pie del puerto dejé cuatro mil hombres de pelea que muy presto serán aquí; por ende, deja las armas y vente conmigo, que imposible es escapar de nuestras manos.

Ricarte de Normandía le dijo:

—Mientras los tuyos vienen, piensa de ser buen caballero.

E abajadas las lanzas se encontraron con grandísimas fuerzas y corazón, y de los encuentros el caballo de Ricarte de Normandía, que muy cansado estaba, cayó en el suelo, mas luego fue el caballero en pie con la espada en la mano, y dio tal golpe al rey Clarión, que de su escudo hizo dos partes. E sintiendo Ricarte las pisadas de las gentes del rey Clarión, le dio tan grande golpe en el

brazo derecho, que la espada le hizo saltar de la mano, y le asió de un brazo y le sacó de la silla y le cortó la cabeza y saltó en su caballo, que más descansado estaba que el suyo.

Y era este caballo maravillosamente bueno, y era de la cabeza hasta medio cuerpo muy blanco con unas pecas bermejas, y de medio cuerpo atrás bayo con unas pecas negras, y tenía el pelo largo como el dedo, y la cabeza pequeña y los ojos grandes y blancos; las orejas, muy cortas y redondas; las narices, muy romas; las ventanas, muy abiertas y de la parte de dentro muy coloradas, que parecía que echaba sangre por ellas; el pescuezo, muy ancho y corto; la silla, de marfil muy ricamente labrada; la cola, no muy larga, y las sedas della gordas y al cabo muy esparcidas, que cuando corría parecía que traía una grande ala. Y era muy ligero, que por correr diez leguas a rienda suelta jamás le vieron sudado ni cansado. E cuando se vido caballero en aquél caballo quiso matar el suyo por que no quedase en poder de los paganos, y después dijo:

—Buenos servicios he recibido de ti: no es razón de darte mal galardón. Dios te lleve en poder de cristianos. Mucho me pesaría que cabalgase en ti moro alguno, ca pocos caballos hay en el mundo mejores que tú.

Y sintiendo el ruido que traían los del rey Clarión, sin seguir camino alguno comenzó andar facia la puente de Mantrible. Y su caballo se volvió por donde había venido, y cuando la gente del rey Clarión le vieron pensaron que Ricarte de Normandía era muerto y le quisieron tomar, mas no pudieron. y pasó por el real de los paganos sin que le pudiesen tomar ni osasen llegar a él. E cuando el almirante le vido, dijo:

—¡Oh muy noble rey Clarión, mi muy amado sobrino, en grande merced te tengo lo que hoy has fecho por mí: mataste al mensajero de los cristianos, del cual nos podía venir gran daño si al emperador Carlo Magno llevara las nuevas de sus barones!

Y el caballo no paró fasta la puerta de la torre, y cuando le vieron los cristianos, con muy congojoso llorar abajaron a le abrir y luego entró. Y dijo el duque Naymes (con tanto dolor que cuasi no podía pronunciar la palabra):

—¡Oh noble Ricarte de Normandía, nuestro especial amigo, mucho me pesó de tu partida, y mucho más de las malas nuevas que tu caballo nos trajo! Dios por su piedad quiera recibir tu ánima en su sancta gloria.

E Roldán dijo:

—¡Oh mi leal amigo, mucha culpa tengo en tu muerte por haber consentido en tu partida habiendo tan grande peligro en ella! Mucho mejor nos fuera esperar el socorro de Dios, pues que el de Carlo Magno no venía. Mas de una cosa eres seguro: que tu muerte será bien vengada. No volveré jamás en la torre ni Durandal meteré en la vaina fasta que al viejo almirante corte la cabeza.

CAPÍTULO XLV. Cómo la gente del rey Clarión falló a su señor muerto en el campo y cómo lo llevaron al real del almirante.



CORRIENDO la gente del rey Clarión en pos de Ricarte de Normandía fallaron a su señor muerto en el campo y hicieron gran llanto por él, e así, llorando amargamente su muerte le llevaron al real y dejaron de seguir a Ricarte de Normandía. E llegados al real, oyó el almirante los grandes llantos que facían, y así a pie y armado como estaba los salió a recibir y llorando amargamente les preguntó por su sobrino el rey Clarión, y le respondió un caballero (que de la muerte del rey Clarión tenía gran pesar):

—Señor, en fuerte hora venimos en tu socorro, y en peor seguimos el mensajero de los cristianos: tú perdiste tu especial capitán el rey Clarión, y nosotros perdimos a nuestro natural señor.

Antes que el caballero acabase de hablar cayó el almirante de su estado amortescido, y estuvo gran rato más muerto que vivo, por lo cual se hizo muy doloroso llanto por todo el real. E oyendo los caballeros cristianos que estaban en la torre los grandes gritos que daban los del real, salieron a las ventanas por saber qué cosa era, y Floripes entendió luego que el rey Clarión era muerto, y con grande placer lo dijo a Guy de Borgoña y a los otros caballeros, y dieron todos gracias a Dios por ello y fueron muy alegres con esperanza de socorro.

E tornando en sí el almirante, tirando con rabia de sus cabellos y barbas maldiciendo sus dioses y amenazando a los cristianos, mandó llamar un correo llamado Orages y le dijo:

—Ya sabes cómo el que mató al rey Clarión es ido con mensaje al emperador Carlo por lo informar de la necesidad en que están sus barones, y según el gran poder de Carlo Magno, gran daño nos puede venir desto. Por ende, te mando que muy presto lleves mis cartas a Galafre, guarda de la puente de Mantrible, y le dirás que estoy muy enojado dél porque dejó pasar los siete caballeros de Carlo Magno que tan grande daño nos han hecho, y que se guarde bien de dejar pasar al mensajero que hoy se partió de aquí; y si no, le haré enforcar de la ventana de la torre. E tú has de ir muy prestamente, por que llegues a la puente antes que el mensajero de los cristianos.

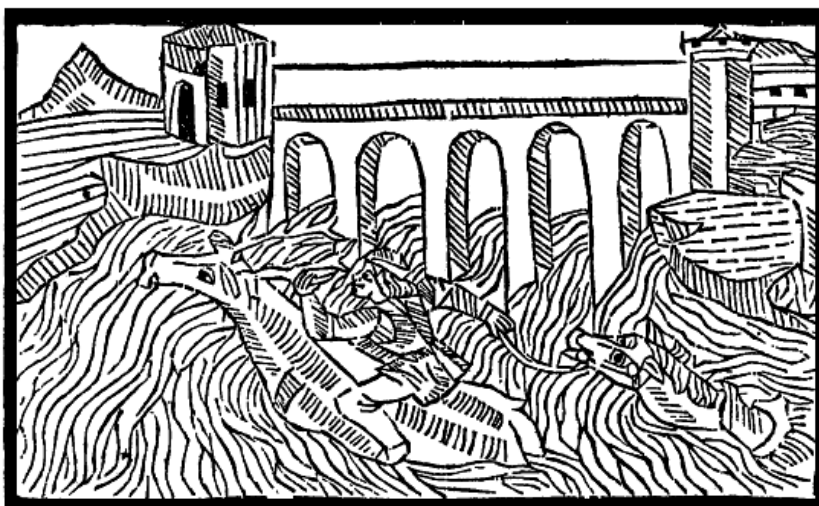
—Señor —dijo Orages—, deso pierde cuidado, que yo llegaré antes que él, aunque lleva buen caballo.

E llegado a la puente de Mantrible, dijo a Galafre:

— Señor Galafre, yo soy mensajero del muy poderoso y muy temido señor el almirante Balán, el cual te manda, so pena de perder la vida, no dejes pasar un cristiano que ha de venir por aquí y lleva cartas al emperador Carlo Magno de unos caballeros suyos que están cercados. Y allende desto, está muy malcontento de ti, por cuanto dejaste pasar estos días pasados ciertos cristianos que le han fecho grandes daños.

Cuando Galafre oyó el mensajero y leyó las cartas del almirante subió encima de la torre y tañó una bocina, y en muy poco tiempo se juntaron a la puente de Mantrible tres mil turcos armados, caballeros y peones, y salió con ellos por todos los caminos buscando al mensajero.

CAPÍTULO XLVI. Cómo Ricarte de Normandia pasó el río de Flagot milagrosamente mediante un ciervo blanco que le guio.



RICARTE de Normandía, mensajero de los cristianos que quedaban en la torre, estaba muy deseoso de llevar socorro a sus compañeros, y por eso temía mucho la pasada de la puente, y estando de diversos pensamientos combatido, andando todavía adelante sintió pisadas de caballos y grande bollicio de gente, e mirando a una parte y a otra vido grande número de la gente de Galafre, y con crescida congoja se desvió dellos diciendo:

— ¡Oh Jesús, rey de gloria, en esta hora te suplico que seas en mi guarda por que mediante tu gracia pueda traer socorro a tus caballeros que de tantas angustias deo cercados! El río es muy crescido y las guardas de la puente son muchas, por donde conosco que sin tu ayuda ni a mis compañeros llevaré consuelo ni podré evitar la muerte.

E diciendo esto vido delante sí diez caballeros armados que a grandes voces le amenazaban de le dar la muerte diciendo que no le aprovecharía el ligero caballo del rey Clarión. E queriendo apartarse de la batalla, pensó el buen Ricarte de fuir, confiando mucho en la ligereza del caballo; mas considerando que la puente no podría pasar, ni por el río menos, y⁶⁴ volver atrás no le era lícito ni honroso, con magnánimo corazón, cubierto con el escudo, apretando la espada en el puño remetiéndose para ellos, y le encontró un caballero con una gruesa lanza y la quebró en su escudo sin que Ricarte de Normandía hiciese ninguna mudanza en la silla. E iba su caballo con tanta impe-

64.- Suplo 'y'.

tuosidad, que hubo de juntar con el caballo del turco y dio con él y con el caballero en el suelo, y vuelto para los otros, dio al uno tan gran golpe en la cabeza, que le fendió el yelmo y la cabeza fasta los dientes, y deste golpe fueron muy espantados los otros, y Ricarte de Normandía los⁶⁵ dejó y guio para la puente de Mantrible.

E vido⁶⁶ de lejos cómo la entrada de la puente estaba guardada de más de tres mil turcos, y sin que ellos lo viesen se metió en una isla que estaba a orilla del río pensando qué modo tendría para pasar. Mas Nuestro Señor Dios, que jamás olvida a los suyos ni deja desconsolados a los que con sanas entrañas le piden consuelo, le envió un ciervo blanco que delante dél se metió en el río y pasó a la otra parte, y después se volvió a mirar a Ricarte de Normandía, y viendo que no se osaba meter en el río, volvió otra vez a la otra parte y se llegó al caballo y paso a paso se metió otra vez en el río. E Ricarte de Normandía se encomendó en Dios de muy devoto corazón y se metió en el río siguiendo el ciervo y sin peligro alguno pasó a la otra parte. E cuando los paganos que estaban encima de la torre lo vieron pasar dieron grandes voces a Galafre, y cuando Galafre le vido a la otra parte del río fue muy triste, e mandó luego abrir las puertas y que siguiesen a Ricarte fasta que lo alcanzasen, «ca si él entra en la tierra de cristianos, nosotros no osaremos⁶⁷ jamás parescer delante el almirante Balán».

Mas cuando Ricarte de Normandía se vido de la otra parte del río, dando muchas gracias a Dios guio para tierra de cristianos sin ningún miedo de los paganos.

E agora dejaré de hablar de Ricarte de Normandía y de sus compañeros que quedaban en la torre, y del almirante Balán, y hablaré del emperador Carlo Magno y de su gente, que todavía estaba en Mormionda.

CAPÍTULO XLVII. Cómo Carlo Magno quiso volver para Francia por consejo de Ganalón y de sus parientes.

ESTANDO Carlo Magno en Mormionda en gran tristeza porque no sabía nuevas de sus barones, mandó llamar a Ganalón y a Geofre de Altahoja, Alberto y Macayre y otros muchos, y entre ellos vino el duque Regner, padre de Oliveros, a los cuales dijo:

—Señores, y amigos míos, yo estoy en grande congoja metido, y no es menester deciros la causa. Verdaderamente, si yo no sé de mis barones, yo propongo de dejar la corona imperial y todo el gobierno, ca hombre que tan desdichadamente perdió tales caballeros no meresce⁶⁸ reinar. Por ende, vos ruego que cada uno me diga su parescer del modo que se ha de tener para saber de los caballeros.

E desto plugo mucho a Ganalón (aunque mostraba que le pesaba), y le dijo:

—Señor emperador, si tú me das licencia yo diré mi parescer.

Y Carlo Magno le dijo que dijese.

—Señor, de mi consejo no pasarás más adelante, antes harás levar⁶⁹ todas las tiendas y cargadas en sus acémilas, las enviar adelante, y después nos iremos nosotros poco a poco. Y por las ánimas de tus caballeros harás decir misas, que los cuerpos no creas que son vivos. Y vueltos a tierra de cristianos, allegarás más gente y después volveremos a a vengar la muerte del noble Roldán y de los otros caballeros. E has de creer que Balán tendrá la mayor parte de Turquía allegada por vengarse de ti por el vencimiento de su hijo Fierabrás. Y esta es mi opinión, y creo que te doy sano consejo.

65.— Orig.: 'lo.'

66.— Orig.: 'viendo.'

67.— Orig.: 'asaremos.'

68.— Orig.: 'merescer.'

69.— Orig.: 'llevar.'

Cuando Carlo Magno oyó las razones de Ganalón, puesta la mano al carrillo, arrimada la cabeza a ella, estuvo gran rato sin poder hablar palabra, y después esforzándose cuanto podía, decía entre sí: «¡Oh desdichado rey! ¿Qué farás? Si tú te vuelves sin vengar la muerte de tus barones serás para siempre deshonorado: dirá la gente que mejor supiste enviarlos donde perdieron las vidas que vengar sus muertes. Si sin tomar venganza del almirante me vuelvo a tierra de cristianos, ¿cuál caballero tendrá deseo de servirme? ¿Quién se meterá en peligro alguno por mí, pues que los que no tuvieron en nada perder las vidas por mi servicio son tan presto olvidados? Ni yo tendré razón para les mandar cosa alguna de afrenta ni ellos serán de culpar aunque dejen de hacella. ¿Cómo hablaré a los parientes de los muertos caballeros, que con tanto placer me solían salir a recibir? ¿Qué dirán sino que los llevé donde perdiesen las vidas y después de muertos di luego vuelta buscando mi guarida? ¡Oh viejo sin ventura, cómo no consentió la fortuna que tomases la muerte con ellos por que con mengua y deshonor vivieses estos pocos días que te quedan! ¡Oh mis leales caballeros, cuánta razón tengo de lloraros, ca allende de lo que pierdo en perderos, cada uno de vós era más digno de la corona imperial que yo! Por vosotros tenía corona y honra; por vós era temido de cristianos, judíos y paganos; vós érades los firmes pilares que tenían en pie todo el imperio, y vuestras espadas y vigorosos brazos las fortalezas de todos mis reinos. En perderos perdí todo consejo y favor. No sé con quién comunique la crecida pena que siento; no tiene a quien pida consejo el desconsolado viejo. Con vós tenía todos los bienes del mundo, y en perderos perdí toda la esperanza y alegría que tenía y solo me quedé, desamparado de todo el mundo salvo de tristeza, a la cual ruego afincadamente acorte estos mis tristes días, pues no veo razón para querer vivir sin vuestra leal compañía. ¡Oh paganos! ¡Si sabéis cuánto ganastes en la muerte de los caballeros? En aquel día cesaron todos vuestros temores; aquellos cuyos solos nombres vos espantaban y hacían volver rienda en la mayor priesa de la batalla ya no vos irán sacar de vuestras fortalezas. De mi grande pérdida redundan a todos los infieles descanso y grande seguridad de sus vidas, y estando mis nobles caballeros en mi corte sonaban los grandes golpes de sus tajantes espadas en el corazón de toda Turquía».

Y después que hubo razonado esto entre sí, esforzándose cuanto pudo levantó la cabeza, y arrimado a la silla dijo a los caballeros que presentes estaban:

—Señores, ya habéis oído el consejo que me dio Ganalón, y no me parece que lo debo tomar, ca es contra mi honra. E quería que vosotros dijésedes vuestro parecer, por que oídas vuestras voluntades se tomase el más sano consejo y que menos detrimento trajese a nuestras honras.

Entonces un caballero llamado Macario, y Auberín y Geofre y otros caballeros del linaje de Ganalón y conformes a su condición, le dijeron:

—Señor muy poderoso y temido emperador, Ganalón ha hablado cuerdamente y te da buen consejo. Y de pasar adelante no fagas cuenta, ca en tu compañía están más de diez mil hombres que después que han sabido de la muerte de don Roldán, que era su capitán y su guía en las grandes afrentas, han fecho juramento de no pasar de aquí aunque tú gelo mandes.

E Carlo magno dio un grande suspiro diciendo:

—¡Oh verdadero Dios, en quien siempre hallé remedio en mis tribulaciones, no desampares el triste viejo de tantas angustias rodeado! El consejo destes caballeros no me puede parecer bueno.

Entonces Regner de Genes, padre de Oliveros, dijo:

—Señor, los que este consejo te dieron no te quieren bien ni desean tu honra, y si alguno dejare de seguirte, será del linaje de los consejeros, mas los que desean el ensalzamiento de tu imperial corona, ni te darán tal consejo ni dejarán de seguirte.

E Albery, pariente muy cercano de Ganalón, le dijo.

—Regner, si no estuviésemos delante del emperador yo haría que vos costase caro lo que decís, ca vos mentistes en ello.

E Regner le dio tan gran golpe con el puño, que dio con él en el suelo, y hubiera grande mal entrellos si el emperador no se metiera en medio, ca se fallaron del linaje de Ganalón más de seiscientos hombres armados. E Fierabrás que presente estaba, echó mano a la espada y dijo:

—Juramento fago al bautismo que he recibido que si se mueve alguno para enojar al duque Regner, que le mostraré cómo corta mi espada.

Y el emperador mandó que estuviesen quedos so pena de perder la vida, y les dijo:

—Ya siento la falta de mis caballeros: en ver vosotros que estoy sin ellos me tenéis en poco y no me catáis honra alguna y vos atrevéis a hacer demasías delante mis ojos.

Y Fierabrás le dijo:

—Señor, suplicote que esto que agora ha pasado sea perdonado; mas de aquí adelante ten tu gente en justicia y castiga a los que erraren. Y a mí tendrás, mientras viviere, por firme poste de tu honra.

E Carlo Magno le dijo qué le parecía: si se volvería o si iría adelante, y él le dijo:

—El volver es bueno para que descanse tu persona, mas no para acrescentar tu honra.

Entonces dio Carlo Magno un gran suspiro y dijo:

—Al todopoderoso Dios encomiendo mis fechos, al cual prometo de no volver jamás a tierra de cristianos hasta que sepa nuevas ciertas de mis barones.

E habido su consejo, fue ordenado que fuesen algunos caballeros al reino de Francia con sus cartas para allegar más gente, y mandó al duque Regner que tomase la compañía que él quisiese y aderezase la partida

CAPÍTULO XLVIII. Cómo Ricarte de Normandía llegó al ejército del emperador Carlo Magno.



QUERIENDO Carlo Magno enviar a tierra de cristianos por gente, y estando el duque Regner con su compañía aderezados para la partida, un caballero vino al emperador Carlo Magno y le dijo cómo venía a gran priesa un caballero de tierra de moros, y que creía que traía embajada del almirante Balán. E Carlo Magno salió prestamente

al camino, y el duque Regner con él, y vieron de lejos a Ricarte de Normandía, armado de todas armas, caballero en el caballo del rey Clarión, y el duque Regner dijo:

—Este que aquí viene es cristiano, que los turcos no cabalgan desa manera.

E allegándose más Ricarte de Normandía, dijo Carlo Magno:

—Éste parece en su aire a Ricarte de Normandía.

E llegado el caballero delante el emperador, saltó muy presto del caballo y hizo acatamiento a su señor, y Carlo Magno le dijo:

—Mi caballero y mi amigo, vos seáis bienvenido. ¿Qué es de Roldán y de Oliveros y de los otros vuestros compañeros? ¿Cómo venís solo? ¿Son muertos o están en vida?

E Ricarte de Normandía le dijo:

—Señor, da gracias a Dios que de infinitos peligros los ha librado, y están vivos y sanos no muy lejos de Aguas Muertas, en una fuerte torre cercados de más de cien mil paganos, y está con ellos la muy virtuosa dama Floripes, hija del almirante Balán, mediante la cual somos vivos, que sería muy largo de contar lo que por nós ha hecho. Y tiene las reliquias que tú buscas tanto tiempo ha, todas en su poder, y otros infinitos tesoros, y te suplica, así ella como los caballeros, que te plega de les dar socorro, y está Floripes con grande deseo de recibir el sancto baptismo. E si tú ganas Aguas Muertas y aquella torre, podrás en poco tiempo ganar la mayor parte de aquella tierra.

Gran consuelo recibió Carlo Magno con estas nuevas, y dijo que Ganalón y sus parientes eran traidores, que «por que muriesen los caballeros trabajaba de me hacer volver», y dijo:

—Dime, Ricarte, ¿tienen mis caballeros provisión alguna en la torre? ¿Podrán pasar cinco o seis días?

Y él le dijo que tendrían vitualla para seis días y no más, «y la provisión que ellos tienen tomamos en el mismo aposentamiento del almirante a pesar de todo su real: si pasamos trabajo, tú lo puedes pensar».

E Carlo Magno le preguntó qué hombre era el almirante, y él le dijo:

—El almirante es muy feroz de fecho y de gesto y valiente de persona, muy enemigo de los cristianos, y es muy temido y obedescido de los suyos. La gente es mucha a maravilla, y no diestra en las armas. E para pasar Aguas Muertas hay un paso muy malo y muy peligroso que se llama la puente de Mantrible, y el río es muy crecido a maravilla y se llama Flagot. La puente es muy fuerte, con dos torres de mármol y sus puentes levadizas, e tiene la guarda de la puente un gigante muy espantable; en su compañía tiene tres mil paganos para guardar la puente, de manera que por fuerza no pasara todo el resto del mundo; mas usaremos de sotileza.

Y Carlo Magno le dijo:

—¿Qué industria tendrás para pasar?

Y Ricarte le dijo:

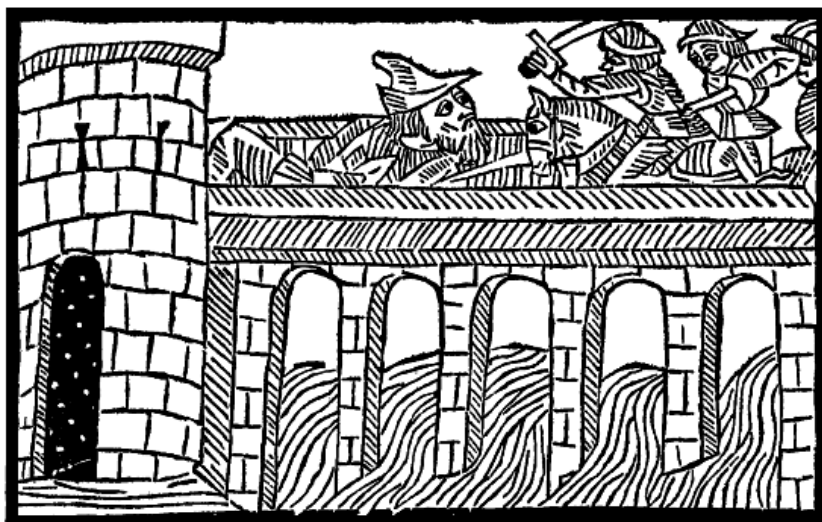
—Señor, iremos cincuenta de nosotros bien armados, y encima las armas sendas capas largas, como mercaderes, y levaremos cuarenta acémilas cargadas de fardeles que parezcan de mercadería, y tú estarás con la otra gente en un monte que está cerca de la puente, y pensando las guardas que llevamos mercadería, abrirán la primera puerta y pedirán sus derechos, y entonces dejaremos las capas y les daremos batalla, y con una señal que faremos vendrás luego con tus caballeros y con el ayuda de Dios ganaremos la puente y daremos socorro a tus nobles caballeros, que están esperando.

Este consejo y avisación pareció muy bien a Carlo Magno y a los otros caballeros, y el duque Regner abrazó a Ricarte de Normandía con grande amor, y Ricarte de Normandía le contó lo que su hijo Oliveros había pasado en la torre y los beneficios que de Floripes, hija del almirante Balán había recibido.

E mandó el emperador Carlo Magno a los caballeros que ficiesen aderezar sus armas, y asimismo a los peones, y a los capitanes que proveyesen de armas a los que no las tenían, y mandó

asimesmo alzar todas la tiendas y que todos estuviesen apercebidos para la partida, e dijo a Ricarte de Normandía que ficiese lo que había ordenado. E Ricarte de Normandía fizo hacer muchas balas del fardaje del real y las fizo atar como balas de mercadería y cargó cuarenta acémilas, y rogó al duque Regner y a Hoel de Nantes que quisiesen tomar setenta caballeros escogidos, y el duque fue muy contento dello. E armados los caballeros, les dio Carlo Magno sendas capas para cubrir las armas y se pusieron en camino para la puente de Mantrible, y iba delante el duque Regner y Ricarte de Normandía y luego las acémilas con alguna gente de pie y después toda la otra gente. Y el emperador mandó alzar todas sus banderas y estandartes y, puesta la gente en ordenanza, se metió asimesmo en camino.

CAPÍTULO XLIX. Cómo por industria de Ricarte de Normandía fue ganada la puente de Mantrible, y del gigante Galafre, que tenía cargo de guardar aquella puente.



HUBO el emperador tal modo, que se metió en el monte de noche, por que no le viesen de las torres de la puente de Mantrible, y Ricarte de Normandía y Hoel de Nantes y el duque Regner se fueron con las acémilas cargadas para la puente, e cuando sus compañeros de Ricarte vieron las fuerzas de la puente y la grandeza del río fueron muy maravillados, ca por fuerza no la tomaría todo el poder de los cristianos, y Ricarte de Normandía dijo:

—Dios nos quiera guardar, ca nos cumple hoy haber batalla con el más espantable gigante del mundo y con tres mil paganos que no se apartan de su compañía para guardar la puente.

Y el duque le preguntó cómo pasara cuando iba con Roldán y los otros a llevar embajada al almirante, y Ricarte le contó la manera que el duque Naymes había tenido, *y riéronse todos dello*. Y llegados ya a la puente, dijo Ricarte de Normandía:

—Señores, yo seré el primero, con vuestra licencia, y abriendo la guarda la primera puerta entrareis vosotros, y cuando me vierdes echar la capa, vos ruego que no seáis perezosos de echar las vuestras. Y procurad todos de ser buenos caballeros, ca será bien menester.

Y ellos le dijeron que ningún recelo tuviese de eso, ni tampoco dejar de ser señor de la puente si una vez entraban en ella. E luego lo vio Galafre el gigante y abrió un pequeño postigo de la primera puerta, y tenía en su mano derecha una hacha de armas muy gruesa y muy aguda, y era muy grande y fornido a maravilla; los ojos, muy grandes y muy salidos y vueltos en sangre; las narices, anchas y romas; la boca, grande y los labrios muy gruesos y muy negros, que más parecía diablo que criatura humana. Tenía las piernas muy gruesas y los pies tuertos, y alcanzaba grandísimas fuerzas y estaba día y noche armado. Y era muy querido del almirante Balán y dél se fiaba mucho, y era condestable de aquella tierra y era muy cruel, especialmente con los cristianos.

E abierto el postigo, dijo a Ricarte de Normandía:

—Dime, hombre, ¿qué buscáis por esta tierra y qué es lo que lleváis allí?

Y Ricarte mudó el lenguaje, por que no le tuviese por francés, y díjole:

—Señor, somos mercaderes que venimos de Tarascón, y traemos paños de todas suertes y querríamos llevarlos a Aguas Muertas para vender dellos, y traemos otras joyas para presentar al almirante Balán. Y si vos nos mostrásedes el camino os daríamos de nuestra mercadería, ca no sabemos los pasos desta tierras y ninguno de nós no ha pasado otra vez por aquí.

Y Galafre le respondió:

—Sabed que yo tengo cargo de guardar esta puente y todos los otros pasos desta tierra, y no ha mucho tiempo que siete traidores, vasallos de Carlo Magno, me burlaron malamente diciendo que llevaban embajada al almirante y me dieron a entender que traían el tributo que se ha de pagar. Y los dejé pasar y han fecho gran daño y enojo al almirante Balán, mas ellos están en lugar que pagarán lo que han fecho, ca están cercados en una torre de más de cient mil turcos. Y anteyer se escapó uno que creo tenía el diablo en el cuerpo, ca mató al rey Clarión mi sobrino, que le seguía con diez mil turcos, y le tomó su caballo, el mejor que había en todo el mundo. E como vido las guardas desta puente, se lanzó con su caballo en el río y lo pasó a nado, lo que otro hombre nunca fizo, y fue a levar las nuevas a Carlo Magno de los cristianos que están cercados en la torre, para que les diese socorro. E a esta causa me ha mandado el almirante que, so pena de la muerte, que no dejase pasar persona alguna sin primero saber a dónde va y de dónde viene y quién es. Por ende, quiero saber esto, ca no parecéis mercaderes.

Entonces Ricarte de Normandía le dijo:

—Bien nos place que lo sepáis y que mirés nuestra mercadería.

Y diciendo esto entró en el postigo, y luego le siguieron el duque Regner y Hoel de Nantes y Riol. E cuando Galafre los vido dentro no le plugo dello, y cerró presto el postigo por que no entrasen los otros, y díjoles que quitasen las capas, porque quería ver lo que llevaban. Y Ricarte de Normandía se desvió un poco y dejó caer la capa y puso mano a la espada, y lo mesmo hicieron los otros. Y Ricarte de Normandía le dio un⁷⁰ gran golpe en la cabeza, mas tenía en ella una calavera de serpiente más dura que ningún acero, y resbaló la espada y le cortó parte de una oreja, y los otros asimesmo procuraron de le ferir reciamente, mas no aprovechaba más dar en él que dar en una peña, ca sobre las armas traía el cuero de la serpiente, que era mucho más duro que las armas.

E Galafre alzó la hacha de armas que en las manos tenía por ferir a Ricarte de Normandía, mas como vido venir el golpe desvió el cuerpo y dio el golpe en una piedra de mármol y entró la hacha en ella más de un palmo, y cuando vio que el golpe fuera en vacío dio tan gran grito que lo oyeron los paganos que estaban en otra torre a la otra parte de la puente, y vino gran multitud dellos en socorro de Galafre, y viéndolos Ricarte de Normandía, abrió prestamente la puerta y entraron prestamente los otros, y hubo gran mortandad entrellos, así de la una parte como de la otra. Y haciendo los cristianos señales a Carlo Magno y a su gente, llegaron muy presto a la puente,

70.- Orig.: 'tan'

y Ganalón (que después fue traidor, como se dirá en el tercero libro) fizo señaladas cosas aquel día, mas su lealtad y de sus parientes duró muy poco tiempo.

CAPÍTULO L. Cómo Carlo Magno ganó la puente de Mantrible y cómo Alory, pariente de Ganalón, quiso hacer traición.

VINO tanta multitud de paganos en socorro de la puente, que cubrían dos leguas de tierra, y Carlo Magno viendo que los cristianos se retraían, cubierto de su escudo y puesto delante los suyos empezó a derribar paganos a una parte y a otra, y Ganalón a su lado peleando asimesmo maravillosamente. E siguiendo su batalla, vido Carlo Magno a Galafre con su hacha en las manos haciendo gran daño en los cristianos, y tenía delante *sí más de cient* cristianos muertos, y viendo que no aprovechaba ferirle del espada por la fortaleza de las armas, pidió una lanza, y con ella le dio tantos encuentros que le derribó. E Ricarte de Normandía le cortó la cabeza, y cuando se vio en el suelo dio tan grande grito que le oyeron a tres leguas de allí y conocieron los paganos que Galafre tenía necesidad de socorro, por lo cual acudió mucha más gente para defender la puente. Y entre ellos vino un gigante llamado Aufeón, y le seguía una mujer llamada Amiote con dos niños en los brazos de cuatro meses (y eran de cinco pies de largo y bien fornidos según la grandor); y púsose este gigante a la puerta de la puente, por donde habían de salir los cristianos, con una grande barra de fierro en las manos y empezó a decir:

—¿Dónde está el viejo loco de Carlo Magno? Si quiere llevar las reliquias o si quiere pasar a dar socorro a sus caballeros venga, que la puerta está abierta.

Y fueron los cristianos muy maravillados de su grandor; y Carlo Magno se cubrió de su escudo para acometerle, mas Fierabrás le suplicó que le dejase a él aquella batalla, que conocía mejor aquella gente y el modo de su pelear, «ca es gente de grandísimas fuerzas y no tienen maña ni destreza alguna en las armas». E cubriose Fierabrás de su escudo y allegose al gigante cuanto le parecía que le podría el gigante alcanzar con la barra, y el gigante alzó la barra con entrambas las manos e Fierabrás fizo semblante de esperar el golpe, mas viéndole venir Fierabrás, desvió el cuerpo y dio el golpe del gigante en el suelo, y fue de tan gran fuerza que fizo estremecer toda la puente. Y antes que alzase la barra otra vez le cortó Fierabrás los brazos entrambos de un golpe, y le dio otro golpe en la cabeza, que le cortó el yelmo y la cabeza fasta los dientes.

E así ganaron los cristianos la puerta, mas la grande multitud de los turcos no los dejaban salir y los hicieron retraer fasta el medio de la puente, muriendo muchos de la una parte y de la otra. Y estaban siempre al lado de Carlo Magno Fierabrás y el duque Regner y Ricarte de Normandía y Hoel de Nantes guardando su persona más que a sus vidas mesmas. E viendo Carlo Magno que no podía ir adelante, antes le era forzado retraerse perdiendo siempre de su gente, empezó de sospirar reciamente, diciendo que ya perdía esperanza de jamás ver sus caballeros, pues que aquel paso no podía ganar. Y Fierabrás le dijo:

—Señor, no nos cumple agora llorar los que están absentes, sino a nós mesmos, que si no ganamos esta puente será maravilla escapar de las manos de nuestros enemigos por la mucha gente que de contino viene.

Entonces Carlo Magno dijo a grandes voces:

—¡Aquí caballeros, que agora es tiempo de emplear vuestras fuerzas!

E diciendo esto se adelantó de los suyos y empezó de hacer tales cosas que todos estaban espantados, así sus caballeros como sus enemigos; y puestos a su lado Fierabrás y Ricarte de Normandía y el duque Regner, dieron tanta prisa a los paganos, que les fue forzado meterse en la villa. Y pensaron de alzar una puente levadiza, mas Fierabrás la tuvo que no la pudieron alzar, y dijo a los otros que entrasen en la villa con buena ordenanza sin dejar de herir virilmente sus enemigos. E a la entrada hubo gran mortandad de cristianos, ca de las ventanas y de las torres los mataban a pedradas, y viéndose Carlo Magno en grande afrenta, dio una voz diciendo:

—¡Socorro, caballeros!

Y entonces llegó Ganalón y sus parientes con mil y setecientos hombres bien apercebidos y fizo allí grande proeza (aunque después fue traidor). E duró el combate de la puerta cuatro horas, y con muy poca gente entró Carlo Magno en la villa. E después de entrado, un caballero del linaje de Ganalón llamado Alory dijo a Ganalón:

—Señor Ganalón, Carlo Magno está en la villa con poca gente, y será maravilla si jamás sale della, ca los turcos tenían gran gente en ella y muy apercebida, y pláceme que ningunos de nuestros amigos no quedó con él. Y agora nos veremos vengados *dél* y de los otros nuestros enemigos; y si vos queréis, volvemos hemos para Francia y nos alzaremos con las fortalezas y poco a poco seremos señores de todo el reino, pues que allá no queda hombre que nos ose contradecir.

Y Ganalón le respondió:

—Señor, verdaderamente yo tengo grande enojo del duque Regner, que malamente nos injurió el otro día delante Carlo Magno, y no menos de Carlo, porque se le mostró favorable; mas no me parece podernos vengar de la manera que decís sin detrimento de nuestras honras dejándole en tanta necesidad en poder de paganos. Y allende desto, podría ser que no saliésemos con nuestra intención, que bien podrían los parientes de los que acá quedan hacernos harto daño, ca sentirán muy presto la traición.

Y Alory le respondió:

—Señor Ganalón, no seáis simple ni corto en lo que tanto vos cumple. Si vos no tomáis⁷¹ venganza de vuestros enemigos agora que tenéis tiempo para ello, cuando vos quisierdes vengar no tendréis lugar y vos podréis arrepentir.

Y sobre esto se encendió grande enojo entre ellos, y estando ellos en esta contienda sobrevino Fierabrás y les preguntó por Carlo Magno, y Alory le respondió:

—Creo que nunca le veréis, ca está en la villa entre grande *número de* paganos.

Y Fierabrás le dijo:

—E vosotros ¿qué facéis aquí? ¿Por qué no le dais socorro? Bien podéis ser acusados de traidores, pues que en tanta afrenta olvidáis a vuestro señor.

E diciendo esto tomó una hacha de armas y se fue para la puerta dando voces:

—¡Caballeros, caballeros, socorred a vuestro señor!

Y llegado a la puerta falló a Ganalón a su lado con alguna gente suya, y viendo que Carlo Magno con la poca gente que tenía se retraía hacia la puerta peleando cuanto podía y pidiendo todavía de los suyos, se metió entre los cristianos poco a poco fasta que llegó a la delantera, y Ganalón con él, y ficieron tan grande matanza los dos, que corrían los arroyos de sangre por medio de la villa, y no tuvieron otro remedio los paganos sino, dando grandes alaridos, echar a huir el que podía, y salieron algunos por una puerta falsa y fueron a contar su desventura y la pérdida de la puente de Mantrible al almirante Balán. Y fueron los cristianos señores de la puente y de la villa, en la cual fallaron muy grandes riquezas.

71.- Orig.: 'tamays'

CAPÍTULO LI. Cómo Amiote (giganta de la cual hablé arriba) mató muchos cristianos, y cómo el almirante supo que Mantrible estaba en poder de cristianos.

CON grande trabajo y perdición de gente ganó Carlo Magno la puente de Mantrible, y venida la noche tomaron los cristianos sus posadas pacíficamente y se desarmaron para descansar, que estaban muy fatigados de la batalla. E una giganta, mujer del gigante que Fierabrás matara a la puente, sintiendo que los cristianos estaban descuidados, rabiosa por la muerte de Aufeón su marido, tomó una bisarma a manera de foz muy grande y muy aguda, y salió de una cueva donde estaba con sus hijos y entró en la villa con mucho furor, y a cuantos por la calle fallaba, a todos daba la muerte. E cuando no hallaba gente por la calle entraba en las casas, y como los hallaba desarmados, sin mucho trabajo mataba muchos dellos, de tal manera que se alborotó gran parte de la gente y se armaron contra ella.

E cuando el noble emperador Carlo Magno sintió el gran alboroto de la gente pensó que serían turcos que nuevamente venían en socorro de la puente, y fue muy presto armado, y Fierabrás y los otros caballeros con el, y salidos de sus aposentamientos les dijeron que una sola mujer hacía tan grande alboroto y matara gran número de cristianos. Y Carlo Magno dijo que quería ver la tal mujer, e llegados donde ella estaba fueron espantados de cosa tan espantable, ca llegaba con la cabeza a los tejados; relucían sus ojos como hachas encendidas; la espuma que le salía de la boca le corría por los pechos fasta los pies; daba de rato en rato un gemido que se oía media legua; sólo el peso de la foz que traía en la mano bastaba para derribar una torre; por sola su vista ningún cristiano se le paraba delante. E Carlo Magno se cubrió de su escudo y con la espada en la mano quiso ir para ella, y Fierabrás le dijo:

— Señor, no es honesto que ensucies tu espada en una mujer, ni sería cordura esperar sus golpes, mas decirte he el modo que se ha de tener.

Y mandó llamar unos peones que sabía que traían hondas al modo de Turquía y mandó que le tirasen. Y tiráronle muchos tiros sin que daño le ficiesen, y tomó Fierabrás una honda y dijo:

— Feo me parecerá matar una mujer, mas no puedo ver delante mí este diablo.

Y le⁷² tiró una piedra con tanta fuerza, que la mano derecha, con la muñeca, le quitó del brazo, y dejó caer la hoz y dio tan grande grito, que grande parte de la villa hizo estremecer, y luego la acabaron de matar los peones. Y mandó Fierabrás que se velase la puente y la villa toda la noche.

E venida la mañana, mandó Carlo Magno repartir las grandes riquezas que habían fallado en la villa entre su gente, por que cada uno llevase su parte según su estado, y así, quedaron todos muy contentos; y fueron las riquezas y los tesoros muchos (que por ser el lugar tan fuerte, tenía en él el almirante gran parte de sus tesoros), y no quiso Carlo Magno cosa alguna para sí. Y yendo mirando la cerca de la villa vido una cueva muy grande, y en ella estaban dos niños llorando, hijos de la giganta Amiote, y los pariera de una ventrada, y eran tan grandes de cuatro meses como un hombre de los de agora, y los fizo baptizar Carlo Magno, y llamaron al uno Roldán y al otro Oliveros, mas no vivieron sino tres días, de lo cual fue muy enojado Carlo Magno.

E queriendo Carlo Magno pasar adelante, mandó que todos los muertos fuesen enterrados y los feridos curados, y llamó al duque Regner y a Ricarte de Normandía aparte y les dijo que quería ir luego adelante y quería dejar gente en la villa para que guardasen la puente. Y el duque Regner le dijo:

— Señor, necesariamente has de dejar aquí gente por que los paganos no nos tomen este paso; mas hase de mirar que los que aquí quedaren no carezcan de fidelidad, ca este es la llave por donde nos habemos de salvar, y todos los que vienen en tu compañía no son fieles.

72.— Orig.: 'el'.

E después de lo haber bien mirado ordenaron que dos nobles caballeros, llamados Hoel de Nantes y Riol du Mans, con diez mil cristianos quedasen en la villa para guardar el paso. E Carlo Magno con toda la otra gente salió de la villa y fizo della cuatro batallas, y la una la dio a Fierabrás y la otra al duque Regner y la otra a Ricarte de Normandía y la otra recibió en su guarda, y dio a Fierabrás la delantera, porque sabía mejor la tierra, y en la reguarda quedó Ricarte de Normandía. E puestos en buena ordenanza se pusieron en camino, y desde ovieron subido una cuesta asaz alta se paró Carlo Magno a mirar su gente, y la vido tan lucida y tan bien aderezada que hubo gran placer de vella, y más porque los veía muy ganosos y en muy buen propósito de pelear, y dio infinitas gracias a Dios por ello.

Y en este comedio supo el almirante Balán cómo la puente de Mantrible era ganada de cristianos y los gigantes muertos, y cayó en el suelo amortescido. Y desde que fue tornado en sí, dijo:

—¡Oh Mahoma, cómo te han faltado las fuerzas! Agora conozco tu poco poder y tengo yo por menguado y de poco saber al que en ti confía. Nunca hombre tanto te honró como yo, ni en ninguna parte del mundo son las mezquitas tan ricas ni tan servidas como las que en las mis tierras están, y muy grande parte de mis tesoros he gastado en hacer muchas imágenes de oro y de plata a tu semejanza por que fueses adorado del pueblo como dios, y tú, como ingrato desconocido, en tanta necesidad olvidaste mis servicios. A ti solo había encomendado mi torre y los tesoros que en ella estaban; en ti solo tenía esperanza que guardases a mi fuerte puente de Mantrible, y descuidándome en tu guarda no puse tanto recaudo en ella cuanto era razón. En las cosas de poca importancia me mostraste tus falagos por que en las arduas más fácilmente me pudieses derribar.

Y dicho esto, tomó una hacha de armas y con ella despedazó todos sus dioses y los ídolos. E Sortibrán de Coimbres viendo al almirante tan desconsolado, trabajó de le consolar cuanto pudo, reprehendiéndole de la injuria que a su dios Mahoma había fecho, diciéndole que le pidiese perdón por que no le castigase con saña. Y le dijo:

—No le podría ya obedecer ni querer, pues que tan desconocido me ha sido en dejar tomar mis fortalezas de los cristianos.

Y Sortibrán le dijo:

—No digas, señor, tales palabras y demanda perdón a tu dios, pues lo has menester más que nunca. Y ordena de enviar espías para saber si es cierta la venida de Carlo Magno y qué gente trae, y le daremos batalla campal. Y si cae en nuestras manos, le haremos quemar, y a tu hijo Fierabrás con él, que en su favor viene.

Y el almirante le dijo.

—Por hacerte placer quiero facer lo que me ruegas; mas bien veo que Mahoma me tiene enemiga sin razón alguna. Mas ya no tengo en nada su poder.

*CAPÍTULO LII. Cómo los caballeros que en la torre estaban
ovieron un gran combate y la torre fue cuasi derribada.*

ROGÓ Sortibrán tanto al almirante, que le fizo demandar perdón a Mahoma delante algunos caballeros suyos, por mayor satisfacción, y le prometió de facer su imagen y de añadir en ella cient libras de oro, y le faría adornar de muchas piedras preciosas por que le diese victoria contra Carlo Magno. Y envió secretamente espías para saber del ejército de Carlo Magno, y vueltas las espías, le dijeron que Carlo Magno era partido de Mantrible y que venía apriesa para dar socorro a sus caballeros que en la torre estaban, y que traía poca gente y muy bien armada y apercebida. E habido su consejo el almirante, mandó apercebir su gente y dar combate a la torre antes que llegase el socorro, y mientras que se ordenaba el combate envió por gente por todos sus reinos. Y empezado el combate, dieron tanta priesa que derribaron otra esquina de la torre, e aunque murían muchos, no se osaban apartar del combate, de miedo del almirante Balán, que muy grandes voces les daba que trabajasen en derribar la torre, y tenían ya fecho un agujero asaz grande para entrar, mas no osaba ninguno entrar en él por mucho que el almirante les mandase que entrasen.

Cuando los caballeros vieron la esquina derribada y el agujero abierto ovieron algún temor de sus enemigos, más por las damas que por ellos, ca por ellas no osaban salir a la batalla ni apartarse de la torre, diciendo que mientras ellos peleaban se podría perder la torre, y don Roldán dijo a los otros:

—Señores, cumple que salgamos a nuestros enemigos por que no tengan lugar de derribar la torre, y no nos habemos de apartar mucho de la torre, sino tanto que tengamos lugar de reparar el agujero que está fecho. Y agora nos cumple ser buenos caballeros, ca la gente es mucha y el furor del almirante grande. Por ende, vos ruego que tengamos muy buen concierto en el pelear, que no nos apartemos el uno del otro, por que si el uno cayere, tenga quien le ayude a levantar. Y sed ciertos que tendréis en mí buen favor, que si Durandal no me falta, yo haré de manera que al almirante y a su gente pese del combate que hoy nos dieron.

Y dijeron todos que era bien dicho, y así, ordenaron de salir. E a Floripes pesó en grandísimo grado, mas viendo que no lo podía escusar, bañada⁷³ en lágrimas les dijo:

—Señores, antes que salgades vos ruego que veáis las santas reliquias, por que con más contrito corazón roguéis a vuestro dios que él por su piedad vos saque de tanta afrenta.

E puestos los caballeros de rodillas delante las sanctas reliquias, con abundancia de lágrimas rogaron a Nuestro Señor Dios que por su santa misericordia y piedad los guardase de sus enemigos. Y estando ellos en esto, las damas de Floripes dieron muy grandes voces diciendo que subían los turcos por la torre y llegaban ya a las ventanas. E teniendo Floripes el cofre en sus manos, se puso asomada a la ventana, y plugo a Nuestro Señor Dios de mostrar allí un muy grande milagro: que los que subían en la torre, viendo el cofre que tenía Floripes en sus manos cayeron súpitamente en el suelo, y los que al derredor estaban, sin ser apremiados, se arredraron un gran tiro de ballesta. E viendo esto los caballeros, dieron muchas gracias a Dios Nuestro Señor, y Floripes volvió las sanctas reliquias a su lugar y luego se volvió a las ventanas donde estaban los caballeros, e viéndola el almirante Balán su padre con ellos, le dijo:

—¡Oh Floripes mi hija, grande fue tu lujuria cuando por ella dejaste a tus dioses y vendiste a tu padre y a todos tus parientes! Mas sey cierta que muy presto te faré dejar el amor del cristiano que tanto quieres, ca ellos y tú seréis quemados hoy en este día.

73.— Orig.: 'bañanda'

Y ella le dijo:

—Por cierto, padre, tú no dices lo cierto, que nunca conocí hombre en esa parte, antes me encaminó Dios en el camino de la verdad como a mi hermano Fierabrás. Y este camino querría que tomases tú por que tu ánima no fuese perdida, y a esta causa he rogado a los caballeros que no te matasen; mas si los persigues más, no tendrá tu gente poder de te librar de sus manos, ca Dios está con ellos, como puedes ver en el destrozo que en tu gente han hecho no seyendo más de diez caballeros.

E desto hubo tanto enojo el almirante, que cayó en tierra amortescido, y Sortibran y los otros caballeros trabajaron mucho en lo consolar, y tornando en sí el almirante, dijo:

—¡Oh Mahoma, cómo me has olvidado! Y ¡cuán poco es tu poder y el mío, que a diez solos caballeros no podemos resistir!

Y Sortibran le dijo:

—Señor, muy simplemente has hablado contra tu dios. ¿Tú no ves con cuánta abundancia nos da continuamente los bienes temporales? Y esto que agora padescas, por tus pecados lo permite; mas pídele perdón por que te sea favorable contra Carlo Magno.

E trajéronle luego una imagen de oro fino a semejanza de Mahoma, en cuya cabeza estaba un diablo encantado que hablaba y respondía a todo lo que le preguntaban tres días en la semana, y dijeron:

—Señor muy poderoso almirante, pide perdón a Mahoma tu dios, que tienes delante, y él te ayudará en tus adversidades.

E puesto de rodillas, a ruego de los suyos dijo:

—¡Oh Mahoma! Suplícote, cuanto a mi es posible de suplicarte, que no mires a las feas palabras que este atribulado viejo dijo contra ti, pues está en propósito de hacer emienda de sus pasados yerros. Yo faré acrescentar tu imagen con docientas libras de oro fino, y serán todas tus mezcuitas muy reparadas, por que con tu favor y ayuda tome venganza de estos cristianos tus enemigos,

Y el diablo que estaba en la imagen le respondió:

—Almirante, tus yerros son perdonados por el grande arrepentimiento que dellos tienes, y no menos porque sé que erraste con sobrada angustia de corazón. Mas manda apercebir tu gente y den otro combate a la torre, que sin duda serás señor de tus enemigos.

Y el almirante hizo facer grandes alegrías por el real tañendo añafles y bocinas y otros instrumentos en señal de la victoria que esperaba, y apercebida su gente, con esperanza de victoria dieron el combate con tanto denuedo que dieron con parte de la principal pared de la torre en el suelo. Entonces dijo Oger de Danois.

—Señores, forzado nos será buscar otra morada. Salgamos, pues, a buscalla, que Dios es servido que dejemos ésta. Y vayamos ya, que mejor resistiremos a los golpes de nuestros enemigos que a la caída de la torre. Y si Dios Nuestro Señor es servido que perdamos las vidas en poder de estos infieles, tenga cada uno de nós modo de vengar su muerte antes que la resciba. Salgamos ya, pues que Dios lo quiere, y contra su voluntad no queramos hacer cosa, y con la fidelidad que siempre habemos tenido el uno al otro acometamos a nuestros enemigos.

Y estando los caballeros apercebidos para ya salir, puesta Floripes a los pies de su muy amado Guy de Borgoña, con lágrimas y sollozos le dijo:

—Señor, por aquel Dios en quien crees y confiesas ser uno y trino te ruego que sean tus hechos según la generosidad de tu sangre. Cata que la torre está abierta por muchas partes y mis fuerzas son pequeñas y la crueldad de mi padre muy grande: no creas que menor venganza tome de mí que tomaría de ti si en su poder te tuviese, y con gran razón, pues en tanto grado por servirte le he deservido.

Y abrazándola Guy de Borgoña, le dijo:

—No pienses, señora, que sea tan pequeño el amor que te tenga que no reciba mayor fatiga de tu pena que de la mía misma. Ya⁷⁴ ves que la salida no se escusa; mas no será de manera que tú ni tus damas quedéis desamparadas: mientras nós tuviéremos vida no nos partiremos de la torre más que cuanto fagamos apartar los turcos por que no acaben de derribarla. Y si dello eres servida, los dos de nosotros quedarán en tu compañía, aunque yo en ninguna manera podré quedar.

Viendo Floripes el amor de Guy de Borgoña y su fidelidad, le dijo:

—Señor, tú te ofresces de dejar parte de tus compañeros en mi guarda y yo recibo mortal dolor en pensar que con tan poca compañía sales a dar batalla a tanta multitud de turcos. Por ende, te suplico que nos armes a mí y a mis damas, y con sendas hachas de armas, so el amparo de vosotros iremos en guarda de tu persona.

Oyendo don Roldán las razones de Floripes se tomó a reír y dijo a Guy de Borgoña:

—Grande es el amor de la dama, mas no sería honrosa ni provechosa su salida. Por ende, señora, te ruego que no te fatigues tanto; cesen ya tus ojos de tanto llorar y ten esperanza en aquel verdadero dios y hombre, que como por su piedad nos ha sacado de otros peligros, no nos olvidará agora.

E así, se despidieron della y de las damas y en buena ordenanza salieron de la torre y empezaron cruda batalla con sus enemigos, y ficieron tanto, que en poco rato los desviaron gran trecho de la torre, y a su salvo se volvieron a ella y fallaron a Floripes y a sus damas armadas de todas armas, con sendas hachas de armas en las manos, puestas adonde estaba derribada la pared de la torre.

*CAPÍTULO LIII. Cómo los caballeros supieron de la venida de Carlo Magno,
y asimesmo el almirante Balán, y cómo Ganalón fue enviado
con embajada al almirante Balán.*

PASARON los caballeros aquella noche en gran placer hablando de Floripes y sus damas, que con varonil corazón se habían armado para defender la torre, e dijo Guy de Borgoña:

—Señores, con mayor esfuerzo saldremos de aquí adelante a la batalla, pues que tales veladores tenemos para guardar la torre.

E Oliveros dijo:

—Señora, mañana saldremos a la batalla, y si te paresce, saldrás con tus damas con nós por que demos presto fin en estos descreídos, y no dudo que no faga Guy de Borgoña cuanto quisiere, tuviéndote en su compañía.

Y ella dijo:

—Cierto, señor Oliveros, con mi señor Guy de Borgoña hacé vós que me deje salir con vosotros a la batalla y veréis cómo adonde estuviere no fará mengua mi hermano Fierabrás.

Y desto ovieron todos muy gran placer. Venida la mañana, Oger de Danois subió encima la torre por ver el real de sus enemigos, y vido muy lejos muchas banderas desplegadas y grande compañía de gente armada, y conoció que eran cristianos, y abajó muy presto a donde estaban sus compañeros y les dijo:

—Señores y leales amigos míos, y vosotras señoras, pídovos por merced que todos deis gracias a Dios, que tan piadosamente se ha habido⁷⁵ con nosotros, ca muy gran compañía de cristianos, y muy bien armados, nos vienen a ayudar y en nuestro socorro.

74.- Orig.: 'y'

75.- Orig.: 'auigo'

E corrieron todos a abrazarle con muy gran placer, y subieron prestamente a la torre, y Floripes y sus damas con ellos, y se les dobló el placer cuando conocieron el estandarte y las armas de Carlo Magno.

E supo asimesmo el almirante Balán que estaba cerca de su real, y el rey Cosdre aconsejó al almirante que ficiese apercebir su gente y antes que llegasen a un valle por donde habían de pasar los cristianos les diesen batalla. E aprobó el almirante Balán su consejo por bueno, y mandó luego apercebir su gente, y apercebida y encomendada a los capitanes, se fallaron ciento y ochenta mil hombres de pelea.

Y el emperador Carlo Magno llegó aquel día a la entrada del valle, y tomolos allí la noche y se quedaron allí sin tienda alguna (que las habían dejado en Mantrible); e venida la mañana, mandó el emperador Carlo Magno armar toda su gente, y se hallaron cincuenta mil cristianos. E viendo Fierabrás gente apercebida para dar batalla a su padre, dijo a Carlo Magno:

—Muy noble y poderoso señor, por los servicios que te entiendo de hacer te suplico me otorgues una merced.

Y Carlo Magno le dijo que pidiese cualquier cosa, que ninguna cosa le sería negada.

—Ya sabes, muy magnífico señor, cuánto deben los hijos a los padres. Aunque mi padre es turco y yo cristiano, ni por eso he perdido el amor que le debo, antes querría trabajar que dejase sus dioses y engañosos ídolos y le meter en el verdadero camino de salvación. Y querría que sobre esto le enviases de tu parte y mía un hombre que le amonestase dello, diciéndole que si se torna cristiano, que le farás toda cortesía, y si no, que le tratarás como a enemigo mortal, sin haber dél ni de los suyos piedad alguna.

Y Carlo Magno le dijo:

—Desto me place mucho, señor Fierabrás. Y luego vaya el mensajero que para ello vos pareciere suficiente. Y por el amor que vos tengo quiero hacerle este partido: que de toda su tierra y su hacienda no le tomaré nada, solamente que dellas pague un pequeño tributo.

Y Fierabrás le besó la mano por ello. Preguntó Carlo Magno a sus consejeros quién les parecía que se enviase al almirante. Balán, y acordaron enviar a Ganalón, porque era muy sagaz y elocuente, y le mandó llamar Carlo Magno y le dijo, delante Fierabrás y los otros caballeros:

—Mi amigo Ganalón, nós vos habemos escogido para que llevéis embajada a Balán.

Y Ganalón dijo que de grado lo haría.

—Diréis a Balán que yo y su hijo Fierabrás le rogamos que se torne cristiano él y toda su gente, y que me envíe mis caballeros; y si esto hace, no iré más adelante e le dejaré toda su tierra, pagando un pequeño tributo della. Si esto no hace, que sin ninguna piedad le perseguiremos hasta darte la muerte o echarle de todas sus tierras.

E Ganalón armado de todas armas, caballero en un poderoso caballo, una gruesa lanza en su mano, se fue para el real del almirante Balán, que estaba apercebido con toda su gente para dar batalla a Carlo Magno, y llegado Ganalón a las primeras guardas le quisieron prender, y cuando supieron que era mensajero le dejaron pasar, y llegado a la tienda del almirante, dijo que era mensajero de Carlo Magno y que traía embajada al almirante, y sabiéndolo el almirante, salió de su tienda armado de todas armas, con una hacha de armas en la mano, y dijo qué era⁷⁶ lo que buscaba en su real. Y Ganalón arrimado en su lanza, sin le hacer mucho acatamiento le dijo:

—El muy noble, poderoso y temido emperador Carlo Magno y el muy valeroso caballero Fierabrás tu hijo doliéndose de la perdición de tú ánima, me enviaron a ti para que te dijese que dejases a tus dioses Mahoma, Talvalgante y los otros que te traen engañado, y que recibas el santo bautismo, como fizo tu hijo, y creyeses en Dios verdadero, facedor del cielo y de la tierra, y que envíes al emperador Carlo Magno sus caballeros que tienes presos y las reliquias que tienes. E si

76.- Orig.: 'es'

esto haces, a ruego de tu hijo es contento el emperador de te dejar todas tus tierras y riquezas, pagándole algún tributo por ellas; e si esto no haces, te hará morir mala muerte o te echará vergonzosamente de toda esta tierra.

Hubo tanto enojo el almirante desto, que por poco perdiera el seso, y con mucha ira dijo a Ganalón, amenazándole con la hacha que en las manos tenía:

—Osadamente heciste tu embajada y me amenazaste en mi real, y porque eres enviado no te mando dar el castigo que mereces. Y puedes conocer el poco querer que el emperador tu señor contigo tiene en⁷⁷ enviarte a donde lícitamente se te podía dar la muerte; mas cata que no vuelvas otra vez con tal embajada si no tuvieres deseo de poco vivir.

Y Ganalón le dijo:

—No creas, almirante, que tan poco amor tengamos con el emperador que por ningún peligro deste mundo dejemos de hacer su mandado. Y mira en lo que te dije, pues mucho te cumple, y dame la respuesta que por bien tuvieres, por que se detenga la gente, que ya está puesta en ordenanza y muy deseosa de darte batalla, o venga presto a dar fin a ti y a tu gente.

E viendo un caballero el enojo del almirante, dijo a Ganalón:

—Por que otro no se atreva a hablar demasiado, es razón que tú seas castigado.

Y diciendo esto alzó una maza de fierro con dos manos para le dar con ella, y Ganalón que lo vido, tomó prestamente la lanza por medio del asta y le dio con ella en los pechos, que le pasó a la otra parte y cayó muerto a los pies del almirante. El cual dio muy grandes voces a su gente que prendiesen a Ganalón, y él dio a fuir por el camino por donde había venido, y fue seguido de más de veinte mil paganos, mas llevaba un caballo muy ligero y no lo pudieron alcanzar.

E don Roldán y los otros que estaban en la torre le vieron salir del real a rienda suelta, y conociendo que era cristiano, dijo el duque Naymes:

—Éste parece en sus armas a Ganalón, y será venido con embajada al almirante, y plega a Dios de le librar de tal peligro.

E Ganalón corrió sin parar fasta que subió una cuesta, no muy apartada del real, y cuando se vido encima la cuesta se volvió a mirar los que le seguían, e vido un turco muy grande de cuerpo y armado de muy lucidas armas, y con él venía Tenebre, hermano del rey Sortibrán, y venían buen trecho delante todos los otros, y con magnánimo corazón los esperó, y encontró al uno con la lanza de manera que dio con él y con el caballo en el suelo, e vuelto para el otro, le dio tal golpe con el espada en la cabeza, que le cortó el yelmo y la cabeza fasta los ojos; e viendo la multitud que lo seguían, volvió rienda para donde estaban los cristianos esperándole.

Y todo esto vieron los caballeros que en la torre estaban, y fueron dello muy maravillados de ver facer tales cosas a Ganalón. Y le siguieron los paganos hasta que vieron el ejército de Carlo Magno, e viéndole, dieron súpitamente vuelta y contaron al almirante y al rey Sortibrán lo que les había acaescido: Cuando Sortibrán supo que su hermano era muerto hizo grandísimo llanto, amenazando a Carlo Magno y a su gente, y desto plugo al almirante, por que con mayor esfuerzo saliese a la batalla contra los cristianos.

77.— Suplo 'en.'

CAPÍTULO LIIII. Cómo el emperador Carlo Magno hizo tres batallas de su gente y cómo acometieron todo el poder del almirante, y de las grandes valentías que Carlo Magno hizo aquel día.



LEGADO Ganalón delante Carlo Magno, le dijo:
—Muy poderoso emperador, el almirante Balán ni quiere ser cristiano ni quiere oír hablar dello; ni tiene en nada tu poder ni tu gente, e tiene apercebida toda su gente con deseo de darte batalla. Y hubo grande enojo de lo que le dije, e un caballero alzó una maza de fierro para darme con ella, y delante dél le metí la lanza por los pechos y di con él muerto a sus pies, y me siguieron diez mil de caballo para prenderme, y a los dos que delante venían derribé en el suelo y vine fuyendo por escapar de los otros.

Entonces mandó Carlo Magno a Fierabrás y al duque Regner y a Ricarte de Normandía que ordenasen las batallas, y fue repartida la gente en tres batallas: la primera dio a Ricarte de Normandía; la segunda, al duque Regner; la tercera guiaron él y Fierabrás. E puestos todos en ordenanza, mandó tañer sus trompetas y atabales, y ovieron gran placer los caballeros que en la torre estaban. E sin salir de ordenanza, los cristianos se movieron para el real del almirante.

E cuando el rey Brulante y Sortibrán y Tenebre, que tenían cargo de guiar las batallas del almirante, supieron que Carlo Magno venía, ordenaron asimesmo sus batallas y pusieron su gente en ordenanza. E suplicó el rey Brulante al almirante que le dejase la primera batalla, y el almirante gela dejó y le dijo:

—Si topares con Carlo Magno o con Fierabrás no los matéis, que quiero facellos quemar con Floripes y con los que están en la torre.

Y estando ellos en esto vieron asomar a Carlo Magno con su gente, y Brulante con cient mil paganos en asaz buena ordenanza los salió a recibir, y adelantándose de su gente gran trecho, a muy grandes voces empezó a decir:

—¡Oh Carlo Magno! ¿Adónde estás? Apártate de tu gente, como yo de la mía, y empecemos los dos viejos esta batalla. Vente seguramente para mí, que mi gente no se moverá hasta que vean la fin de nuestra batalla. No serás digno de la alabanza que esperas si no participas en las afrentas;

no consientas que los mancebos ganen toda la honra. Cata que de tu mesma gente serás tenido en poco si de la batalla de un rey solo y no menos viejo que tú te desvías.

Oyendo Carlo Magno las voces del pagano, demandó luego una gruesa lanza para salir a la batalla, y viendo esto Fierabrás, saltó del caballo y se puso de rodillas delante dél suplicándole que en ninguna manera no saliese a la batalla, ofresciéndose de salir él a ella, diciendo que en su vida se encerraba la honra de toda su gente, y allende deso, que el pagano era muy buen caballero y muy diestro en las armas. E lo mismo le rogaba Ricarte de Normandía y el duque Regner y los otros caballeros, y les dijo:

—Señores, en mucha merced vos tengo vuestra buena voluntad, mas no fallo razón alguna para dejar esta batalla, ca aunque uno de vosotros supla en ella por mi persona, no suplirá por mi honra. ¿Cómo tendrán los míos deseo de pelear viéndome apartar de la pelea? No solamente han de ser diligentes en ordenar su gente los caudillos, mas osados para llevar la delantera en los mayores peligros. Así que propongo de comenzar esta batalla por que vosotros con mayor esfuerzo entréis en ella, y ya me parece que soy digno de reprehensión por detenerme tanto.

E mandó a su gente que ninguno no se moviese en su favor fasta ver la fin de la batalla e salió al campo con el pagano, que le estaba esperando. Y él le preguntó si era Carlo Magno, y desde fue cierto dello, tomaron del campo a su placer y se encontraron con toda la fuerza que los caballos los pudieron llevar y cayeron entrambos de los caballos sin que en ellos se conosciere ventaja, y con grande esfuerzo echaron mano a las espadas, y se dieron tales golpes, que los mancebos que los miraban les tenían envidia. E viendo Carlo Magno que por la fuerza de las armas no se podían ferir, confiando en la mucha destreza que tenía en el juego de la lucha, queriéndole tirar el pagano un tajo, se metió en él, y dejó la espada y le abrazó por el cuerpo y dio con él en el suelo, y con el puñal le cortó los lazos del yelmo y la cabeza. Y vuelto para los suyos, fue luego servido de caballo y de lanza, y mandó que fuese la gente adelante con buena ordenanza, y lo mesmo hicieron los paganos.

E llegados los unos a los otros, fue tan grande la matanza, que los muertos cerraban el paso a los vivos, y hizo Carlo Magno tales fechos aquel día, que los suyos estaban espantados, y los enemigos temorizados de su grande proeza. Y entre los turcos había un rey llamado Tenebre, el cual hacía gran daño en los cristianos y a muchos dellos quitó las vidas, e viéndole un caballero cristiano, que se llamaba Juan de Pontoysa, fue para él con una gruesa lanza, y el pagano le esperó osadamente, y del encuentro cayó Juan de Pontoysa en el suelo y luego fue muerto, y puso el pagano mano a la espada y mató otro caballero anciano que llamaban Hugo de Guernier, y andaba por la batalla llamando a grandes voces a⁷⁸ Carlo Magno y a Fierabrás amenazándolos de les dar la muerte.

Y oyendo esto Ricarte de Normandía, se fue para él, y le dio tan gran golpe del espada, que el escudo cortó en dos piezas. Y el pagano le dio tan gran golpe encima del yelmo, que le hizo caer de pechos sobre el arzón de la silla, y queriéndole dar otro, tiró Ricarte un revés con toda su fuerza y le cortó la mano derecha por la muñeca, y quiso volver rienda para fuir, y Ricarte de Normandía le dio otro golpe encima del yelmo, y resbalando el espada, le cortó la cabeza del caballo y luego le cortó un peón la cabeza.

Y de la otra parte estaban Carlo Magno y Fierabrás haciendo tanta matanza de sus enemigos, que grandes arroyos de sangre corrían por el campo y traían las armas todas teñidas en sangre. E fueron forzados los paganos de retraerse hasta donde estaba el almirante acompañado de seis reyes y de cient mil hombres que no habían aún salido a la batalla, e cuando supo que Brulante su hermano era muerto, llorando y mesando sin ninguna piedad sus cabellos, llamó un sobrino suyo llamado Tempesta y a Sortibrán de Coimbres sus secretarios, y les dijo:

78.— Suplo 'a'

—Señores y mis especiales amigos, mis dioses me son muy contrarios y no sé si les falta el poder o si tienen paces hechas con los cristianos. Yo⁷⁹ veo mi muerte cercana, y si solamente me pudiese vengar de Carlo Magno, alegremente recibiría la muerte. Por ende, vos ruego que miréis con diligencia por el campo de la batalla si le pudiéredes ver, por que me pueda vengar en su persona.

Y ellos llorando amargamente de lástima que dél tuvieron, prometieron de lo facer así.

CAPÍTULO LV. Cómo Sortibrán de Coimbres fue muerto a manos del duque Regner, padre de Oliveros, y de las caballerías que el almirante Balán hizo contra los cristianos.



MANDÓ el almirante Balán que la gente que en su compañía había quedado fuese repartida en cuatro batallas, y él y Tempesta su sobrino guiaron la primera batalla y Sortibrán la otra, y tañendo sus añafles y bocinas, puestos en buena ordenanza empezaron a dar cruda batalla a los cristianos. E Sortibrán de Coimbres acometió con gran denuedo la batalla del duque Regner y mató muchos cristianos, e viéndole el duque Regner andar muy feroz entre su gente, tomó una gruesa lanza y se fue para él, y desde que Sortibrán le vido, pidió una gruesa lanza a los suyos y con grande esfuerzo le salió al encuentro, y saltaron las lanzas en muchas piezas, y echaron prestamente mano a las espadas y se dieron tales golpes que en poco rato entramos escudos cayeron en el suelo fechos piezas. Y escudándose con las espadas, el duque Regner le cortó las guardas del espada y la manopla y los dedos de la mano, y le dio luego otro golpe encima del yelmo, que le echó del caballo atordido y luego le acabaron los peones. E pasó el duque Regner adelante derribando muchos de sus enemigos, así caballeros como peones.

E cuando el almirante supo que Sortibrán era muerto, como desesperado y fuera de todo sentido, echando espuma por la boca y grande abundancia de lágrimas por los ojos, decía:

—¡Oh Sortibrán mi especial amigo y leal secretario! ¿Por qué me dejaste en tiempo de tanta necesidad? Aunque no me maravillo que me dejases y fuyeses de mi compañía, pues viste que

79.- Orig.: 'y'.

mi hijo fuyó della y en compañía de mis enemigos me hace cruel guerra, y mi hija no solamente aborresció mi conversación, mas como mortal enemiga, en pago de mis beneficios entregó mi fortaleza y mi misma persona a mis enemigos; y lo que más me aflige, que mis dioses, a quien tantos servicios he fecho y he gastado tantos tesoros por honrallos, son mis contrarios y favorables a mis enemigos. Pues ¿cómo podrás tú tener firmeza conmigo, pues no me tuvo lealtad mi propria sangre? Mas soy cierto que si tú pudieras, que no me dejaras y me fueras más leal que mis propios hijos, y por esto te seguiré luego por estar en tu compañía, y si algún tanto me detengo no me culpes, que no será mi tardanza sino en cuanto venga tu muerte. Y no creas que para ello me falten las fuerzas, que aunque la edad me las haya enflaquecido, me las han acrescentado en muy grande grado el dolor de tu muerte y la ingratitud de mis hijos.

E diciendo esto pidió una gruesa lanza y como león hambriento entró en los cristianos, y encontró luego un caballero con tanta fuerza, que con él y con el caballo dio en el suelo, y no se quebró la lanza, y encontró otro y lo sacó de la silla, e con el tronco de la lanza encontró otro, que sin lanza estaba, y le derribó. Y echó mano a la espada llamando a grandes voces a Carlo Magno:

—¡Oh Carlo! ¿Adónde estás? Pues que en la Turquía entraste en busca mía, ¿por qué fuyes agora de mí? Sólo por topar contigo y vengarme en tu persona entré en esta batalla. Grande honra sería a tu imperial corona si con tus propias manos me dieses la muerte, y gran consuelo llevara mi ánima si primero bañare mi espada en tu sangre. Vente, pues, para este viejo cano que tantas veces has amenazado; no hayas piedad de quien de los tuyos no la tiene ni menos la tendrá de ti.

E diciendo esto y otras cosas muchas, se cubrió del escudo y apretó la espada en el puño y como desesperado se metió en los cristianos y en poco tiempo derribó treinta caballeros y atropelló más de docientos peones. E mirando su espada y sus armas que muy teñidas estaban en la sangre de los cristianos, empezó de nuevo a llamar a Carlo Magno, e desque vido que no lo podía hallar, entró con gran denuedo en los cristianos haciendo grande matanza en ellos.

Y esto todo estaba mirando Fierabrás, y maravillado de la fazaña de su viejo padre, estaba puesto en grande confusión. Pesábale de la muerte de los cristianos y le temblaban las carnes cuando pensaba de poner manos en su padre; tenía vergüenza porque no servía lealmente a su señor Carlo Magno, y queriendo evitar el daño que el almirante hacía en los cristianos, el amor del padre le volvía del camino; cuando veía la muerte de los cristianos, de su misma lealtad era combatido.

Y el almirante jamás descansaba derribando caballeros y peones, y vido un caballero, que se llamaba el conde Milón, armado de muy lucidas armas y el yelmo muy dorado, y conociendo que era hombre principal, se fue para él con grande esfuerzo, y el conde Milón lo esperó virilmente y se dieron muy grandes golpes, y el conde Milón quebró su espada junto con la empuñadura, y el almirante le dio a su salvo tan gran golpe, que le hizo doblar el cuerpo y juntar la cabeza con las ancas del caballo, y le tomó en los brazos y le atravesó en el pescuezo del caballo y dio vuelta para su gente pensando que por él le haría algún partido Carlo Magno. E viendo esto Fierabrás, apremiado de la lealtad y mucho amor que ya con los cristianos tenía, remitió a rienda suelta a gelo quitar, y queriéndoselo estorbar Tempesta y Rubión y otros caballeros, echó mano a la espada y mató luego a Tempesta y a otros seis caballeros que venían con el almirante, y se llegó a su padre y le tomó el caballero que llevaba, sin le facer mal alguno. Y el almirante le quiso conocer, así en la cortesía que con él usaba como en la grandor del cuerpo, y le dijo:

—¿Eres tú Fierabrás mi hijo?

Y él le dijo que sí. Entonces viendo el almirante que matara delante sus ojos a Tempesta su sobrino y a los otros caballeros, aunque quisiera vengarse no tuvo esfuerzo para le ferir ni aliento para le hablar, y desmayado cayó sobre el arzón delantero y se abrazó con él por no caer del caballo, y un caballero cristiano le quiso herir, mas Fierabrás se puso delante y no consintió, y no se apartó dél fasta que tornó en sí. E cuando fue tornado en sí, le dijo Fierabrás:

—Cuánto bien me haría Dios, padre mío, si dejases los ídolos y conocieses al verdadero Dios que te crió.

Y el almirante le dijo:

—Mayor merced me hicieran mis dioses si no nacieras.

E viendo Fierabrás gran batalla de turcos cabe el estandarte de Carlo Magno, dejó al padre y se fue para la batalla, y se metió en sus enemigos con tal denuedo que en poco rato los desbarató, y derribó sesenta caballeros y tropelló infinitos peones.

CAPÍTULO LVI. Cómo los diez caballeros salieron de la torre y entraron en la batalla, y cómo el almirante Balán fue preso.



ERA tanta la multitud de los paganos, que no se podía dar fin a la batalla, ca continuamente venían turcos de muchas partes, e viendo esto los caballeros que estaban en la torre, y viendo que los que guardaban la torre eran idos a la batalla, salieron⁸⁰ de la torre y sin estorbo alguno de sus enemigos tomaron sendos caballos de los que andaban sueltos por el campo, y subidos en ellos y sus espadas en las manos, se metieron en la batalla. Y sabiéndolo el almirante, recogió gran parte de su gente y les quiso atajar el camino por que no se juntasen con los otros, y allí ovo muy cruda batalla, e fue tanta la matanza de los paganos, que todo el campo estaba cubierto de sangre y de cuerpos muertos. Y sabiendo el almirante que los diez caballeros estaban con los otros, dijo:

—Agora es cierta la perdición mía y de mi gente.

Y arredrado algún tanto de los suyos, decía:

80.- Orig.: 'saltaron'

—¡Oh Mahoma engañador! ¿En qué te deserví, que tanta enemistad tienes conmigo? ¿Por qué me dijiste que ganaría la torre y me prometiste el vencimiento de la batalla? Bastárate engañarme una vez y no tantas. Y si de mí tienes enojo, ¿por qué consentiste que pagasen mis inocentes caballeros? Vuelve, pues, si algún poder tienes, tu ira sobre mí, y no consientas que pague tanta gente los yerros que yo cometí.

Diciendo esto y otras razones de grande lástima, fueron los suyos todos desbaratados de tal suerte que el que más fuía pensaba que mejor fecho hacía. Mas ni por eso no quiso el almirante volver la cara a sus enemigos, antes los esperó con grandísimo corazón, y pensando dar a un caballero con la espada en la cabeza, cortó todo el cuello del caballo, y viéndose el caballero a pie, mató asimesmo el caballo del almirante, y fue luego conocido, y a ruego de Fierabrás no le mató, mas sin le facer mal alguno le llevaron delante Carlo Magno, el cual estaba en grande placer con sus caballeros, y ellos le estaban contando de las desdichas que les habían acaescido y de lo que pasaron en la torre y los beneficios que de Floripes habían recibido.

CAPÍTULO LVII. Cómo el almirante, por ruegos ni por amenazas, nunca quiso ser cristiano, y cómo Floripes fue baptizada y casada con Guy de Borgoña y fueron coronados reyes de toda aquella provincia.



EL almirante Balán fue llevado a Carlo Magno, y fue muy bien recibido y le mostró mucho amor pensando que se tornaría cristiano. E fue Carlo Magno con sus caballeros a la torre donde estaba Floripes con sus damas, y como supo Floripes su venida, se vistió los mejores vestidos que tenía, con muchas joyas de gran valor, y asimesmo sus damas, y le salieron a recibir a la puerta de la torre y le besaron la mano, y él besó a Floripes en el carrillo, y fue muy maravillado Carlo Magno, así de la hermosura de Floripes como de la riqueza de los vestidos, y se estuvieron allí en gran placer hasta la mañana.

Venida la mañana, mandó Carlo Magno llamar a Fierabrás y le dijo:

—Querría, señor Fierabrás, que hablásemos con el almirante vuestro padre para que, queriendo ser cristiano, le hiciese por vuestro amor mucha honra.

Y Fierabrás le suplicó que gelo dijese él mismo, e venido el almirante, le dijo Carlo Magno desta manera:

—Almirante, todas las criaturas razonables deben dar singular honra a aquel que les dio ser y conocimiento y vida, y es justa cosa que se dé toda honra y reverencia al que hizo el cielo y la tierra y todo lo que en ellos está, pues que es superior de todas las cosas criadas, e caen en muy gran simpleza los que ponen su esperanza en las cosas que ellos facen por sus manos, fechas de materia muerta y insensible. Por lo cual te ruego que por la salud de tu alma quieras dejar tus dioses o ídolos y creer en la Sanctísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sancto, y que recibas el sancto bautismo como tu hijo Fierabrás. Y si esto haces, allende de salvar tu alma, librarás tu cuerpo de muerte y no perderás tus tierras y hacienda, ca por amor de tu hijo Fierabrás te fago merced de todas ellas.

Y el almirante le dijo que no lo faría en ninguna manera, y Carlo Magno sacó el espada y le dijo:

—Si no fuera por tu hijo, tu respuesta y tus días se acabarían en un punto; mas si no te baptizas yo te mandaré matar.

Y el almirante le dijo:

—Emperador, ¿no manda eso la ley de Jesucristo tu dios, que a nadie hicieses fuerza en tal caso, que la verdadera creencia, del corazón ha de proceder? Por ende, no procures de me hacer consentir lo que no creo.

E viendo esto Fierabrás, se puso de rodillas delante su padre y le rogó que hiciese lo que Carlo Magno le decía. Y el almirante ovo miedo de morir y dijo que le placía, y Carlo Magno y todos sus caballeros ovieron gran placer dello. E fueron aparejadas las cosas necesarias muy complidamente y con mucha honra, y estando el almirante cabe la pila donde había de ser baptizado, le dijo un arzobispo:

—Señor almirante, ¿negáis de puro corazón todos vuestros ídolos, que tanto tiempo vos han traído engañado, y creéis en Nuestro Redemptor Jesucristo, que nació de la Virgen Sancta María, siendo virgen antes del parto y en el parto y después del⁸¹ parto?

Entonces el almirante, temblando como azogado, de grande enojo, y la cara encendida como desesperado, dijo que no y escupió en la pila en menosprecio del santo bautismo. E alzó la mano y dio al arzobispo en la cara y le hizo saltar la sangre por la boca y por las narices, y le tomó por los cabellos y le ahogaba en la pila si no gelo quitaran, y desto fueron todos maravillados, y si no fuera⁸² por Fierabrás le mataran súpitamente. E Carlo Magno mandó llamar a Fierabrás y le dijo:

—Fierabrás, bien vistes lo que fizo vuestro padre, y no fue tan liviano su yerro que no mereciese cruel muerte por ello, y por vuestro amor no se le ha fecho mal ninguno. Por ende, ved qué queréis que se haga, que entre nosotros no es de consentir tan hombre.

E Fierabrás le suplicó que por aquel día y la noche siguiente oviese paciencia, y si otro día no se baptizaba, que hiciese dél lo que bien le viniese, e Carlo Magno fue contento dello. Y estuvo Fierabrás todo aquél día y aquella noche rogando a su padre que quisiese ser cristiano, mas no quiso consentir en ello. E venida la mañana, gelo rogó Carlo Magno nuevamente, y ninguna cosa le aprovechó. E viendo esto Floripes, dijo a Carlo Magno:

—Señor, ¿para qué gastas tanto tiempo con el almirante, que jamás será buen cristiano? Mándale matar y le sacarás de pena y a ti de enojo.

Y Fierabrás le respondió:

81.— Orig.: 'el'

82.— Suplo 'fuera'

—En esto veo, hermana, la poca virtud de las mujeres, que por cumplir sus deseos ninguna cosa dejaron de hacer. Por traer a efecto tus carnales placeres con Guy de Borgoña vendiste a tu padre y a todo tu linaje y fueste causa de la muerte de cient mil hombres, y no contenta desto, después de vendido el cuerpo quieres que se pierda el ánima rogando que le maten sin que reciba bautismo.

Y ella le dijo:

—No creas, hermano, que no me pesa de la muerte de mi padre y de la perdición de su ánima; mas sé de cierto que aunque por vuestros ruegos y importunación reciba bautismo, que jamás será buen cristiano.

E vuelto Fierabrás a su padre, le dijo:

—Suplícote, padre mío, que creas en Dios todopoderoso, que hizo el cielo y la tierra y te hizo a su semejanza, y en Jesucristo su Fijo, que murió en el árbol de la cruz por que nuestras ánimas no fuesen perdidas.

Y él le dijo que en ninguna manera tal no faría, y que dello más no le hablase, que más quería morir. Y Fierabrás dijo a Carlo Magno que hiciese dél lo que por bien tuviese, y mandó que gelo quitasen de delante, y los peones lo llevaron al campo y le mataron.

Y Floripes fizo llamar los caballeros que habían estado en la torre y les dijo que les rogaba que cumpliesen lo que le habían prometido. E Roldán le dijo que tenía razón, y dijo a Guy de Borgoña:

—Señor primo, bien será que ordenemos que Floripes reciba el sancto bautismo, y después entenderemos en vuestros desposorios y bodas.

Y Guy de Borgoña dijo que le placía, y lo hablaron al emperador e mandó al arzobispo que hiciese aparejar todas las cosas necesarias, lo cual fue fecho presto, e fue bautizada sin le mudar su nombre tampoco, como a su hermano Fierabrás, y fueron padrinos Carlo Magno y el duque Ragner y Thierry, duque de Dardania, y luego fueron desposados y otro día se velaron y fueron fechas las bodas según a tales señores pertenecía.

Y envió Carlo Magno en todas las provincias del almirante amonestar las gentes que dejasen los ídolos y creyesen en la fe de Jesucristo, y que recibiesen el sancto batismo y que les haría mercedes, y si no, que los haría morir mala muerte o los cativaría, y en poco tiempo fueron todos bautizados. E dio Carlo Magno una parte de las tierras del almirante a Fierabrás. y la otra parte a Guy de Borgoña y a su mujer, y con la corona del almirante los coronó reyes de aquella tierra, con que la tuviesen dél y en su nombre. Y estuvo Carlo Magno en aquella tierra dos meses en gran placer hasta que vido toda la tierra pacífica.

CAPÍTULO LVIII. Cómo Floripes dio las sanctas reliquias a Carlo Magno y cómo hizo Dios un grande milagro delante todo el pueblo.

CUANDO Carlo Magno vido toda la tierra pacífica y que los turcos de su grado se habían tornado cristianos, propuso de volverse para Francia, y llamó a Floripes y le dijo:

—Hija, yo me quiero volver para mi tierra, y tengo gran deseo de ver las reliquias que vos tenéis y las quiero llevar a tierra de cristianos por que sean más guardadas. Y vos quedaréis en esta tierra con vuestro marido Guy de Borgoña y con vuestro hermano Fierabrás.

Y ella le demandó perdón porque antes no gelas había dado, y entró por el cofre y gelo trajo, y queriendo gelo dar, quedó el cofre en el aire entre las manos de Carlo Magno y las de Floripes, y fue causa de desenraigar alguna incredulidad que en su corazón había quedado. Y Carlo Magno y

los otros caballeros puestos de rodillas, lloraron con mucha contrición sus pecados y dieron infinitas gracias a Dios por las mercedes que les hacía. Y el arzobispo tomó el cofre y dijo:

—Verdaderamente estas son las sanctas reliquias que tanto tiempo habemos buscado.

Y las sacó todas una a una y las mostró a los que presentes estaban, y salió muy suave olor dellas. Y fue Floripes muy maravillada dello, ca de cuantas veces las había sacado, nunca había sentido aquel olor fasta entonces, y esto causó la gran virtud del bautismo, y fue dende adelante muy constante y muy firme en la fe de Cristo, y asimesmo Fierabrás su hermano.

Y estando Carlo Magno de rodillas delante las sanctas reliquias, dijo:

—Todopoderoso Dios, que me diste victoria contra mis enemigos y me diste gracia que fallase tus santas reliquias y las sacase de poder de los infieles, a ti doy gracias y infinitos loores, y te suplico que por tu sanctísima piedad me des gracia que las pueda llevar a Francia y me enseña el lugar donde eres servido que estén.

Y el arzobispo les bendijo a todos con las sanctas reliquias, e queriéndolas volver en el cofre, vido Carlo Magno que estaban en un viejo cendal colorado envueltas, y hizo traer un paño de brocado en que se envolvieron, y el cendal dobló muy gentilmente y le puso en el seno, y puestas las santas reliquias en el cofre, dijo el emperador a Guy de Borgoña y a Fierabrás:

—Hijos y⁸³ muy nobles caballeros, yo vos ruego que tengáis vuestras tierras en mucha paz y hagáis justicia así a los menores como a los grandes, y que tengáis vuestras fortalezas bastecidas de pertrechos, por que os podáis tener algunos días si los turcos viniesen sobre ellas. Y no fatiguéis ni maltratéis vuestros vasallos, antes procurad de ser bienquistos dellos y serán las principales fuerzas de vuestras tierras. Mandéis asimesmo hacer iglesias donde se celebren los oficios divinos y se sirva y alabe aquel verdadero Dios que tantas mercedes nos ha fecho. E mandaréis guardar vuestras fronteras, por que si alguna mudanza oviere en vuestros vecinos, que seáis apercebidos para guardar vuestras tierras. Habéis asimesmo de facer instruir vuestros vasallos en la fe de Cristo y tendréis buenos predicadores y hombres de buena vida para que los enseñen. Procurad asimesmo de desechar toda la herejía y castigad por justicia a los que erraren. E por que tengan temor vuestros vasallos y los tengáis más subjectos, vos quiero dejar quince mil hombres de pelea, los cuales vos encomiendo que sean muy buen tratados.

E dicho esto se despidió dellos, y ellos le besaron la mano, y asimesmo Floripes y sus damas. E fizo Floripes tan grande llanto al despedir de Roldán y de Oliveros y de los que en la torre habían estado cercados, que no podía Carlo Magno ni Guy de Borgoña su marido consolarla, y bañada en lágrimas, con sollozos que la querían ahogar, dijo a Carlo Magno que no recibía tanta pena en la torre, cercada de sus enemigos, cuanta sentía en apartarse dellos. Y viendo que no se escusaba la partida, con infinitos sospiros y lágrimas, abrazándolos uno a uno se despidió dellos.

E queriéndose despedir Roldán de su primo Guy de Borgoña, se le puso un nudo en la garganta, que una sola palabra no le dejó hablar. E Guy de Borgoña, con más lágrimas que razones, le dijo:

—En dicha tendré, señor, que otro reciba las mercedes del emperador y se quede con todas las tierras del almirante y que no me aparte yo de vuestra dulce conversación.

E Roldán, esforzándose cuanto pudo, le dijo:

—Gran pena siento en la partida, mas no se puede escusar, pues que Carlo Magno lo ha así ordenado.

De la despedida de Oliveros y de Fierabrás no escribo, por no ser causa de dolor a los leyentes, mas pesó tanto a Fierabrás, que puesto de rodillas delante del emperador le suplicó que no le apartase de su compañía, diciendo que estimaba más su compañía que ser señor de gran parte del mundo. Mas no consintió Carlo Magno que se hiciese otra cosa sino como él lo había ordenado, e mandó luego tañer las trompetas y poner la gente en ordenanza para la partida.

83.— Suplo 'y'.

E yendo su camino adelante se le cayó el cendal que traía en el seno, en que habían estado envueltas las sanctas reliquias, y lo vieron los suyos en el aire sin llegar al suelo ni a ninguna parte, y fueron corriendo a decillo al emperador, que delante iba, y volvió luego con el arzobispo y le pusieron en el cofre con las reliquias con mucha reverencia.

*CAPÍTULO LIX. Cómo Santiago apareció a Carlo Magno
y cómo fue guiado de ciertas estrellas fasta Galicia.*

EL noble emperador Carlo Magno, después de muchos trabajos recibidos por ensalzar la fe cristiana y después de haber ganado muchas provincias de paganos, propuso de no seguir ya las guerras y de apartarse a tener vida contemplativa dando infinitas gracias a Dios y alabanza a su Criador, que tantas mercedes le había fecho en la subjección y vencimiento de sus enemigos. Y estando una noche mirando el cielo, que estaba muy estrellado, vio unas estrellas, en gran concierto puestas, señalando de sí mismas un camino. Y empezaba aquel concierto de estrellas desde la mar de Frisa y pasaba por Alemaña y Italia, entre Francia y Aquitania, y pasaba por Gascuña y tierra de vascos y Navarra, las cuales provincias con grandes trabajos y continuas guerras él había traído a la fe de Cristo. E seguía aquél concierto de estrellas fasta Galicia, donde estaba el cuerpo de Santiago, y no se sabía aún lugar cierto. Y miraba cada noche aquellas estrellas maravillado dello, y decía entre sí que aquello no era sin gran misterio, e después de lo haber mirado muchas veces, con gran deseo de saber qué podría significar aquel concierto de estrellas se puso en oración y rogó a Dios que por su sancta piedad le ficiese sabidor dello.

Y estando una noche en este pensamiento, vio a deshora cabe su cama un hombre muy hermoso y de gentil presencia, y Carlo Magno se quiso levantar para facerle acatamiento y él le dijo que estuviese quedo. Y preguntole qué era lo que tanto deseaba saber, y Carlo Magno le dijo que deseaba mucho saber qué significaba aquel concierto de estrellas que nuevamente parecían en el cielo, y él le dijo:

—Sepas, Carlo, que soy Santiago, apóstol de Jesucristo, hijo del Zebedeo y hermano de Sant Juan Evangelista, y soy enviado para te decir que aquellas estrellas puestas en aquel concierto te serán guía para te levar en Galicia, al lugar donde está mi cuerpo en poder de paganos. Place a Dios que ganes aquella tierra y la conviertas a su santísima fe y creencia. E después de ganada la tierra farás un templo en mi nombre, a donde vendrán de todas las partidas de la cristiandad a ganar grandes indulgencias y remisión de pecados, y esto durará fasta la fin del mundo.

Y en esta manera que dije apareció Santiago tres veces a Carlo Magno, e dende a poco tiempo allegó Carlo Magno cincuenta mil hombres de pelea y con ellos empezó a seguir el camino que le enseñaban las estrellas,⁸⁴ y pasó toda la Francia y Gascuña, y el primer lugar que se le rebeló fue la cibdad de Pamplona, que era muy fuerte y bien bastecida de todos pertrechos, y había en ella grande número de turcos que salían muchas veces a escaramuzar con los del real, y estuvo tres meses sobre ella sin le facer mucho daño, ca estaba bien cercada. E viendo Carlo Magno las grandes fuerzas de la cibdad y que no la podría tomar sino por gran discurso de tiempo, no supo qué

84.— En realidad, el ejército de Carlomagno cruzó los Pirineos respondiendo a la petición del gobernador musulmán de Barcelona, quien también le ofreció la sumisión de Zaragoza y Huesca a cambio de su apoyo contra el Emirato de Córdoba. Habiendo capitulado Pamplona y llegado el ejército a las puertas de Zaragoza, el gobernador negó haber prometido la entrega de la ciudad y resistió el asedio. A todo esto, en el lado oriental del imperio se había producido la enésima revuelta de los sajones. En la retirada, las tropas saquearon cuanto encontraron a su paso y echaron por tierra las murallas de Pamplona.

remedio se tener, salvo encomendarse a Dios y a Señor Santiago, por cuyo mandado se pusiera en aquel camino, diciendo desta manera:

— Señor Dios, mi Criador y mi Redemptor, pues por tu mandado vine en esta tierra para que fuese ensalzada tu santísima fe, y tú Señor Santiago, que fuiste medianero para que me fuese dado este cargo, vos suplico humildemente que me sea dada gracia y poder para sojuzgar esta cibdad y que pueda traer este pueblo a la verdadera carrera de salvación y desviarlos de sus grandes errores.

E diciendo Carlo Magno esto, estaba de rodillas delante un devoto crucifijo que continuamente consigo traía, y antes que se levantase le dijeron cómo gran parte de la cerca de la cibdad se había caído, y conociendo que esto venia por la gracia de Dios, le dio infinitas gracias por ello, y mandó poner su gente en ordenanza y entró en la cibdad. E viendo los paganos que la cerca se cayera de suyo y sin premia alguna fueron muy espantados, y muchos dellos se fueron por una puerta falsa y desampararon la cibdad.

Y entrado Carlo Magno en la cibdad, mandó que a los que quisiesen ser cristianos no ficiesen mal alguno, y que los otros muriesen a espada; y viendo los paganos el grande milagro que Dios mostró sobre la cerca, la mayor parte dellos se convirtió a Dios y demandó bautismo, y lo mismo hicieron las comunidades de alrededor. E Carlo Magno mandó edificar iglesias y monesterios y rentallas complidamente, para que Dios fuese servido y alabado.

E después siguió su camino fasta que entró en Galicia, y en poco tiempo la señoreó toda, honrando siempre mucho a los que se tornaban cristianos y matando los que dello se desviaban, y le seguía continuamente el arzobispo Turpín, y por su mano bautizaba y doctrinaba todos los que demandaban el santo bautismo. Y llegó fasta Finibusterre⁸⁵ (que entonces se llamaba Petronium), y allí fincó la lanza en tierra y puesto de rodillas dio infinitas a Dios y a Señor Santiago de las tamañas mercedes como había recibido en haber sojuzgado tantos pueblos y tanta tierra y tan fuerte en tan poco tiempo.

E conquistó en Galicia y en sus comarcas diez y seis cibdades y villas, todas muy fuertes, entre las cuales ganó una que se llamaba Petrosa, donde se fallaba mina de plata fina, y otra que se decía Tentiva, donde falló el cuerpo de San Torquestre, que fue discípulo de Señor Santiago, en cuya sepultura estaba un pie de oliva que cada año, en un día del mes de mayo, producía flores y fruto muy abundantemente.⁸⁶ Redujo asimesmo a la fe de Jesucristo muchos pueblos en el reino de Portugal, algunos por fuerza de armas, y otros, por sus virtudes y buenas nuevas que dél oían, espontáneamente se le daban.

E puso real sobre una cibdad que se decía Lucerna, que estaba en un muy fructífero y deleitoso valle que se decía Valverde, y estuvo sobre ella cuatro meses, e viendo que no la podía ganar por ningún combate que le diese, y cada día perdía de su gente, y viendo que en toda aquella provincia no había otra cibdad ni fortaleza que rebelde le fuese, púsose en oración a Dios que le diese gracia de la ganar y reducir a su santísima ley, por que no maltratasen los pueblos cristianos que con ella confinaban. E Dios por su sancta misericordia y piedad oyó su oración, y delante sus ojos se cayó gran parte de la cerca, y ovo muy grande mortandad a la entrada, así de la una parte como de la otra, mas finalmente la señoreó. Y no falló en toda la cibdad una sola persona que quisiese conocer a Dios ni recibir el sancto bautismo, y los mandó matar todos, salvo los niños inocentes, los cuales hizo sacar de la cibdad y llevar a los lugares de los cristianos para que fuesen bautizados. E salido de la cibdad con toda su gente, la maldijo, y a vista de los que con él estaban se fundió y se fizo un lago, donde después se hallaban los peces negros como carbón. E maldijo otros cuatro lugares, donde después nunca habitó persona alguna.

85.– En la versión de Jean Bagnion: *ung lieu en la mer qui estoit si avant qu'on n'y pouvoit passer plus oultre.*

86.– San Torcuato sufrió martirio y fue enterrado en Guadix, lugar al que corresponde la anécdota del olivo. Al producirse la invasión musulmana fue trasladado a la pequeña iglesia visigoda de Santo Comba de Bande (Orense).

CAPÍTULO LX. *Que habla de un grandísimo ídolo que fue fallado en una cibdad.*

TRABAJANDO Carlo Magno de continuo en la destrucción de la herejía y a encaminar las gentes en el verdadero camino de salvación, queriéndose ocupar en mandar edificar un templo a honra y en nombre de Señor Santiago, le dijeron cómo en las partes del Andalucía, en una ciudad nombrada Salancadis⁸⁷ en lengua arábica (que quiere tanto decir en nuestra lengua «El lugar del grande dios»), había un ídolo por sutil arte fecho y por arte mágica ordenado. E decíase que Mahomat lo ficiera por sus manos mismas y había encerrado en él, por arte mágica, una legión de diablos por lo guardar y por que el pueblo diese mayor crédito a sus engaños, e lo guardaban los diablos con tanta diligencia, que ningún cristiano no era osado de llegar a él en término de media legua, y si por caso algún ave se posaba en él, luego caía muerta. E cuando los paganos lo iban adorar, les hablaba y respondía a todo lo que le preguntaban; y por esto ninguno osaba hurtar ni robar, y se guardaban de facer otros males temiendo que el ídolo los descubriese, y por esto le tenía aquel pueblo por verdadero Dios y sabidor de todas las cosas.

Y era de fino cristal y tan grande como un hombre, y estaba puesto encima de una piedra de jaspes maravillosamente labrada, tan alta, que escasamente se podía devisar. Y era la piedra en que estaba de ocho esquinas, hecha por manos de grandes maestros, muy gruesa por el pie, endelgazando por arriba. Y estaba el ídolo vuelto a mediodía, y tenía en la mano derecha una llave y en la otra un dardo, e sabían los paganos, de antigüedad grande, que cuando aquel ídolo dejase caer la llave que tenía en la mano, que serían destruidos y echados de sus tierras.

E como supieron que el noble emperador les venía a dar guerra, allegaron muy grande multitud de gente, y bien apercebida, puestos en ordenanza salieron a esperarle en el campo. Y estando en esto, dejó el ídolo caer la llave que en la mano tenía, y ellos cuando esto vieron, temORIZADOS y teniendo su perdición por muy cierta, enterraron sus tesoros y riquezas de más valor y se fueron fuyendo, desamparando la cibdad y el ídolo. E llegado el emperador Carlo Magno, entró en la cibdad sin resistencia alguna, y mandó derribar la piedra y el ídolo y mandó poblar la cibdad de cristianos.

87.- Orig.: 'Salacadis.' Parece referirse a Cádiz, y el nombre resultaría de *Salam* (dios en árabe) y Cádiz.

*CAPÍTULO LXI. Cómo el emperador Carlo Magno mandó edificar
el iglesia de Señor Santiago en Galicia.*



DESPUÉS que el emperador Carlo Magno hubo ganado aquella ciudad y hubo destruido las herejías y derribado aquel ídolo que tantos pueblos traía engañados, se volvió para Galicia y fizo fundar una hermosa iglesia en honra y alabanza del bienaventurado apóstol Señor Santiago, y distribuyó gran parte de sus riquezas a los pobres y hizo grandes mercedes a los nuevamente convertidos. Y estuvo en aquella provincia tres años, e viendo que la tierra estaba pacífica y las herejías del todo destruidas se volvió para Francia, y llegado a Tolosa mandó edificar otra iglesia en honra y alabanza del apóstol Señor Santiago, y la basteció de hermosas campanas y cálices de oro y de plata, y de capas muy riquísimas y de todas las otras cosas necesarias, y le dio gran renta, y fizo asimesmo un muy rico hospital y le dio gran renta. Y allende destas iglesias y otros hospitales y monesterios que fundó de sus propias rentas, fundó las iglesias siguientes: primeramente, en Aquisgrán en Alemania mandó facer una devota iglesia de Nuestra Señora, muy hermosa y muy rica; y en Viterbol, en tierra de Roma, mandó fundar una devota iglesia en nombre de Señor Santiago y le dio grande renta; en Gascuña mandó facer otra iglesia de Santiago muy devota; en Paris mandó facer otra iglesia de Santiago entre la Sena y el Monte de los Mártires, y no escribo las iglesias pobres que reparó ni los devotos monesterios y hospitales que él fundó.

*CAPÍTULO LXII. Cómo un rey de Turquía pasó la mar con gran poder
y tomó ciertos lugares de cristianos y mató en ellos grande número
de cristianos, y como Carlo Magno los tornó a ganar.*

VUELTO Carlo Magno para Francia, estuvo algún tiempo sin guerra, mas ni por eso estaba una sola hora ocioso, antes mandaba visitar muy a menudo las cibdades y villas de sus reinos por saber si eran regidos con justicia y si los grandes agraviaban los menores. Visitaba asimesmo todas las iglesias pobres, y los monesterios y hospitales, y los mandaba reparar y proveer de todo lo que les era necesario.

Y estando en este ejercicio, un rey moro llamado Aygolante vino de África con cient mil hombres de pelea y entró en tierra de cristianos, y tomó muchos lugares y mató muchos cristianos. E venido esto a noticia del emperador Carlo Magno, doliéndose mucho dello, mandó allegar cincuenta mil hombres de pelea, y después de bien armados y apercebidos se puso en camino en busca del rey Aygolante. Y llegados a dos lenguas de donde estaba y certificado Aygolante de su venida, le envió sus embajadores diciéndole que él había pensado de qué manera no muriese mucha gente en la guerra que con él esperaba de haber, y era ésta: que le enviase veinte de sus caballeros y que peleasen con ellos, que él le daría otros veinte o cincuenta, o ciento o mil contra mil, y que no se moviese ninguno hasta que los unos o los otros fuesen vencidos. E Carlo Magno no quería consentir en ello, mas sus caballeros gelo rogaron mucho y lo hubo de facer, y mandó apercebir cient caballeros y fue ordenado el campo entre el real de los cristianos y el de los moros.

Y venido el día, duró la batalla de la mañana fasta mediodía, y de los caballeros turcos no escapó más de uno. Y otro día por la mañana envió Aygolante docientos caballeros muy bien aderezados, e Carlo Magno envió otros docientos, y plugo a Dios que la mayor parte de los turcos fueron muertos, y los otros malamente feridos. Y Aygolante envió a rogar a Carlo Magno⁸⁸ que le enviase mil caballeros contra otros mil suyos, y luego fueron puestos en orden mil caballeros cristianos, y Aygolante fizo escoger entre todos los de su real mil caballeros turcos, e puestos en el campo, empezaron cruda batalla, mas finalmente murió la mayor parte de los turcos, y los otros volvieron rienda para su real y los cristianos los siguieron fasta que se entraron entre los suyos y se movió todo el real contra ellos; mas Aygolante los fizo muy prestamente volver, y pasaron tres días sin que ninguno dellos se moviese.

En estos tres días hizo Aygolante hacer grandes esperiencias a ciertos astrólogos que tenía, y le dijeron que si Carlo Magno siguiese por estonces la guerra, que perdería gran parte de su gente. Y entonces envió a decir a Carlo Magno que saliese al campo con su gente, que él saldría con la suya, y Carlo Magno fue contento dello. Y mandó apercebir toda su gente y ordenar sus batallas, y el día antes del día de la batalla, estando los cristianos en un campo llano, fincaron sus lanzas en el suelo, y venida la noche las dejaron allí fincadas hasta al otro día de mañana, y en la mañana mostró Nuestro Señor Dios un grande milagro, que las lanzas de todos aquellos que murieron en aquella batalla se hallaron verdes y floridas, con cortezas y raíces. Y en aquel lugar mismo están los cuerpos de los bienaventurados mártires Sant Facundo y Sant Primitivo, en una cibdad que Carlo Magno mandó edificar y poblar de cristianos en honra de aquellos cuerpos y en memoria de tan grande milagro.

E cada uno tomó su lanza para salir a la batalla, y los que las fallaron verdes las cortaron hasta el suelo y las repararon para servirse dellas sin saber lo que significaba aquello, aunque veían que era grande milagro; y no lo supo ninguno salvo Carlo Magno, a quien plugo Dios que le fuese revelado. E puesta la gente en ordenanza y ordenadas las batallas de la una parte y de la otra, se

88.- Orig.: 'mrgno'

comenzó muy cruda batalla, y murieron en ella treientos caballeros cristianos, hombres principales, sin los otros y sin el peonaje, entre los cuales murió el duque Milón, padre de Roldán; y mataron el caballo a Carlo Magno y peleó a pie gran parte del día y⁸⁹ hizo grandes fechos de caballería. E ya que levaban los paganos lo mejor de la batalla, los caballos de los cristianos muertos entraron en la batalla, y pelearon con tanto concierto como si en ellos oviera entendimiento.

E venida la noche ovieron por bien de dejar la batalla, así los unos como los otros, e plugo a Dios que el día siguiente, apercebiéndose los unos y los otros para la batalla, llegaron al real de Carlo Magno cuatro marqueses de las partes de Italia con, cada uno, cuatro mil hombres de pelea muy bien armados; e sabiendo esto Aygolante, empezó a fuir secretamente facia la mar, e los cristianos los siguieron y les tomaron todo el fardaje y las riquezas que traían.

Carlo Magno lo dio todo a los caballeros que le vinieron ayudar, y otro día se despidieron dél y Carlo Magno se volvió para Francia y estuvo siete años sin guerra, viviendo en vida contemplativa.

CAPÍTULO LXIII. Cómo Aygolante volvió y envió al emperador Carlo Magno que le quisiese hablar, y como Carlo Magno en hábito de mensajero fue a hablar a Aygolante.



COMO arriba dije, cuando Aygolante vido el socorro que de Italia había venido a Carlo Magno se volvió para su tierra, y cuando supo que Carlo Magno se había retraído a vida contemplativa y que no curaba ya de guerra, pensó que tendría buen aparejo para facer guerra a los cristianos y les tomar sus tierras. Y convocó en su compañía nueve reyes paganos, y cada uno con toda la gente que pudo allegar le vino a favorecer, y se fallaron en su servicio docientos mil hombres de pelea, aunque había muchos desarmados y no diestros en las armas. E con ellos pasó en Gascuña y tomó luego una cibdad que se decía Agenes, y allí hizo su asiento.

89.- Suplo 'y'.

E deseaba mucho conocer por vista a Carlo Magno por ver su filosomía, que por el valor de su persona ya le tenía conocido, y esto hacía por conocerle en las batallas. Y a esto le movió la gran diligencia que puso Carlo Magno en allegar gente cuando supo que había aportado en Gasuña, no fuyendo del gran trabajo de los guerras, no curando del descanso, aunque su edad ya lo pedía, y por esto deseaba ver su filosomía. E como supo que con muy polida gente de guerra venía a dalle batalla, le envió tres dromedarios cargados de oro y de plata labrada y piedras de grandísimo valor; y envió a rogar que quisiese ir a cierto lugar con poca gente, que él iría asimesmo con algunos caballeros a le fablar, y que allí darían orden a sus guerras o a las paces, por que diese ya algún descanso a sus viejos y fatigados miembros y pudiese seguir la vida contemplativa, pues que della era servido Dios más que de las guerras.

E Carlo Magno recibió bien a los mensajeros y les dijo que le placía, y mandó luego apercebir dos mil caballeros y con ellos fue fasta un monte no muy lejos de la cibdad donde estaba el rey Aygolante, y allí dejó las armas y se puso en hábito de correo, y con tan solamente un caballero, vestido de la mesma manera y sin armas, se fue para el rey Aygolante, y llegados a las puertas de la cibdad fueron llevados al rey Aygolante en son de presos, y Carlo Magno le dijo:

—El noble y muy poderoso señor el emperador Carlo Magno, mi señor, me envía a ti a facerte saber cómo en el lugar que tú le enviaste a decir te está esperando con tan solamente cincuenta caballeros, y cuando quisieres podrás ir a fablar con él.

Y Aygolante le dijo que se volviese y dijese a Carlo Magno que le esperase, que muy prestamente sería con él. Y despedido del rey Aygolante, se fue por la cibdad y miró muy bien la parte donde estaba menos fuerte la cerca, y miró asimesmo su gente y no hizo mucha cuenta della, aunque era mucha, y después que lo hubo bien mirado todo se volvió para sus caballeros, que estaban en el monte. Y el rey Aygolante se partió de la cibdad con diez mil caballeros para ir a fablar a Carlo Magno, y sabiendo Carlo Magno que venía con tanta gente, se fue adelante con sus caballeros para donde había dejado los otros.

*CAPÍTULO LXIII. Cómo Carlo Magno tomó la cibdad
donde estava el rey Aygolante.*



DESPUÉS que Carlo Magno hubo mirado las fuerzas de la cibdad y el real de sus enemigos, no dudando en la victoria hizo apercebir su gente y mandó que fuesen proveídos de armas los que menester las habían, y puesta la gente en ordenanza y ordenadas sus batallas, se puso en camino para la cibdad donde estava Aygolante, y en el monte donde se habían de fablar los dos halló gran multitud de paganos puestos en dos batallas, y hubo allí una muy cruda batalla y fueron los paganos destrozados y muertos gran parte dellos, y los otros fuyeron pensando meterse en la cibdad; mas de miedo de los cristianos no les osaron abrir las puertas los que dentro estaban, y estava dentro el rey Aygolante con algunos caballeros principales. E Carlo Magno mandó que quedase alguna gente para guardar las puertas, por que no saliese el rey Aygolante, y los otros siguieron el alcance fasta la noche, matándolos sin resistencia alguna.

Y vuelto Carlo Magno, puso su real en la cibdad y la tuvieron cercada tres meses, e viendo el rey Aygolante que no podría tener mucho tiempo la cibdad, por mengua de vitualla, mandó cavar por debajo de tierra, y en poco tiempo cavaron tanto que hicieron camino por donde se salieron todos y se metieron en otra cibdad. Y viendo los cristianos que no veían gente por la cerca de la cibdad ni sentían bollicio alguno, derribaron una puerta y entraron dentro, y fueron muy maravillados cuando vieron la cibdad sola, y fallaron la cueva por donde se habían ido y fueron prestamente tras ellos, y pusieron sobre la cibdad donde estaban real y estuvieron sobrella sesenta días, y el rey Aygolante envió a⁹⁰ decir a Carlo Magno que, si quería, que ellos dos, uno por uno, ficiesen batalla con esta condición: que si Carlo Magno fuese vencido, que se volviese para Francia sin le facer más guerra, y que si él fuese vencido, que pasaría la mar con la poca gente que tenía, sin jamás volver en aquellas partes.

E Carlo Magno fue contento dello, mas sus caballeros no lo quisieron consentir en ninguna manera, e Aygolante dijo que fuese la batalla entre docientos caballeros cristianos y docientos paganos; y escogido el campo y el día de la batalla, comenzando los caballeros su batalla, el rey

90.- Suplo 'a'

Aygolante se fue calladamente y no paró fasta las fronteras de Aragón, y de los docientos caballeros suyos no escapó ninguno que no fuese muerto o preso.

CAPÍTULO LXV. Cómo Carlo Magno se fue para Francia, y cómo volvió otra vez a dar guerra al rey Aygolante y de la compañía que trajo de Francia.

VIENDO Carlo Magno que en toda Gascuña no quedaba pagano ninguno ni había a quien ficiere guerra en aquellas partes, se volvió para Francia y dende a pocos días se despidió toda la gente de guerra, y no pasaron muchos días cuando Aygolante allegó gran número de paganos y le envió a desafiar. E hubo Carlo Magno grande enojo dello, y mandó llamar todos sus barones y les rogó que con todo el poder que pudiesen le fuesen ayudar contra Aygolante y su gente, los cuales vinieron prestamente a su mandado.

Primeramente vino el arzobispo Turpín con dos mil hombres de pelea, e don Roldán de Cernonia, sobrino de Carlo Magno, hijo de su hermana doña Berta y del duque Milón, con cuatro mil hombres de pelea; Oliveros, conde de Genes, fiijo del duque Regner, con tres mil hombres; Arastragus, rey de Bretaña, con cinco mil hombres de pelea (aunque en Bretaña había otro rey); Eugelius, duque de Quitania, con seis mil hombres de pelea; Gaferius, rey de Bordelois, con cuatro mil hombres; Gaudebois,⁹¹ rey de Frisa, con siete mil hombres; Baldoino, hermano de Roldán, con dos mil hombres; Naymes, duque de Bavaria, con diez mil hombres; Oger de Danois con diez mil hombres; Sansón, duque de Borgoña, con diez mil hombres; Garín, duque de Lorena, con seis mil hombres, y otros muchos que aquí no son nombrados. E sin éstos, allegó Carlo Magno en su tierra treinta mil hombres de pelea.

CAPÍTULO LXVI. De las treguas de Carlo Magno y de Aygolante, y de la muerte de sus caballeros y por qué Aygolante no quiso recibir baptismo.

LEGADO Carlo Magno con su gente a las fronteras de Aragón, Aygolante le envió a rogar que enviase veinte caballeros cristianos contra veinte paganos. E Carlo Magno los envió al lugar deputado y al día señalado, y los paganos fueron muertos sin que uno solo escapase. E después fueron enviados cuarenta para cuarenta, y fueron asimesmo muertos los paganos.

E Aygolante envió a rogar a Carlo Magno que quisiese enviar mil caballeros cristianos contra mil suyos con esta condición: que si los suyos eran vencidos, que prometía de tornarse cristiano y dejar todos sus ídolos, e Carlo Magno fue muy contento. Y llegados los caballeros al campo de la batalla, empezaron muy cruda batalla, y los paganos no murieron todos, mas echaron a fuir, y de los cristianos no hubo sino tres muertos y seis feridos. Cuando Aygolante vido esto, dijo que verdaderamente la ley de los cristianos era mejor que la de los turcos, y propuso de recibir el sancto baptismo y pidió treguas a Carlo Magno para entrar solo seguramente en su real, y Carlo Magno gela otorgó.

Y el día siguiente ante de mediodía entró Aygolante en el ejército de Carlo Magno, y sabiendo que estaba asentado a la mesa, quiso verle comer por saber la manera de su servicio, y venía

91.- Orig.: 'Gaudeboy'.

principalmente para recibir bautismo. E mirando a Carlo Magno que estaba comiendo, vido que le servían muy honradamente con grande abundancia de viandas, y vido sus barones asentados a la mesa con él ricamente ataviados y asimesmo bien servidos, y vido a otra parte, desviados de su mesa, trece pobres asentados en el suelo, y les daban a comer de lo que alzaban de la mesa (y esto mandaba hacer todos los días el emperador Carlo Magno en reverencia de nuestro Señor Jesucristo y de sus doce Apóstoles). E Aygolante preguntó a Carlo Magno, después que ovo comido, qué gente era aquella que estaba en su sala comiendo en el suelo y tan miserablemente vestida, y el emperador Carlo Magno le dijo:

—Éstos son los pobres de Dios, y les mando dar de comer por servicio de Dios y en remembranza de nuestro Redemptor y de sus doce Apóstoles.⁹²

Y Aygolante le dijo:

—¿Cómo Carlo Magno? ¿A la gente de tu dios tratas desa manera, que los dejas morir de frío por mengua de ropa y les das de comer en el suelo como a perros y les das lo que tú y tu gente dejáis sobrado, y a tu gente tienes a tu mesa muy ataviada y mejor servida? Grande injuria faces al Señor cuando tratas mal su gente. Dices de tu lengua que tu ley es muy buena y perfeta, y en tus fechos la muestras mala y de ningún valor.

E fue tan escandalizado desto, que dejó su buen propósito y, vuelto a su real, envió nuevamente a desafiar al emperador Carlo Magno.

CAPÍTULO LXVII. De la muerte del rey Aygolante y de su gente, y cómo murieron muchos cristianos por cobdicia de llevar las riquezas de los moros, y de un grande milagro que mostró Nuestro Señor Dios a los cristianos.

CUANDO el emperador Carlo Magno vido a Aygolante en su real, pensando que recibiría bautismo fue mucho alegre, y sabiendo que se había ido así escandalizado, le pesó muy mucho por ello, y mandó buscar todos los pobres que estaban en el real y los mandó vestir todos, y mandó también que los trece pobres, que dende en adelante fuesen servidos como su mesma persona, e así se fizo en sus palacios mientras vivió Carlo Magno.

El día siguiente, Aygolante mandó apercebir su gente, y puestos asimismo los cristianos en ordenanza, hubo tan grande batalla, que los cuerpos muertos y los arroyos de sangre que corrían por el campo cerraban los pasos a los vivos, y viendo Aygolante la muerte de su gente, deseoso ya de morir, se metió tanto en los cristianos, que quedó muerto en el campo, y los suyos echaron a fuir, y escaparon tres reyes con alguna otra gente. Y cuando los cristianos fueron señores del campo entraron en la cibdad y mataron cuantos en ella fallaron. Y estuvieron en ella todo aquel día y aquella noche, e otro día mandolos Carlo Magno poner en ordenanza y se salió de la cibdad, y los peones quedaron atrás y llevaron grandísimas riquezas que fallaron en la cibdad. Y los reyes que habían escapado de la batalla supieron que los hombres de caballo iban delante y que los peones iban cargados de los tesoros de la cibdad, y fueron para ellos en buena ordenanza y sin mucha resistencia mataron cuatro mil dellos.

E como las nuevas de Aygolante y de sus caballeros viniesen a Furre, príncipe de Navarra, grande señor y muy valiente por su persona, envió a decir a Carlo Magno que le esperase en el campo. E Carlo Magno tenía tanta fe en el favor de Dios y tanto deseo de pelear por su santísima ley, que hubo

92.- Orig.: 'apostolos'

grande placer dello. E asignado el campo y el día de la batalla, Carlo Magno se puso en oración y rogó a Dios, que le quisiese dar a conocer los caballeros que en aquella batalla habían de morir.

El día siguiente, que era día de la batalla, estando toda la gente armada, vido Carlo Magno que todos los que habían de morir en aquella batalla tenían una cruz colorada en el hombro izquierdo, y dio infinitas gracias a Dios por ello; e habiendo piedad dellos, los llamó todos y los encerró en cierto lugar y les mandó que en ninguna manera no saliesen a la batalla, e con la otra gente dio batalla a Furre y en poco tiempo le desbarató y mató la mayor parte de su gente. E cuando se vido señor del campo y libre de sus enemigos se volvió a donde había encerrado los otros, y los halló todos muertos, e conoció que la voluntad de Dios era dar aquel día su santa gloria y la corona de martirio a aquellos que tenían aquellas señales, y que había hecho simplemente en les querer prolongar su salud.

CAPÍTULO LXVIII. Que habla de Ferragús, maravilloso gigante que llevaba los caballeros debajo del brazo, y cómo don Roldán hubo batalla con él.



DESPUÉS que Aygolante y el príncipe Furre fueron muertos, y otros muchos reyes y grandes señores de Turquía, fueron las nuevas al almirante de Babilonia, el cual tenía en su tierra un gigante que se llamaba Ferragús, y mandó apercebir treinta mil hombres de pelea y en compañía del gigante los envió a hacer guerra a Carlo Magno. Y aportaron a una cibdad, que se llamaba Vagiere, y tomaron ciertos lugares de cristianos, y después envió Ferragús a decir a Carlo Magno si quería haber batalla uno por uno. Y el noble Carlo Magno, que jamás fuyó de ningún peligro ni batalla por la fe de Cristo, aceptó el desafío y señaló el campo de la batalla; mas sus barones le rogaron que en ninguna manera tal no ficiese, ofresciéndose todos de ir a la batalla del gigante por él, diciendo, que en su vida se encerraba la honra de todo su ejército. Y a ruego dellos dejó de ir a la batalla y mandó a Oger de Danois que se proveyese de buenas armas y buen caballo, y otro día por la mañana saliese a la batalla con el gigante Ferragús, y él fue muy contento dello.

E venida la mañana, Oger de Danois, armado de todas armas y caballero en un hermoso caballo, salió al campo donde estaba señalada la batalla, y luego salió Ferragús y miró a todas partes si vería más de un caballero, y como vido que estaba Oger solo, se llegó a él sin facer semblante de batalla, y le tomó debajo del brazo y sin le facer mal alguno le llevó a la cibdad y le mandó meter en una fuerte torre.

Era este gigante tan grande como dos grandes hombres; la cara tenía tres palmos de largo y otro tanto de ancho; sus brazos, y piernas parecían grandes vigas de lagar, y tenía la fuerza de cuarenta hombres, y traía dos arneses uno sobre otro; su yelmo tenía tres dedos de grueso, los dedos de las manos tenían tres palmos de largo.

E dejó a Oger en la torre y volvió otra vez al campo, y sabiéndolo Carlo Magno, le envió otro que se llamaba Reginaldo de Abuepín, y Ferragús lo tomó ligeramente y lo llevó a la torre y volvió luego al campo, y Carlo le envió a Costantino de Roma y le llevó con los otros y volvió al campo, y le envió a Hoel de Nantes y fue llevado con los otros, e Carlo Magno le envió dos juntos, y Ferragús tomó el uno debajo de un brazo, y el otro debajo del otro y los llevó ligeramente a la torre con los otros. E viendo esto Carlo Magno fue muy espantado dello, y no osaba enviar otro y no sabía qué se facer, ca enviarle muchos siendo él solo le parecía feo, y uno ni dos no aprovechaba nada, y estaba muy pensativo por ello.

E Roldán viendo la proeza del pagano, estaba asimismo muy malcontento, ca los que había llevado eran todos buenos caballeros; y sin temor alguno de las grandes fuerzas del gigante fue pedir licencia a Carlo Magno para salir a la batalla, y no gela quiso dar. E habiendo estado Ferragús gran rato en el campo solo, envió a Carlo Magno que le enviase con quien pelease, que grande mengua era la suya no tener en su corte quien saliese a la batalla con un solo caballero.

Esto y otras amenazas feas le envió a decir muchas veces, y⁹³ oyéndolo Roldán, le tornó a suplicar que le diese licencia para ir a la batalla del gigante, que más honra le sería morir en ella que sufrir las amenazas del gigante. E viendo Carlo Magno la importunación de Roldán y las amenazas de Ferragús, hubo de darle licencia, y le dijo que llevase otro caballero en su compañía, y Roldán le dijo:

—Si a la batalla de un solo caballero fuésemos dos, la honra era del que solo estaba, aunque muriese en el campo. E tus caballeros, no por hacienda ni por riqueza se han puesto a las grandes afrentas, sino por la honra, sirviendo a Dios y a tu imperial corona; por ende, no me mandes ir acompañado para un solo caballero.

E despedido de Carlo Magno, fue prestamente armado de sus armas, y cabalgó en un muy escogido caballo y con una lanza muy gruesa salió al campo de la batalla, donde estaba Ferragús esperando, y estaba sin lanza y tenía en su brazo izquierdo un escudo de acero muy grande, y en la mano derecha una espada cual convenía para las fuerzas y el grandor de su cuerpo. E Roldán le dijo que tomase lanza, y el gigante no le respondió y se fue para él, y Roldán no quiso tener ventaja alguna en las armas, y dejó la lanza y echó mano a Durandal y le esperó con grandísimo esfuerzo. E llegándose el gigante para le llevar como a los otros, le dio Roldán un gran golpe en el yelmo, mas ni por eso no dejó de juntarse con él, y le tomó con el brazo derecho y le sacó de la silla y volvió rienda para llevarle a la torre donde tenía los otros.

E viéndose Roldán llevar de tal manera, estribó con el pie en las ancas del caballo y con entramas manos asió del capacete del gigante y le trastornó del caballo y cayeron entramos en el suelo. Y Ferragús dijo a Roldán si quería que cabalgasen en sus caballos, y él le dijo que sí, y cabalaron entramos y volvieron a la batalla. Y Roldán dio a su enemigo tres golpes arreo en el yelmo, y al tercero resbaló la espada y le mató el caballo, y viéndose Ferragús a pie, con grande enojo se cubrió del escudo y alzó la espada cuanto pudo, y temiendo Roldán la fuerza del gigante, desviándose dél

93.- Suplo 'y'.

le tiró un revés con toda su fuerza, y le dio en la mano derecha y le hizo caer la espada en el suelo, y dio con el puño en la cabeza del caballo de Roldán y dio con él en suelo, y a pie entramos, siguieron su batalla, guardándose Roldán con su ligereza de los golpes del gigante, y duró su batalla fasta que la noche los departió, sin que en ellos se conociese ventaja alguna, y concertaron que en la mañana, a pie y sin lanza, diesen fin a su batalla, y se fueron a descansar.

CAPÍTULO LXIX. Cómo Roldán y Ferragús hicieron su batalla a pie, y cómo disputaron de la fe y de qué manera fue muerto Ferragús.

VENIDA mañana, salieron Roldán y Ferragús al campo de la batalla y pelearon fasta mediodía sin que ninguno dellos fuese ferido, ca Roldán se aguardaba de los golpes del gigante y él estaba guardado de los golpes de Durandal por la fuerza de sus armas, que eran todas dobladas. Y siendo muy cansados entrambos, Ferragús pidió treguas a Roldán para dormir un poco, y Roldán fue contento dello. Y Ferragús se tendió en el suelo, y cuando Roldán le vido echado, tomó un grande canto y gelo puso debajo de la cabeza por que durmiese más a su placer, e después se asentó cabe él mirándole las armas y maravillandose dellas y de la grandor de su cuerpo. Y luego despertó Ferragús y se levantó asentado, y Roldán se asentó cabe él y le dijo:

—Muy estoy maravillado, Ferragús, de tus grandes fuerzas y cómo puedes comportar el peso de tus armas.

Y Ferragús le dijo:

—Sepas que tengo la fuerza de cuarenta hombres, y allende deso, no puedo morir de ferida sino por el ombligo.

Y Roldán mostró que no lo había entendido. E Ferragús le preguntó cómo se llamaba y de qué linaje era, y Roldán le dijo:

—Yo me llamo Roldán, y soy sobrino del muy poderoso emperador Carlo Magno.

Y le preguntó Ferragus qué fe tenía y cuál ley guardaba, y Roldán le respondió.

—Yo soy cristiano y la ley de Cristo tengo, y en defensión de aquélla deseo morir.

Y Ferragus le dijo:

—Esa ley cristiana, ¿quién la dio?

Y Roldán le respondió:

—Después que el todopoderoso Dios fizo el cielo y la tierra y fizo nuestro padre Adán, el cual fue desobediente a sus mandamientos, fue todo el mundo privado de la gloria del Paraíso. E doliéndose el Fijo de Dios de la perdición de las ánimas, descendió del cielo y tomó nuestra humanidad y sufrió muerte y pasión por librarnos de las penas del Infierno, y conversando acá entre nós el Fijo de Dios, nos dio doctrinas y enseñamientos mediante los cuales pudiésemos alcanzar la gloria del Paraíso.

E después que Ferragús le ovo preguntado muchas otras cosas tocantes a la ley cristiana, le dijo:

—Tú eres cristiano y tienes, según parece, la ley de tu dios enraigada en tus entrañas y por ella veniste a esta batalla, y yo vine de Turquía por vengar la sangre de los nobles reyes y⁹⁴ esforzados caballeros que Carlo Magno ha fecho morir en esta tierra. Por ende, quiero que en nuestra batalla haya esta condición: que la ley del vencedor sea habida por muy buena y aprobada, y la del vencido por falsa.

Y aunque Roldán conoció que erraba en tener aquél concierto, confiando en la misericordia de Dios dijo que le placía, y levantáronse ambos y empezaron de nuevo su batalla. E viendo Fe-

94.- Suplo 'y'.

rragús que jamás podía acertar a don Roldán por la ligereza que tenía, sintiéndose ya cansado, pensó de usar de maña, y viendo que Roldán le quería dar un golpe encima del yelmo, él lo esperó osadamente, y cuando le vido alzar el espada, antes que abajase el golpe dejó caer su espada y le abrazó por el cuerpo y le derribó en el suelo, y le quería degollar con los dientes; y Roldán sacó una daga que tenía y gela metió por debajo del arnés y la falda y le firió en el ombligo, y cuando se sintió ferido dio un grandísimo grito, y conocieron los suyos que estaba en grande necesidad de socorro y salieron prestamente en su favor.

E viéndolos venir Roldán, tañó su cuerno y vinieron asimesmo los cristianos en su favor, y allegados al campo empezaron cruda batalla, y fue Roldán servido de caballo y lanza, y viendo unos caballeros que llevaban al gigante a la cibdad, fue en pos dellos y en poco rato derribó la mayor parte dellos, y los otros dejaron a Ferragús y, fuyendo, se metieron en la cibdad. Y Roldán preguntó al gigante si quería ser cristiano, y él dijo que no, y mandó a los peones que le cortasen la cabeza.

E duró la batalla seis horas y murió mucha gente de la una parte y de la otra, y no pudiendo los paganos sufrir los duros golpes de los cristianos, se quisieron acoger en la cibdad, mas no pudieron guardar que no entrasen los cristianos con ellos, y fueron señores de la cibdad y sacaron a los caballeros que en la torre estaban.

CAPÍTULO LXX. *Cómo Carlo Magno ovo batalla con el rey de Córdoba y el rey de Sevilla.*



CUANDO el rey de Córdoba y el rey de Sevilla supieron la muerte de Ferragús y de los otros caballeros ovieron muy grande enojo dello, y enviaron sus embajadores a Carlo Magno e le dijeron cómo los reyes de Córdoba y de Sevilla tenían gran deseo de haber batalla con él, y si quería ir a un campo llano muy grande con su gente de guerra, que los hallaría allá con sesenta mil hombres de pelea, y Carlo Magno les dijo:

—Decid a los reyes que aunque no lleve tanta compañía como ellos, que no dejaré por eso de ir al campo para el día que fuere señalado.

Y escogido el campo y el día, mandó el emperador apercebir toda su gente, y lo mesmo hicieron los reyes moros, e mandaron facer diez mil carátulas muy feas, dellas negras y dellas coloradas, con grandes orejas y mayores cuernos, y mandaron que se las pusiesen los peones y que cada uno tuviese un cencerro en la mano. E llegado Carlo Magno al campo con su gente y ordenadas sus batallas para acometer a sus enemigos, pusieronse delante los peones con las carátulas, y tañendo los cencerros espantaron los caballos en tanto grado, que a pesar de sus señores echaron a fuir y desbarataron todas las batallas, y entonces se metieron en ellos los paganos con buena ordenanza y mataron muchos dellos.

Y Carlo Magno mandó recoger su gente y mandó a los caballeros que cada uno pusiese un paño delante los ojos de su caballo y que les cerrasen los oídos con algodón, y que en la mañana con buena ordenanza acometiesen sus enemigos. Y así fue hecho, e duró la batalla hasta mediodía y los desbarataron a todos, salvo diez mil hombres que tenían en guarda dos carros con grandes reparos alrededor dellos, y en el uno destos carros estaba su estandarte, y estaban juramentados aquellos diez mil caballeros, que por peligro ni afrenta en que se viesen, no volviesen la cara a sus enemigos mientras el estandarte estuviese alzado. E supiendo esto Carlo Magno, se metió con gran denuedo en los paganos, y hizo tanto, que llegó a la bandera y dio con ella en el suelo, y entonces echaron a fuir los diez mil caballeros, y los cristianos los siguieron fasta que se metieron en una buena cibdad, que era del rey de Córdoba, y un noble caballero que tenía en guarda la cibdad se tornó cristiano y lo baptizó el arzobispo Turpín, y a otros que se baptizaron con él, y a los otros mataron.

CAPÍTULO LXXI. Cómo el arzobispo Turpín consagró la iglesia de Santiago.



DESPUÉS de las guerras y batallas susodichas, viendo Carlo Magno que toda la tierra estaba sosegada y pacífica, ordenó de irse para Alemania, e antes que fuese quiso ir a Santiago en Galicia. Y se puso en camino con muy poca gente e fue muy bien rescebido de toda la gente, y anduvo toda la provincia visitando las iglesias y monesterios que entonces había, y las mandaba reparar y proveer de las cosas necesarias, como campanas, casullas,

capas y otras vestimentas, y cálices y patenas; y mandó hacer algunas imágenes muy devotas en honra y memoria de los sanctos y sanctas, y hizo constituciones y ordenanzas y sojuzgó y atribuyó todas las iglesias de aquella provincia a la iglesia de Santiago, e ordenó que todas las casas de Galicia tributasen cada año a la iglesia de Santiago cuatro dineros de la moneda que entonces corría, e con ese tributo eran libres de todo otro pecho, y fue ordenado que todos los obispos de aquella provincia fuesen sujetos al obispo de Santiago.

Y el arzobispo Turpín, acompañado de nueve obispos, hombres de santa vida, a recuesta del emperador Carlo Magno consagró y bendijo la dicha iglesia en el mes de julio; e fue llamada la iglesia de Santiago Apostólica, por cuanto es la segunda iglesia de cristiandad adonde recorren los cristianos para fallar indulgencias y remisión de sus pecados. Y la primera es Sant Pedro de Roma, por cuanto Sant Pedro fue muy amigo de Dios y muy honrado entre sus apóstoles, y predicó su santísima fe en Roma y en ella fue martirizado. E después Señor Santiago, que tomó grandísimo trabajo por ensalzar el nombre de Dios en la provincia de Galicia; por ende, dignamente hay memoria de sus milagros y martirio por todo el mundo.

CAPÍTULO LXXII. Cómo Ganalón fue enviado con embajada a los reyes moros y cómo propuso de vender sus compañeros. Y una reprehensión del auctor.

EN este tiempo estaban en la cibdad de Zaragoza dos reyes hermanos, y el uno se llamaba Marsirius y el otro Belegandus, los cuales había enviado el almirante de Babilonia a España, y estos reyes en señal de amor habían enviado grandes dones y tributos a Carlo Magno otro tiempo. E deseando Carlo Magno de tornarlos cristianos, propuso de les enviar un mensajero que les amonestase, y fue escogido entre todos sus caballeros Ganalón, por ser muy elocuente, e le mandó Carlo Magno que les dijese que se tornasen cristianos o que le enviasen tributo y parias en señal de vasallaje.

E Ganalón, armado de todas armas, se partió para Zaragoza y fue bien rescebido de los reyes moros, y después que ovo fecho su embajada le preguntaron los reyes por Carlo Magno y por sus caballeros y por sus condiciones y modo de vivir, y conocieron en sus respuestas que no los quería bien, y conocieron asimesmo en su filosomía que por dineros haría cualquier vileza, y por eso le osaron hablar de traición, a la cual muy ligeramente consintió. Y le dieron veinte caballos cargados de oro y de plata y de otras joyas de gran valor y les prometió de les entregar los caballeros y barones del emperador Carlo Magno, y a él mismo si pudiese; y les dijo que enviasen su gente al puerto de Roncesvalles, que ternía modo de les entregar los Doce Pares. E fue ordenado entrellos que Ganalón llevase al emperador treinta caballos cargados de oro y de plata, y seda y brocados, y cuatrocientos caballos cargados de vino muy escogido, y dos mil moras muy hermosas, y esto en señal de amor y obediencia.

Y esta traición hizo Ganalón solamente por cobdicia. ¡Oh maldito hombre y en fuerte punto engendrado! Nascido de noble sangre, fueste provocado de avaricia hacer tan grande traición. Eras rico y de grande renta, y por dinero te moviste a vender a tu señor. No podías decir que de necesidad eras constreñido, y aunque la tuvieras, no eras escusado. Entre tantos caballeros de honra fueste escogido para llevar aquella embajada, fiándose el emperador en ti tanto como en cualquier dellos, y por dineros vendiste a él y a todos sus barones. Si dél tenías enojo, ¿por qué vendías los nobles caballeros? Y si de los caballeros tenías algún rancor, ¿por qué vendías a tu natural señor, de quien tantas mercedes habías recebido? De toda la cristiandad eran queridos y

de ti fueron vendidos. Miraras que hacías maldad a Dios en vender sus caballeros, y después a tu natural señor y finalmente a todos los cristianos, ca tenían en ellos fuerte fortaleza y cumplido socorro contra los infieles, a los cuales los vendiste por dineros siendo tus amigos y tus continos compañeros. ¡Oh perversa avaricia, enemiga de caridad y contraste de toda virtud, de cuantos males eres causadora! Por avaricia vendió Judas a Jesucristo, por avaricia fue Adán desobediente a su Criador, y por ella fue la cibdad de Troya puesta en sujeción, y por avaricia vendió Ganalón los caballeros en quien jamás faltó virtud y nobleza.

Y Ganalón llevó los presentes susodichos a su señor Carlo Magno, el cual dio crédito a sus angañosas razones y sin sospechar mal alguno rescibió los presentes y los repartió a su gente. E después, por consejo de Ganalón, se partió con todo su ejército para Roncesvalles, ca le dio a entender que los reyes se querían tornar cristianos. Y dio la primera guarda a Roldán y a Oliveros y a los otros sus principales barones, con solamente cinco mil hombres de pelea, y él se quedó atrás.

E los dos reyes moros estaban ya en Roncesvalles, como les dijera Ganalón, con sesenta mil hombres de pelea puestos en dos batallas; en la primera batalla había veinte mil hombres y en la otra cuarenta mil, y estaba apartada la una de la otra. E llegados los cristianos a la primera batalla de los moros, los dejaron pasar fasta que los tomaron en medio, y empezaron una cruda batalla y fueron los cristianos apremiados de retraerse, ca estaban muy fatigados.

*CAPÍTULO LXXIII. De la muerte de los franceses y del rey Marsirius,
y cómo Roldán fue ferido de cuatro lanzadas.*

ESTANDO los cristianos desviados de sus enemigos vieron venir otra batalla de moros, y entonces tañó Roldán su cuerno, mas no plugo a Dios que le oyese Carlo Magno, ca les quiso Dios dar aquel día las coronas del martirio que de grande tiempo les tenía aparejadas en satisfacción de sus pecados, por que fuesen capaces de la bienaventuranza del Paraíso. E puso Roldán su gente en ordenanza para esperar a sus enemigos, y les dijo que sin recelo de morir entrasen en la batalla, pues en ello hacían servicio a Dios y para eso eran partidos de sus tierras, y que mayor era la gloria que esperaban que la pena que rescibirían.

E viniendo los paganos para ellos, tañó Roldán otra vez su cuerno, y encomendándose a su Criador entró en la batalla con tanto esfuerzo que en poco rato fizo gran matanza dellos y él herido de cuatro feridas mortales. Y entonces llegaron cient caballeros cristianos que seguían a los otros, mas no porque supiesen cosa alguna de la batalla; e cuando Roldán los vido pensó que Carlo Magno era llegado con toda su gente, y con ese pensamiento se metió en la batalla sin ordenanza ninguna, y le siguieron los cient caballeros, mas acudió tanta gente, que los cient caballeros fueron muertos salvo dos, y el uno se llamaba Baldoino y el otro Tierry. E viendo Roldán todos sus compañeros muertos y él malamente ferido y que Carlo Magno no venía, conoció que habían seido vendidos, y perdida ya la esperanza de salir vivo de aquella batalla, deseoso de vengarse de sus enemigos tomó un turco por los pechos y le puso la espada a la garganta diciendo que moriría si no le mostraba el rey Marsirius, y el turco le prometió de gelo mostrar y le dijo:

—¿Vedes aquel caballero que trae la devisa verde sobre las armas y el caballo bayo? Aquél es el rey Marsirius, y aquél dio grandes riquezas a Ganalón, vuestro mensajero, por que vos trajese a lo en que vos vedes.

Entonces Roldán besó la cruz del espada y se cubrió de su escudo y empezó a derribar caballeros y peones fasta que llegó al rey Marsirius, y le dio tal golpe en el hombro derecho, que le fendió

fasta la cinta. Y Baldoino y Thierry, que estaban con Roldán, por fuir de la muerte se metieron por el monte, y todos los otros quedaron muertos por el campo. Y los moros cobraron tanto temor de Roldán, por el gran golpe que diera al rey Marsirius, que no se le osaban parar delante, y tuvo lugar de salir de la batalla y se tendió en el suelo al pie de una peña ferido de cuatro llagas mortales.

E desto no supo nada Carlo Magno hasta la fin, ca Ganalón, por dar lugar a los paganos, le detenía en juego de tablas y otras cosas de placer a él y al arzobispo Turpín. Y el rey Beligandus cuando vido los cristianos muertos, temiendo que vendría Carlo Magno con la otra gente, tomó otro camino y se volvió para Zaragoza.

CAPÍTULO LXXIII. De la muerte de don Roldán.



ESTANDO Roldán al pie de la peña ferido de cuatro llagas mortales, sin otros muchos golpes que en el cuerpo y en la cabeza había recibido, no tenía menos pesar de la muerte de los otros cristianos que de la suya misma; consolábase porque moría en defensa de la fe de Cristo; rescibía pena de verse en su postrimera hora solo en el monte, desamparado de todo el mundo; daba gracias a Dios porque el día antes había confesado y recibido el precioso cuerpo de Jesucristo (ca lo tenían por uso los caballeros de Carlo Magno cuando habían de entrar en batalla o si se recelaban de algún peligro); alababa asimesmo a su Criador porque diera lugar de le pedir de corazón y de boca perdón de sus pecados, lo que no tuviera si muriera peleando; y esperando la muerte con mucha paciencia, empezó a decir:

— Señor Dios, mi Criador y Redemptor, hijo de su gloriosa Madre de Consolación, tú sabes lo que yo he hecho y pensado: por los méritos de tu sagrada pasión te ruego que mis yerros me sean perdonados; y no pares mientes a mis pecados, sino al arrepentimiento que dellos tengo, y te suplico que me des paciencia en mi muerte y la rescibas en descuento de mis culpas. Tú eres piadoso y misericordioso; por ende, te ruego que me mires con ojos de piedad, como miraste al buen ladrón, y me perdona como perdonaste a la Magdalena.

Y después se paró a mirar su espada diciendo:

—¡Oh espada de gran valor, la mejor que nunca fue forjada! Gran esfuerzo me dabas siempre que te miraba; muchos arneses he despedazado y muchos yelmos cortado; contigo he muerto grande número de paganos; jamás me faltaste; en ti nunca mella fallé: ningún arnés aprovechaba contra tu fineza. ¡Oh cuanto temor tenían de ti los paganos! Muchos temblaban solamente en verte en mis manos. Con razón me pesa dejarte, pues que contigo he derramado mucha sangre de infieles ensalzando el nombre de mi Criador, al cual suplico que dé gracia te fallar algún buen caballero cristiano que conozca tu bondad y valor. Gran dolor siento en dejarte, y mucho mayor si pensase que quedabas en poder de paganos; y por sacar mi alma deste cuidado quiero facer que no te goce moro ni judío ni cristiano.

Y entonces se levantó con gran trabajo y la tomó con entrambas manos y dio con ella en la peña tantos golpes que la fendió fasta el suelo sin que en la espada ficiese mella ni señal alguna. E cuando vido que no la podía quebrar tomó su cuerno por facer señal algún cristiano si en el monte se oviese escondido, y tañó dos veces, y la segunda vez se abrió todo de cabo a cabo y se le abrieron las llagas y las venas de su cuerpo. Y llegó aquella voz a oídos de Carlo Magno, que estaba dos leguas de aquel lugar y estaba jugando con Galalón, y conoció que era Roldán el que tañía, y Galalón le dijo:

—Señor, Roldán ha ido a caza y habrá muerto algún oso o puerco y de placer tañó su cuerno, que así lo suele facer.

Y Carlo Magno creyó que sería así y se estuvo jugando. Y estando Roldán ya en la fin de sus días llegó a él su hermano Baldoino, y con infinitas lágrimas, sin le poder hablar, le abrazó y besó muchas veces, y Roldán le dijo:

—Hermano, primero me matará la sed que las heridas.

Y Baldoino anduvo gran parte del monte en busca de agua y nunca la pudo fallar, y vuelto, vido a Roldán más muerto que vivo, y cabalgó en un caballo que falló suelto por el monte y fuese para donde estaba Carlo Magno.

Y luego allegó Thierry, duque de Dardania, y ovo gran lástima de Roldán, y queriéndole hablar, nunca pudo echar la palabra de la boca que se pudiese entender. E cuando Roldán le vido cabe sí rescibió algún consuelo y le dijo:

—¿A quién miráis, duque Thierry? No es éste Roldán vuestro compañero, ni es éste el capitán de los cristianos. No es éste el que vencía los feroces gigantes. No es éste el que en las crudas batallas acaudillaba los cristianos. No es éste el enemigo de los infieles. No es éste el que por ensalzar la fe de su Criador no tenía en nada los peligros deste mundo. No es éste el que a Carlo Magno y a sus amigos sacaba de los peligros y afrentas. Éste es un hombre sin ventura, un hombre maldonado y aborrescido de todo el mundo. Fue tanta su desdicha, que no solamente le privó de la compañía de sus amigos, mas en su postrimera hora le desterró en estas peñas a fenecer sus días entre los animales brutos. No son éstos los brazos que quebraban las gruesas lanzas, ni son éstas las manos que daban los grandes golpes y despedazaban los finos arneses y yelmos.

Y tomando su espada en la mano, dijo:

—Mas no niego que ésta no sea Durandal, la buena espada en la cual puso Dios grande virtud.

Y abrazado con ella, juntada la boca con la cruz se amortesció. Y el duque Thierry, sus ojos tornados fuentes, le empezó a desarmar por aflojarle la boca del estómago, y le falló las armas llenas de sangre y no le osó desarmar por que no se desangrase. E tornado en sí Roldán, juntó las manos y pidió a Dios perdón de lo que había hablado, y dijo a Thierry que le oyese de confesión y confesó con él con gran contrición de corazón. E después de confesado puso sus manos en cruz y alzó sus ojos al cielo diciendo *Et in carne mea videbo deum salvatorem meum*, e puestas las manos sobre los ojos, dijo: *Et oculi mei conspecturi sunt*, e abrazado con la cruz de su espada, dijo: *In manus tuas Domine*

commendo spiritum meum. E dio el ánima a su Criador a XVI días del mes de junio, año del Señor de ochocientos y diez años.

CAPÍTULO LXXV. *De una visión que ovo el arzobispo Turpín
de la muerte de Roldán, y del sentimiento de Carlo Magno.*

EL arzobispo Turpín era hombre de sancta vida y había sabido grandes secretos de Dios por revelación, e diciendo misa, estando en el Memento oyó grande melodía de ángeles y rogó a Dios que le hiciese sabidor por qué tenían aquellos ángeles tanta alegría y por qué habían abajado acá, e oyó una voz que le dijo: «Nosotros llevamos el ánima de Roldán, caballero de Dios, al Paraíso».

Y acabada la misa fue el arzobispo Turpín a contar lo que había oído a Carlo Magno, y estando contando esto entró Baldoino mesando sus cabellos sin ninguna piedad, diciendo a grandes voces que Roldán estaba ferido de muerte y los cristianos que con él habían ido eran todos muertos y que habían seido vendidos. Cuando los del real oyeron esto empezaron todos a llorar y se pusieron todos en camino; mas Carlo Magno, a quien más tocaba que a ninguno de los otros, fue el primero que llegó donde estaba Roldán, e como le vido muerto, cayó sobre él amortescido, y después que fue tornado en sí empezó a tirar de sus barbas y atormentar su cuerpo con mucha crueldad, y llorando amargamente decía:

—¡Oh Roldán, consuelo de mi vejez, honra de los franceses, espada de justicia, lanza que no se doblaba, yelmo de salud, semejante a Judas Macabeo en proeza y a Sansón en fuerza y a Absalón en beldad! ¡Oh mi caro y amado sobrino, príncipe de batallas, destruidor de paganos y defensor de cristianos, pilar de la clerecía, arrimo de viudas y huérfanos, amparo de las iglesias, lengua verdadera, boca sin mentira, justo en todo juicio, guía de los amigos de Dios, ensalzador de la fe de Cristo, amado de todos los buenos! ¡Ay desdichado de mí! ¿Por qué te traje a morir en estraña tierra y por qué no me morí contigo? ¡Oh Roldán mi especial caballero! ¿Por qué me dejaste solo? ¡Ay triste! ¿Qué haré! ¡Ay mezquino! ¿A dónde iré? A Dios suplico te quiera recibir en su sancta gloria; a los ángeles ruego que te resciban en su compañía; a los mártires llamo devotamente que te quieran allegar en su número. Los días que viviré en esta vida gastaré en contino llorar, y sentiré tu ausencia cuanto sintió David la ausencia de Natán y Absalón. ¡Oh Roldán mi verdadero amigo, tú estás en la gloria perdurable y me dejas en contino dolor; tú estás en los cielos en gran consolación y yo quedo en mortal lloro y tribulación! Todos los cristianos están tristes por tu muerte y los ángeles están muy gozosos con tu ánima.

Y estuvo diciendo estas y otras razones de gran dolor fasta la noche, y hizo asentar sus tiendas y facer grandes fogueras por velar el cuerpo de Roldán aquella noche, y en la mañana fue el cuerpo embalsamado y guardado con mucha honra.

*CAPÍTULO LXXVI. Cómo Oliveros fue fallado desollado,
y de la muerte de los paganos y de Ganalón.*

LA la mañana venida, fue Carlo Magno con su gente al campo de la batalla, y ovieron grande lástima de la multitud de los cristianos que estaban en el campo muertos, aunque había muchos más turcos. E fallaron al noble caballero Oliveros aspado en dos palos y puesto a manera de cruz, y de los dedos de las manos fasta los dedos de los pies estaba desollado, y tenía doce dardos metidos por el cuerpo que le pasaban de una parte a otra. Entonces se renovó el llorar y los mortales gritos por todo el real, e Carlo Magno ovo tanta lástima de Oliveros, que hizo juramento de nunca cesar, aunque supiese perder la vida, fasta que fallase a los moros de Zaragoza. Y supo en el camino cómo los moros estaban orilla de Ebro en unos verdes prados descansando y curando de los feridos. Y Carlo Magno puso su poca gente en ordenanza y los acometió con tanto denuedo que en poco rato murieron seis mil dellos y muchos se ahogaron en Ebro por salvarse, y viendo Carlo Magno que tenía poca gente para seguillos, se volvió para Roncesvalles.

Y fizo embalsamar el cuerpo de Oliveros como el de Roldán, e luego hizo pesquisa entre toda su gente por saber lo cierto de la traición, aunque había oído de muchos que Ganalón los había vendido, y especialmente se supo del duque Thierry, que lo oyera al moro que lo dijo a Roldán cuando le mostró el rey Marsirius, y acusó a Ganalón públicamente de traición y le desafió sobre ella. Y sabida la verdad, mandó Carlo Magno que Ganalón⁹⁵ fuese atado a cuatro caballos, a cada brazo uno y a cada pie otro, e después de bien atado, cabalgaron cuatro hombres en los caballos y los firieron de las espuelas, tirando el uno a una parte y los otros a otra, y cada caballo llevó su cuarto.

*CAPÍTULO LXXVII. Cómo Carlo Magno se volvió para Francia,
y de las grandes limosnas que fizo por las ánimas de los cristianos
que murieron por la fe de Cristo.*

DESPUÉS que Carlo Magno ovo hecho justicia del traidor de Ganalón fueron los cristianos al campo de la batalla, y los unos buscaron a sus señores y los otros a sus parientes y otros a sus amigos, y dellos fueron enterrados en el mismo lugar y algunos fueron embalsamados y otros salados para los llevar a sus tierras, haciendo cada uno lo mejor que podía.

E tenía Carlo Magno dos cimiterios expresamente para los que en su compañía andaban y murían en la fe de Jesucristo. El uno está en una cibdad que llaman Arles y el otro en la cibdad de Bordeaus, e fueron estos cimiterios sagrados y benditos destes hombres: Sant Maximino de Aquisgrana, Sant Turpín de Arlés, Sant Pablo de Narbona, Sant Saturnino de Tolosa, Sant Fautino de Potiers, Sant Marcel de Limoges y Sant Eutropio de Xantes, y en ellos fueron enterrados los más de los cristianos que murieron en Roncesvalles.

El emperador Carlo Magno hizo llevar el cuerpo de Roldán con mucha honra, en unas andas cubiertas de terciopelo negro, fasta Blayes, en la iglesia de Sant Román, la cual él ficiera edificar, y mandó poner encima de su sepultura su espada, y a sus pies su cuerno de marfil, e después fue lle-

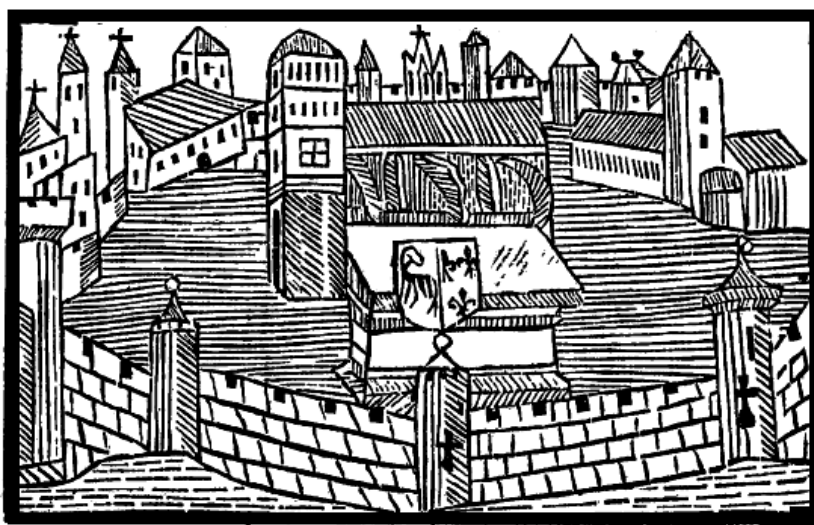
95.- Orig.: 'Ganaon'

vado el cuerpo a Roncesvalles, en una devota iglesia que se fundó en servicio de Dios y en memoria de aquella batalla, y se fizo junto con ella un rico hospital, donde se facen continamente grandes limosnas por todas las ánimas de los cristianos que en ella murieron, como parece hoy en día.

En Bordeaus fueron enterrados Oliveros y Gaudebois,⁹⁶ rey de Frisa, Oger de Danois, y Cristián, rey de Bretaña, Guarín, duque de Lorena, Caferus, rey de Bordeaus, Eugelerius, rey de Aquitania, Lamberto, rey de Borges, Galerius y Regnaldo, con cinco mil hombres. E distribuyó Carlo Magno grandes tesoros y riquezas por las ánimas de sus caballeros e mandó que la tierra a siete leguas alrededor de aquella iglesia y cimiterio fuese subjeta solamente a la Iglesia, e ordenó que para siempre el día de Pascua de Flores fuesen vestidos trecientos pobres y que se dijese treinta misas y se rezasen treinta salterios por las ánimas de los que allí estaban enterrados, que murieron en la fe de Cristo.

En Arlés fueron enterrados el conde de Langres, Sansón, duque de Borgoña, Naymes, duque de Bavaria, Alberto Borgoñón, con otros cinco caballeros y con diez mil hombres de pie. Constantino de Roma fue llevado por mar a Roma con otros muchos romanos. E distribuyó asimesmo Carlo Magno gran tesoro y dejó grande renta perpetua a la iglesia y cimiterio de Arlés por las ánimas de sus caballeros.

CAPÍTULO LXXVIII. *Cómo Carlo Magno se partió de Francia para Alemania.*



CUANDO Carlo Magno ovo fecho y ordenado lo que arriba está escrito se partió de Francia para Alemania, y con él se partió el arzobispo Turpín, y cuando llegaron a la cibdad de Viana, porque era viejo, con licencia de Carlo Magno se quedó en Viana y Carlo Magno se fue adelante. E llegado a París fizo llamar los nobles de su imperio y todos los arzobispos y obispos y prelados, y fizo hacer procesiones en alabanza de su Criador y del bienaventurado señor Sant Dionisio, e fizo constitución y ordenanza que los reyes de Francia por venir fuesen obedientes al pastor o perlado de la iglesia de Sant Dionisio y no pudiesen ser coronados sin el dicho pastor o su consejo, y que el obispo de París no fuese rescebido en Roma sin su consentimiento. E ordenó que todas las casas de sus reinos fuesen tributarias a la dicha iglesia,

96.- Orig.: 'Gaudeboy.'

e constituyó para siempre que cualquier cristiano esclavo o cativo que pagase cuatro dineros a la iglesia de Sant Dionisio, que fuese libre y horro en todos sus reinos.

Y después de todo esto tuvo novenas en la dicha iglesia, e puesto de rodillas, sin se levantar un día y una noche delante el cuerpo del bienaventurado señor Sant Dionisio, rogó afincadamente por todos los que murieron por la fe de Jesucristo, y le fue revelado que todos los que murieron en la batalla de Roncesvalles estaban en la gloria del Paraíso.

CAPÍTULO LXXIX. Cómo Carlo Magno llegó en Aquisgrana en Alemaña y cómo murió.

DESQUE entró el emperador Carlo Magno en Alemaña fue muy bien recibido de las comunidades, y llegado a la cibdad de Aquisgrana hizo visitar todas las iglesias y monesterios de la cibdad y los mandó reparar y proveer de todas las cosas necesarias, especialmente una iglesia de Nuestra Señora que él ficiera fundar, a la cual dio grandes tesoros y dotó de grandes rentas. E vivió LXXII años, y queriendo su Criador dar descanso a sus viejos y fatigados miembros, le llamó a su sancta gloria en el mes de febrero, año de nuestra salvación de ochocientos y diez años. E de su salvación escribió el arzobispo Turpín, hombre de sancta vida, estas mismas palabras:

Yo Turpín, arzobispo de Reims,⁹⁷ estando en la cibdad de Viana en mi retrainiento rezando mis horas, vi de una ventana una legión de diablos por el aire, y traían grande ruido entrellos, y conjuré el uno dellos que me dijese de dónde venían y por qué traían tan grande ruido, y él me respondió que venían de la cibdad de Aquisgrana, donde había fallecido un grande señor, y por que no pudieran llevar su ánima venían mucho enojados.

Y él le preguntó quién era aquel grande señor y por qué no llevaban su ánima, y él le dijo que era Carlo Magno, y que Santiago les había sido muy contrario. Y el arzobispo Turpín les preguntó de qué manera les había sido contrario Santiago, y él le dijo: «Nosotros estábamos pesando los bienes y los males que en este mundo había fecho, y trajo Santiago tanta madera y tantos cantos de la iglesia que él había fundado en su nombre, que pesaron mucho más que los males: así, nos quedamos sin tener poder alguno sobre su ánima». Y el diablo súpitamente desapareció.

Hase de entender por esta visión del arzobispo Turpín que los que edifican o reparan las iglesias en este mundo aparejan estancias y posadas en el otro. E fueron fechas sus obsequias y honras según a tal señor pertenescía.

97.- Orig.: 'Rayns'

LAUS DEO

A HONOR Y GLORIA DE DIOS TODOPODEROSO Y DE LA SACRATÍSIMA VIRGEN MARÍA, MADRE SUYA
Y SEÑORA NUESTRA.

Fue impresa la presente Historia del emperador Carlo Magno y de los Doce Pares de Francia en la muy noble y muy leal cibdad de Sevilla por Jacobo Cromberger, alemán. Acabose a veinte y cuatro días del mes de abril, año del nascimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y XXV.

